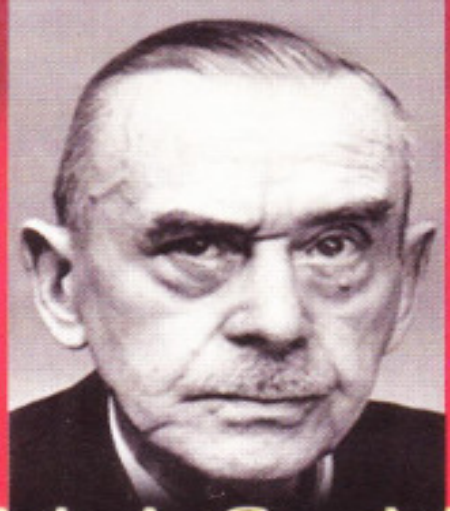


THOMAS MANN

¡ESCUCHA, ALEMANIA!

Discursos radiofónicos
contra el nazismo 1940-1945

Hay muchas razones para editar *¡Escucha, Alemania!* en estos momentos. No sólo porque se trata de las palabras de uno de los escritores más grandes de Occidente. No sólo porque refleja fielmente la angustia extrema de un hombre que observa, de lejos y con impotencia, cómo una ideología totalitaria —el nacionalsocialismo, en este caso— puede carcomer y destruir sin piedad lo mejor de una nación. Publicamos este libro porque, después de todo, el mundo no ha cambiado tanto. Los nombres de los países son otros, los de sus líderes también. Pero hace falta recordar lo que sucedió entre 1933 y 1945, cómo lo permitimos, lo que hizo falta para detenerlo y —especialmente— el daño irreparable que nos hizo a todos sin excepción.

Una vez más —en varios países y continentes diversos— ha resucitado el dragón de la intolerancia racial y religiosa. De nuevo hemos sido, y somos, testigos de guerras de exterminio y expansión (*Lebensraum* en la jerga nazi), y la práctica de fabricar «razones» para invadir y ocupar países soberanos (*pre-emptive invasion* en la jerga norteamericana actual).

De modo que las palabras de Thomas Mann, lejos de parecernos ociosas o lejanas, vuelven a cobrar la inmediatez de aquellos años cuando el escritor exhortaba a sus compatriotas a protestar, a resistir a todo aquel que pisoteara los derechos del hombre en nombre de una supuesta superioridad racial que no fue sino la máscara ideológica de quienes deseaban disfrazar —como heroísmo— su pequeñez, avaricia, crueldad, sadismo y deseo infinito de poder.

Thomas Mann

¡Escucha, Alemania!

ePub r1.0
IbnKhaldun 19.05.15

Título original: *Deutsche Hörer!*
Thomas Mann, 1945
Traducción: Juan José Utrilla Trejo

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.2

Prólogo a la primera edición

(15 de septiembre de 1942)

Durante el otoño de 1940, la *British Broadcasting Company* me mandó preguntar si querría yo dirigir a mis compatriotas —por medio de su emisora y a intervalos regulares— breves alocuciones en las cuales yo comentaría los acontecimientos de la guerra y en donde trataría de incidir sobre el público alemán en el mismo sentido de mis convicciones tantas veces expresadas.

Como el gobierno nazi me había quitado toda posibilidad de acción intelectual en Alemania, no creí que debiera desaprovechar esta ocasión de establecer contacto —por muy frágil y difícil que esto fuera y, desde luego, a espaldas del gobierno— con el pueblo alemán y con los habitantes de los territorios sometidos. Mis palabras no serían retransmitidas desde América por onda corta sino desde Londres por onda larga y, por consiguiente, serían recibidas con ayuda del único tipo de aparato receptor que el pueblo alemán fue autorizado a poseer. Además, resultaba tentador volver a escribir en mi idioma, pues lo que yo escribiría se oiría en su forma original, en alemán. Acepté enviar mensajes mensuales y después de algunos ensayos pedí que mis alocuciones se prolongaran de cinco a ocho minutos.

Esas emisiones se efectuaron, al principio, de la manera siguiente: yo enviaba por cable mis textos a Londres y allí un empleado de la BBC, de lengua alemana, les daba lectura. A sugerencia mía, pronto se utilizó un procedimiento que aunque más complicado es, sin embargo, más directo y, por tanto, mejor. En el Recording Department de la NBC en Los Ángeles,

grabo yo mismo en un disco lo que tengo que decir. El disco es enviado por avión a Nueva York, y su contenido se retransmite por teléfono a Londres en otro disco que entonces se hace sonar ante el micrófono. De esa manera, los que se atreven a escuchar en Alemania reciben no sólo mi mensaje sino mi propia voz también.

Me escuchan más personas que las que se habría podido esperar, no solamente en Suiza y en Suecia sino también en Holanda, en el «Protectorado» checo y en la propia Alemania. La audiencia la demuestran los «ecos» que recibimos desde esos países, los cuales nos llegan cifrados de la manera más extraña. Desde Alemania, nos llegan de forma indirecta. En el territorio ocupado de Alemania hay, de modo manifiesto, personas cuya hambre y sed de palabras de libertad son tan grandes que desafían los peligros que implica la audición de emisiones enemigas. La prueba más concluyente de lo que aquí afirmo —prueba a la vez alentadora y repugnante— es que en un discurso pronunciado en una taberna de Munich, el propio Führer ha hecho alusión inequívoca a mis alocuciones y me ha citado por mi nombre como uno de aquellos que tratan de levantar al pueblo alemán contra él y contra su sistema. «Pero esa gente —bramó— se equivoca de medio a medio: el pueblo alemán no es así, y aquellos que son así se encuentran, gracias a Dios, tras las rejas».

De esa boca ha salido tanta basura que yo experimento un ligero sentimiento de asco al oírle pronunciar mi nombre. Y, sin embargo, esta declaración es inapreciable para mí, aunque su absurdo sea evidente. El Führer ha expresado, a menudo, su desprecio al pueblo alemán, su convicción de que ese pueblo está poseído por la cobardía y el servilismo, de que es manifiesta la estupidez de esta raza de hombres y su aptitud ilimitada para dejarse engañar. Sin embargo, cada vez que habla de esto ha omitido explicarnos cómo ha logrado ver, al mismo tiempo, en los alemanes a una raza de «señores» destinada a dominar el mundo. ¿Cómo un pueblo que psicológicamente está establecido que jamás se levantará, ni siquiera contra él, puede ser una raza de «señores»? Pido a ese «héroe» de la historia someter un día entre dos planes de batalla, esta cuestión a un examen lógico.

Tal vez él tenga razón al exponer su plena seguridad de que el pueblo alemán «no es así». Lo curioso es que cuando más odioso ha sido fue cuando tuvo razón. Llamar a un pueblo a la rebelión no es creer necesariamente que sea capaz de hacerla. Lo que creo es que Hitler no puede ganar su guerra. La mía es una creencia metafísica y moral, no sólo fundada sobre datos militares. Además, cada vez que expreso esto en estas páginas es absolutamente sin ninguna simulación. Pero está lejos de mí tratar de afirmar la peligrosa idea de que la victoria de las Naciones Unidas es naturalmente cierta y que, fundándose en ese carácter natural y esta certidumbre, es posible permitirse no sólo cualquier falta sino incluso cualquier abandono de la voluntad, cualquier desfallecimiento del corazón y toda reserva «política» con respecto a sus aliados y la paz que habrá que conquistar tras la enconada lucha.

En estos tiempos, no es posible permitirse absolutamente nada, no es posible permitirse la menor de las cosas después de todo lo que ya se ha permitido. Esta guerra, en verdad, habría podido evitarse, y el hecho mismo de que tuviera que suceder es una pesada carga moral sobre nosotros. La guerra tiene un origen sombrío y sus móviles determinantes no se han disipado. Por el contrario, estos móviles siguen actuando subterráneamente y amenazan con la paz y la victoria. Perderemos la guerra si hacemos de ella una guerra mala y no una guerra justa: la guerra de los pueblos por su libertad.

Advertencia de la editorial a la segunda edición

(Estocolmo, agosto de 1945)

Las 25 emisiones transmitidas por Thomas Mann al pueblo alemán aparecieron en forma de libro en septiembre de 1942. Esta primera edición fue impresa en Estados Unidos por H. Wolf, Nueva York, y debido a las condiciones entonces imperantes, nunca llegó a Europa.

Ahora que ha terminado la guerra y con ella la serie de alocuciones de Thomas Mann, la editorial presenta en la segunda edición todas las emisiones, las cuales fueron pronunciadas desde octubre de 1940 hasta mayo de 1945.

Prólogo de los editores a esta primera traducción de *Deutsche hörer* al español

(Ciudad de México, junio de 2003)

A pesar de que *Deutsche Hörer!* circuló ampliamente y fue leído en muchos idiomas —incluso en una primera versión parcial publicada en septiembre de 1942 en Estados Unidos—, nunca tuvo una edición en lengua española. Con el paso de los años, y sepultado bajo la enorme producción narrativa y ensayística de Thomas Mann, este libro «curioso» casi desaparece por completo del mapa literario del escritor nacido en Lübeck, el 6 de junio de 1875. Así, para las generaciones que vieron la luz a partir de los años 50, sobre todo para las de habla española cuyos padres llegaron a la madurez durante la Segunda Guerra, este libro de Thomas Mann se convirtió en el secreto mejor guardado de las bibliotecas: fuera de Alemania, casi nadie lo comenta.

Tal vez esto se deba al hecho de que no se trata de ensayos formales o la novelización del problema del fascismo, tal como la vemos —por ejemplo — en *Mario un der Zauberer (Mario y el mago)*, o en *Doctor Faustus*, donde se percibe la progresiva destrucción de la cultura alemana gracias a las dos guerras. Además, en los años 50 el mundo estaba mucho más ocupado en su reconstrucción que en leer los ruegos de un escritor exiliado, dirigidos a un pueblo vencido, su propio pueblo.

Aun así, hay muchas razones para editar *¡Escucha, Alemania!* en estos momentos. No sólo porque se trata de las palabras de uno de los escritores

más grandes de Occidente. No sólo porque refleja fielmente la angustia extrema de un hombre que observa, de lejos y con impotencia, cómo una ideología totalitaria —el nacionalsocialismo, en este caso— puede carcomer y destruir sin piedad lo mejor de una nación. Publicamos este libro porque, después de todo, el mundo no ha cambiado tanto. Los nombres de los países son otros, los de sus líderes también. Pero hace falta recordar lo que sucedió entre 1933 y 1945, cómo lo permitimos, lo que hizo falta para detenerlo y —especialmente— el daño irreparable que nos hizo a todos sin excepción.

Una vez más —en varios países y continentes diversos— ha resucitado el dragón de la intolerancia racial y religiosa. De nuevo hemos sido, y *somos*, testigos de guerras de exterminio y expansión (*Lebensraum* en la jerga nazi), y la práctica de fabricar «razones» para invadir y ocupar países soberanos (*pre-emptive invasion* en la jerga norteamericana actual).

De modo que las palabras de Thomas Mann, lejos de parecernos ociosas o lejanas, vuelven a cobrar la inmediatez de aquellos años cuando el escritor exhortaba a sus compatriotas a protestar, a resistir a todo aquel que pisoteara los derechos del hombre en nombre de una supuesta superioridad racial que no fue sino la máscara ideológica de quienes deseaban disfrazar —como heroísmo— su pequeñez, avaricia, crueldad, sadismo y deseo infinito de poder.

Nota sobre la cronología de la Segunda Guerra Mundial en esta edición

Los acontecimientos asentados en esta Cronología son del dominio público, pero se recurrió a fuentes variadas para confrontar fechas y sucesos a fin de confirmar su veracidad. Se consultó, por un lado, la Enciclopedia Británica y la enciclopedia digital Encarta, publicada por Microsoft. Pero también se consultaron muchas cronologías diversas disponibles en el internet, entre las cuales menciono las más útiles para el propósito de la presente edición: «This History Place», el «World War II Factbook» de Marcus Wendell, «Segunda Guerra Mundial, cronología 1939-1945» publicada por Exordio.com. Aunque se tuvo especial cuidado de que no se consignara ningún dato erróneo (pues en ocasiones se ofrece información contradictoria), los editores asumen la responsabilidad por cualquier posible error.

De manera especial y específica queremos reconocer la deuda que tenemos con la biografía de Adolph Hitler que escribió el historiador británico Ian Kershaw y que fue publicado en dos tomos, *Hubris (1889-1936)* y *Nemesis (1936-1945)*, en 1998 y 2000, respectivamente, por W. W. Norton & Company, Londres y Nueva York. (Existe una traducción de ambos tomos al castellano). Kershaw consigna datos y documentos que echan una luz muy especial sobre la psicología del Führer, a la cual Thomas Mann alude a lo largo de *Deutsche Hörer!* De esta manera la Cronología no es una simple lista de fechas y sucesos, ya que hemos tratado de contextualizarlos tanto humana como política y militarmente.

Los editores

Octubre de 1940

Acontecimientos de enero-septiembre de 1940

El ocho de enero, Gran Bretaña empieza el racionamiento de comida. El 12 de marzo Finlandia firma un tratado de paz con la Unión Soviética. El 16 del mismo mes. Alemania bombardea la base naval Scapa Flow cerca de Escocia. Los nazis invaden Dinamarca y Noruega el 9 de abril; el 10 de mayo invaden Francia, Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos, y Winston Churchill se convierte en Primer Ministro. Cinco días después, Holanda se rinde a los nazis. El 26 se inicia la evacuación de las tropas aliadas de Dunkerque, y dos días después Bélgica se rinde. El 3 de junio los alemanes bombardean París y concluye la evacuación de Dunkerque. A la semana cae Noruega, e Italia les declara la guerra a Gran Bretaña y Francia. El día 14 las tropas alemanas hacen su entrada en París y dos días después el mariscal Pétain se convierte en el Primer Ministro francés. Hitler y Mussolini se reúnen en Munich el 18 de junio y los soviéticos inician su ocupación de los países bálticos. El 22 Francia firma un armisticio con la fuerza ocupadora alemana, y el 28 de junio Hitler se pasea por París. Ese mismo día, Gran Bretaña reconoce al general Charles de Gaulle como el líder de la Francia libre. El 1.º de julio embarcaciones alemanas atacan naves mercantes en el Atlántico. Cuatro días después el gobierno de Vichy rompe relaciones con el británico. El 13 de agosto Alemania inicia su ofensiva aérea contra fábricas y pistas aéreas en Inglaterra. La noche del 24 el East End de Londres es bombardeado. A la noche siguiente, la Fuerza Aérea Real lleva a cabo los primeros bombardeos de la ciudad de Berlín. El 7 de septiembre comienza el *blitz* en contra de Inglaterra, mediante bombardeos todas las noches, con lo que se conoce como «bombardeos de terror» (*terror bombing*). El día 13 Italia invade a Egipto. El 15 se llevan a cabo bombardeos masivos de Londres, Southampton, Bristol, Cardiff, Liverpool y Manchester. Al otro día, se aprueba en el Congreso de Estados Unidos una ley que sanciona la conscripción militar. El 27 es firmado el Pacto Tripartita entre Alemania, Italia y Japón, con lo cual se crea el Eje.

¡Radioescuchas alemanes!

Les habla un escritor alemán cuya obra y persona son anatema de sus gobernantes, y cuyos libros —aun cuando traten de lo más alemán que

pueda haber, por ejemplo de Goethe— sólo pueden ser leídos en nuestro idioma a pueblos ajenos y libres, mientras que para ustedes deben permanecer mudos y desconocidos. Pero sé que mi obra volverá un día a ustedes, aunque yo mismo no pueda hacerlo. Sin embargo, mientras yo viva, incluso como ciudadano del nuevo mundo, seguiré siendo alemán y padeceré con el destino de Alemania y de todo aquello que, por voluntad de hombres violentos y delincuentes, desde hace siete años ha padecido el mundo moral y físicamente. La convicción inquebrantable de que esto no puede tener buen fin me ha hecho enviar advertencias una y otra vez durante estos años, algunas de las cuales —según creo— han llegado hasta ustedes. Pero ahora, en guerra, no existe ya posibilidad alguna de que la palabra escrita penetre en la muralla que a su alrededor ha edificado la tiranía. Por ello, aprovecho con gusto la oportunidad que me ofrecen las autoridades inglesas de informarles, de cuando en cuando, sobre lo que veo aquí en Estados Unidos, en la tierra grande y libre en que he encontrado una patria.

Cuando hace cinco meses las tropas alemanas entraron en Holanda, y en Rotterdam decenas de miles de personas fueron bombardeadas en unos cuantos minutos, apareció este texto en la revista norteamericana *Life* (publicación ilustrada, que por lo general no toca temas políticos y que es de lectura general): «Éste es el mayor desafío que en 80 años se ha hecho a Estados Unidos, la tierra de la libertad… Un pueblo militar poderoso y sin escrúpulos ha atacado lo que es nuestro modo de vida norteamericano… No sabemos si habrá que luchar con las armas en la mano al lado de Inglaterra, pero sí sabemos que la lucha de Inglaterra, en lo más profundo que encierra, también es la nuestra». Así se vio la situación después del 10 de mayo, y así se le ve hoy. Así piensan los trabajadores y los hombres de negocios, los republicanos y los demócratas, los partidarios de Roosevelt y los partidarios de su adversario político. De aquel viejo país que creía poder vivir por sí solo, sin tener que preocuparse por el mundo del otro lado del océano, queda muy poco.

¿A qué se debe este profundo cambio? Ustedes lo saben muy bien. En este país viven 130 millones de personas pacíficas, de buena voluntad. Quieren trabajar y construir sus vidas en paz. En las grandes cuestiones, en

las que todos creen, en las que dan por sentadas, suelen tomar parte activa. La guerra, las conquistas de tierras extranjeras, las alianzas, los ejes, los encuentros extraños y las violaciones de tratados les parecen superfluos y demenciales. Pero entonces llegan sus periódicos y sus locutores y les narran lo que está pasando en Europa. En Noruega, Holanda, Bélgica, Polonia, Bohemia… Por doquier ven el mismo cuadro: tropas alemanas, a las que nadie mandó llamar, penetran en esas tierras que no les han hecho nada, las oprimen y saquean. Los norteamericanos ven cómo son fusilados —como si se tratara de delincuentes— aquellos que aman a su patria y que no quieren forjar anuas con los invasores extranjeros.

Naturalmente, un norteamericano es ante todo un ciudadano norteamericano. Pero también se da a menudo el caso de que su padre o su abuelo nacieron en Noruega, en Holanda, en Bélgica, en Dinamarca, en el Gobierno General o en el Protectorado Checo, de que aún tiene parientes en estas tierras y buenos recuerdos de ese antepasado. Y aun cuando no los tuviera —y aun cuando su familia provenga de Alemania—, como persona pensante debe indignarle la injusticia y la violencia que experimenta. No, no he visto ninguna diferencia entre los germano-norteamericanos y los anglo-norteamericanos y los italo-norteamericanos. Todos sienten que ésta no es la manera justa de unir a Europa y que tantos delitos, tarde o temprano, serán castigados.

Así, el ciudadano norteamericano tiene hoy, ante todo, tres esperanzas. Una es su propio país y su inmenso poderío económico, sus buenos y acreditados dirigentes. La segunda es Inglaterra. Bien puede ser que antes los norteamericanos vieran con algo de burla a los ingleses. Les consideraban un país cansado y excesivamente refinado. Pero hoy, ante la defensa de Londres, la actitud general es de admiración. Inglaterra levanta la bandera de la libertad, habla y lucha por todos los pueblos oprimidos que hoy representan la resistencia. Por ello es aquí tan grande el deseo de ayudar. La tercera esperanza —hoy desgraciadamente no muy fuerte— está en el pueblo alemán. ¿No reconocerán finalmente los alemanes —se preguntan aquí— que sus victorias son solamente pasos dados en un enorme pantano? ¿No entenderán que cuando sus soldados entran en tres tierras extranjeras, cuando sus submarinos hunden navíos en que iban niños

que huían de la guerra, cuando impulsan a más hombres a la miseria, la proscripción y el suicidio y se ganan el odio del mundo no se acercan con ello a la meta deseada? ¿No comprenderán que hay muchos caminos mejores hacia la meta que todos anhelamos: una paz justa para todo el mundo?

Noviembre de 1940

Acontecimientos bélicos de octubre-noviembre

El día 4 Hitler se reúne con Mussolini en Brenner. Las tropas alemanas entran en Rumania el día 7. El 23 Hitler se reúne con Francisco Franco en la frontera de Hendaye, pues el Caudillo desea entrar en la guerra a cambio de concesiones posteriores, como Gibraltar y antiguas colonias en África del Norte; nada se concreta. El 24 Hitler se reúne con Pétain en Montoire; aquél busca convencer a éste de entrar en la lucha contra Gran Bretaña; tampoco se concreta nada. El 28 Grecia es invadida por Italia. Un total de 6,504 judíos son enviados, desde sus lugares de origen hasta Francia, donde son recluidos en campos de concentración al pie de los Pirineos, al parecer con miras a ser enviados posteriormente a Madagascar. El día 5 Roosevelt es reelegido presidente de Estados Unidos. El 12 y 13 Hitler se reúne con el ministro soviético Molotov en Berlín, con la esperanza de reclutarlo en su esfuerzo contra Gran Bretaña; el fracaso de las pláticas convence a Hitler de la necesidad de atacar a la Unión Soviética en 1941. Durante los días 14 y 15 los alemanes bombardean Coventry, Inglaterra. Hungría se une al Eje el día 20. Dos días después, los griegos derrotan al 9.º Ejército italiano. El 23, Rumania se une al Eje.

¡Radioescuchas alemanes!

La reelección de Franklin D. Roosevelt como presidente de Estados Unidos es un acontecimiento de primer orden. Se trata de un hecho que tal vez sea decisivo para el futuro del mundo y así lo será también, sin duda, para aquellos europeos que imaginaron que esta elección era un acontecimiento exclusivamente norteamericano. Los destructores de Europa, esos que han pisoteado todos los derechos, ven en Roosevelt —con toda razón— a su más poderoso adversario. Es el representante de la democracia armada, el verdadero portador de una nueva idea social de libertad y el estadista que más claramente vio la diferencia entre la paz y el «apaciguamiento».

En esta época de masas, en la que existe la idea del «conductor», recayó en Estados Unidos el feliz fenómeno de dar un moderno guía a las masas. Se trata de un guía que desea lo bueno y lo espiritual, el verdadero futuro, la paz y la libertad. Es alguien que valora la heroica resistencia de Inglaterra contra la más infame tiranía que haya amenazado al mundo y a quien le da tiempo de movilizar las poderosas fuerzas latentes de su país para la lucha por el futuro.

Esta lucha será prolongada; nadie debe engañarse al respecto. Pero cuanto más dure, más seguro será su resultado. Los despreciables aventureros que se han propuesto esclavizar al mundo sienten ya en su fuero interno que se han equivocado: lo sienten tan bien como los pueblos sometidos por el terror. Nadie en el mundo cree que el pueblo alemán esté satisfecho con el concepto de historia que tienen sus gobernantes (que no es sino una miserable palabrería hecha de sangre y lágrimas). Pero como es natural, aparentan confianza.

En una perorata de enfermiza mendacidad —que Hitler pronunció hace poco en la cervecería de Munich en que tiempo atrás trató de dar un golpe de Estado— les ha asegurado que las más altas autoridades militares de Alemania están seguras del triunfo. En primer lugar, es notable que los remita a alguna autoridad más alta que la suya. ¿Acaso no es él —a la vez — César, Federico el Grande y Napoleón, además de Carlomagno? Los historiadores callejeros del nacionalsocialismo así se lo han dado a entender a ese miserable falsificador de la historia. ¿Cómo puede, ridículamente, apelar a la opinión de sus generales, quienes se ven obligados a cumplir con sus indicaciones? Pero no todos estos generales son sólo cadetes encanecidos y técnicos militares limitados. Me contaron que un alto oficial alemán dijo ante los franceses: «¡Pauvre France-maintenant. Pauvre Allemagne-plus tard!» [Pobre Francia… ahora. ¡Pobre Alemania… más tarde!]. No sabía hablar mucho francés, pero hasta allí sí llegó. Y estoy convencido de que también ha llegado a una gran parte del pueblo alemán.

¿Qué será del continente europeo, que será de la propia Alemania si la guerra dura tres y aún cinco años más? Eso nos preguntamos aquí y eso se pregunta sin duda, con pesar, el pueblo alemán. La miseria hoy imperante sólo nos da un tenue barrunto de lo que vendrá. Y, ¿por qué tiene que ser

así? ¿Por qué un puñado de estúpidos destructores tratan de utilizar el proceso de desarrollo económico y social por el cual pasa nuestro mundo para una insensata y anacrónica campaña alejandrina de conquista mundial? Es claro lo que sucederá al final de esta guerra: el comienzo de la unificación del mundo, la creación de un nuevo equilibrio de libertad y de igualdad, la salvaguardia de la dignidad individual en el marco de las exigencias de la vida colectiva, la supresión de la soberanía de los Estados nacionales y la edificación de una sociedad más libre, de pueblos más responsables ante todos, con iguales derechos e iguales deberes.

Los pueblos están ya maduros para ese nuevo orden del mundo. Si hace 22 años aún no lo estaban, las experiencias del último decenio los han preparado para ello. Pero hoy probablemente estén aún más maduros, como lo estarán después de las perturbaciones, de los efectos nocivos y arrasadores de una guerra de muchos años. Si esta guerra concluyera hoy, y todos pusiéramos manos a la obra, no habría ningún pueblo con perspectivas de un futuro más prometedor.

El pueblo alemán deberá tener y tendrá su «lugar bajo el sol» en el mundo venidero. Pero si continúa siguiendo a sus seductores, si sigue sufriendo y haciendo sufrir, reconocerá demasiado tarde que un pueblo no ocupará su lugar «bajo el sol» mientras envuelva al mundo en la noche y el espanto. ¡Fuera los corruptores! ¡Acaben la vergüenza y la explotación de Europa por los nacionalsocialistas! Yo sé que interpreto el más hondo anhelo del pueblo alemán cuando grito: ¡Paz! ¡Paz y libertad!

Diciembre de 1940

Acontecimientos bélicos de diciembre

Los días 9 y 10 los británicos inician una ofensiva en el desierto de África del Norte en contra de los italianos. El día 18 Hitler emite su resolución de guerra número 21: «La Wehrmacht alemana debe estar preparada […] para aplastar a la Rusia Soviética en una campaña veloz». Se trata de la «Operación Barbarossa». Durante los días 29 y 30 los alemanes lanzan un ataque aéreo masivo sobre la ciudad de Londres.

Alemanes, ha vuelto la fiesta de Navidad, una fiesta querida, una fiesta del amor, la que más aman ustedes, fiesta llena de luz y perfume y sueños de la niñez. Se le puede llamar la más alemana de todas las fiestas, y ningún pueblo la vive tan profundamente como ustedes. ¿Por qué? Tal vez porque en su más profundo sentido cósmico y religioso, es un símbolo de su integración como pueblo, y la historia de su cultura se refleja en ella. En los remotos tiempos de la Germania pagana era la fiesta del final del invierno, del renacimiento de la luz tras las tinieblas invernales, de la llegada de nuevos días. Luego, la nueva luz fue la del niño en la cuna, la del pesebre de Belén, la fiesta del nacimiento del hijo del Hombre y el Salvador, cuyo enorme y humilde corazón trajo al mundo un nuevo sentimiento de humanidad, una nueva cultura, quien dijo que su padre celestial era el padre de todos los hombres y en cuya anunciación el Dios de la raza judía se convirtió en el Dios amoroso de todo el universo.

La historia de esta fiesta es su historia. No existía una Alemania antes de que la luz en Oriente brillara también por ustedes, antes de que la humanidad cristiana penetrara en el primitivo estado germano-pagano y

uniera su cosmovisión, el sentimiento particular y religioso con la civilización cristiana occidental. Esta comunidad les pertenece, y ustedes celebran su pertenencia a ella cuando bajo el árbol iluminado colocan el portal del hijo de Dios con las figuras de los pastores y de los reyes prosternados ante él. También celebran las espléndidas contribuciones que ha hecho el espíritu alemán por la cultura cristiana y occidental: la obra de Durero y de Bach, la poesía libertaria de Schiller, la *Ifigenia* de Goethe, *Fidelio* y la Novena Sinfonía de Beethoven.

Ahora ustedes se vuelven a preparar —por segunda vez en esta guerra que sus actuales dirigentes les han impuesto y han impuesto al mundo— para celebrar la fiesta cristiana, la fiesta alemana. Muchos de ustedes lo hacen con la tristeza por los hijos y los padres que cayeron invadiendo a pueblos vecinos. Sin duda, estará angustiado el corazón de todos al pensar cuánto tiempo más durará y adónde conducirá todo esto.

Colocan la mesa de los regalos: está pobremente ocupada, pues hoy no se consiguen muchas cosas buenas, a pesar de que sus «señores» han saqueado en su nombre el continente ocupado. Pero arden las velas de la Navidad. Yo quisiera preguntarles cómo —a su luz— les parecen los hechos que, como nación, sus dirigentes les han hecho cometer en los años pasados, los hechos de demencial violencia y destrucción de los cuales premeditadamente los han hecho cómplices, todos los horrores que en su nombre han apiñado, la infinita miseria y dolor que la Alemania nacional-socialista (es decir, una Alemania que ya no puede ser alemana ni cristiana) ha propagado a su alrededor.

¿Me dirán cómo compaginar estos hechos con las bellas y viejas canciones que hoy vuelven a cantar con sus niños? ¿O ya no las cantan? ¿Se les ha ordenado que en lugar de «Noche de paz, noche de amor», canten los sanguinarios himnos del Partido que, siendo una mezcla de artículos de periodicuchos y murmullos del arroyo, elevan a un oscuro pillastre a la condición de héroe mítico? No dudo de que le obedecerían, pues su obediencia es ilimitada y, se lo digo francamente, se vuelve más imperdonable cada día.

Ilimitada e imperdonable es su fe, o mejor dicho, su credulidad. Le creen a un miserable impostor y falso héroe. Por él y por ustedes amanece

un mundo en que cabrán todos los valores que no sólo hacen cristiano al cristiano sino simplemente hombre al hombre, por la verdad, por la libertad y el derecho. ¿Le creen que es, y que llegará a ser, el hombre del milenio para colocarlo en lugar de Cristo, y que suplantará la enseñanza salvadora de la fraternidad humana de Dios por la enseñanza de una violencia asesina de cuerpos y almas? ¿Le creen cuando les dice que son la «Raza de los Señores», la raza elegida para crear un supuesto «orden nuevo» en que todos los demás pueblos les servirán como esclavos? Y como esclavos de su miserable fanatismo, siguen ustedes combatiendo como fieras que pelean por ese aterrador «orden nuevo». O sea, por un mundo en que celebrar la Navidad, la fiesta de la paz y del amor, llegaría a ser una mísera mentira y una irrisión más descarada de lo que es ahora.

Lo que ustedes creen es que si el pueblo alemán no «venciera» en esta guerra, si no siguen a un desalmado hasta las últimas circunstancias (circunstancias que parecerán muy diferentes de una victoria) ello significaría el fin del pueblo alemán y su liquidación definitiva. Él les dice eso para que ustedes crean que su destino está inseparablemente unido al suyo, que está sellado, y como una manera de protegerse para cuando —como con seguridad puede predecirse— fracasen sus siniestros planes. El olvido será el destino más piadoso que caiga sobre su nombre en el caso de su más que probable caída. ¿Si en vez de triunfar él, vencieran la razón y la decencia humanas, habría ello de significar vuestro fin, el fin de lo alemán? ¡Por el contrario! Ello supondría un renacer de la germanidad, su solsticio invernal, ¡una nueva esperanza, un nuevo destino y una nueva vida!

En el orden de los pueblos por el que lucha la socialmente rejuvenecida Inglaterra —y con ella un mundo que cuenta con ricas fuentes de recursos —, un orden de justicia, de bienestar general y de libertad responsable para todos, se le asignará al pueblo alemán el lugar que le corresponde, ese «lugar bajo el sol» que no se conquista envolviendo la tierra en la noche y el espanto.

En este nuevo orden se les ofrecerán posibilidades totalmente distintas de autodesarrollo y de satisfacción de sus más profundas necesidades espirituales, muy diferentes de las que tendrían en el mundo de servidumbre en que fuera suprimido la diferencia entre el amo y el esclavo. Por ejemplo,

la satisfacción de la muy alemana necesidad de ser amado. ¿No es verdad que por debajo de todas las fechorías que hoy se les obliga a cometer, sigue vivo este profundo deseo de ser amado? ¿No se sabe que no les agrada en absoluto que hoy, en el fondo, sientan ustedes un temor y una profunda pesadumbre al desempeñar el papel de enemigos de la humanidad?

¡Alemanes, sálvense! Salven su alma, retirando la fe y la obediencia a sus gobernantes impuestos, quienes sólo piensan en ellos y no en ustedes. Yo vivo en el mundo del que ustedes están apartados (aunque a el pertenezcan), y yo sé y les digo que jamás aceptará este mundo el «nuevo orden» ni la infrahumana utopía del terror por la que sus seductores les sangran y arruinan. Estos grandes pueblos cristianos jamás tolerarán que la paz, por la cual también ustedes suspiran, sea una paz sobre la tumba de la libertad y de la dignidad humana. Ustedes pueden, si se lo proponen en los próximos años, multiplicar por diez la miseria que por confianza y credulidad han difundido y que a la postre, por su simple peso, será su propia miseria. Imaginen lo que ocurrirá en Alemania al término de este horror.

Hoy es Navidad, pueblo alemán. Déjate conmover y hasta exaltar por lo que significan las campanas cuando anuncian la paz, ¡paz sobre la Tierra!

Febrero de 1941

Acontecimientos bélicos de enero-febrero

El día 5 los Aliados entran en Libia. Los días 19 y 20 Hitler se reúne con Mussolini en el Berghof. Tobruk, en África del Norte, que había estado en manos de Italia, cae ante las fuerzas británicas y australianas el día 22. El día 30 Hitler da un discurso importante en el Sportpalast de Berlín, en el cual plantea «que si el resto del mundo se sumerge en una guerra general debido al judaísmo, la totalidad del judaísmo habría agotado su papel en Europa», lo cual sugiere el abandono del plan de remover a los judíos a Madagascar, a favor de otro que incluya labores forzadas en el este. El día 6 de febrero Hitler empieza a planear con Rommel cómo detener el avance británico en África del Norte y retener Tripolitania (la región noroeste de Libia) para el Eje. Ese mismo día los Aliados capturan Benghazi, Libia. El día 11 las fuerzas británicas entran en Somalilandia (lo que es actualmente Somalia y Yibuti en África oriental). Al otro día, el general alemán Erwin Rommel llega a Trípoli en África del Norte y se convierte en comandante del Afrika Korps. Ese mismo día Mussolini se reúne con Franco, pero éste no es convencido por aquél de que España se una al Eje, pues Alemania no quiere conceder a España lo que Franco desea. El 14 las primeras unidades del Afrika Korps alemán llegan a África del Norte. El 16 Turquía y Bulgaria firman un pacto de no agresión. El día 25 los aliados capturan Mogadiscio, Somalilandia Italiana.

El último discurso del jefe supremo de Alemania en el Palacio de los Deportes de Berlín ha producido en Estados Unidos una impresión especialmente desfavorable, no tanto por su contenido —que fue de la mayor pobreza, la cual sólo se puede comprender por la incapacidad de ese cerebro miserable para dar una solución viable a las candentes cuestiones del momento— sino antes bien por su soberbia, por la enfermiza jovialidad que expresó y que hizo que también en Inglaterra fuera considerado como paranoico y demencial.

«Hitler hizo varias bromas —escribió la prensa norteamericana—, hizo más bromas de lo que acostumbra en sus discursos». ¿De qué tipo fueron

esos chistes?

«Un estadista inglés ha calculado —dijo el conquistador— que en el año de 1940 yo cometí siete errores. Yo he cometido 724 errores, pero mi adversario ha cometido 4’385,000». ¡Esto es insuperable! Los siglos unirán esta joya humorística, junto con las otras que desencadenaron las carcajadas de los Mirmidones que llenaban el Palacio de los Deportes, a menos que esto lo impida la vergüenza humana. ¿No hay algo más intolerablemente hiriente y vergonzoso? ¿No es estúpido y obsceno que en las actuales circunstancias universales, Herr Hitler, el responsable e iniciador de lo que estamos viviendo, se sienta con derecho a mostrarse tan regocijado? En realidad, ¡vaya momento para hacer chistes malos! Dolor y miseria, persecuciones, hombres desterrados, desesperación y suicidios, sangre y lágrimas cubren la tierra. Naciones ilustres, a quienes la humanidad debe muchas cosas y que vivían en el bienestar, yacen hoy destruidas, humilladas y saqueadas. Otros países llevan adelante una lucha de vida o muerte por librarse de este destino. Otros más se ven obligados a sacrificar su libertad y a recurrir a todas las fuentes de ayuda, preparándose para la misma lucha. El propio pueblo alemán, que desde hace ocho años vive en guerra y en cosas peores, mira a su alrededor a un continente que es presa del hambre y de la peste. Y mira con secreto temor a un futuro que sólo signifique guerra, una guerra tras otra, guerra a pérdida de vista, desdicha infinita y, con ella, el odio y la abominación del mundo. Pero su Führer, hace bufonadas al respecto. Esto fue de lo único de que trató el tan abominable discurso de ayer.

Otra cosa extraña, desde hace tiempo, es la pueril vanidad de este hombre que una y otra vez dice «yo» y nuevamente «yo», sin ponerse a pensar que esta repetición de la primera persona, y en el caso de su persona, envuelve una intolerable falta de tacto y de gusto tanto en lo estético como en lo moral. Resulta intolerable que alguien —en cuyo pellejo nadie quiere meterse—, una y otra vez diga «yo». Herr Hitler puso de manifiesto mediante su alianza con Rusia y Japón que los dos principios fundamentales de su religión política, el antibolchevismo y el concepto de raza, no eran sino subterfugios para engañar al mundo. Además reveló, sin duda, que considera el fragmento de historia del mundo al que pretende conducir

desde un punto de vista estrictamente personal, desde el punto de vista de su biografía, de su carrera de aventurero (que a él le parece la vida de un héroe) y cuyas peripecias embelesan su endeble cerebro.

Ese individuo que es Hitler debiera darse cuenta de que con su descarada mendacidad, con su miserable crueldad y espíritu vengativo, con sus constantes rugidos de odio, con su manera de estropear la lengua alemana, con su vulgar fanatismo, su ascetismo cobarde, su grotesca afectación, su menguada humanidad carente del más leve rasgo de grandeza de ánimo y de alta vida espiritual, compone la más repelente figura que jamás haya enfocado la luz de la historia. Si acaso, se tratará de un instrumento del que se valdrá la voluntad del mundo para alcanzar objetivos y fines que están mucho más allá de lo que pueda columbrar su torpe conciencia. Una vez logrados estos objetivos y fines, será arrojado a un lado y olvidado prontamente. El día de su caída, el día en que esa voz de mastín enfurecido deje de sonar por toda la redondez de la Tierra y esa garra crispada que tiene por puño deje de golpear el mapamundi, ese día será de profundo alivio y liberación para millones y millones de personas. Por doquier se abrazarán los hombres, tendrán arrasados los ojos con lágrimas de alegría y, chocando sus copas, brindarán por la liberación de esta plaga y de la opresión que les hacía sufrir ese sujeto vil e infernal. Un individuo nacido para su propia desgracia y la de todo el mundo, si tiene que existir, por lo menos no debiera hablar de sí mismo.

Herr Hitler, en el curso de su divertida perorata, dijo que «desafiaba a cualquiera» a que tratara de separar al pueblo alemán de él, su Führer. Pero quien tal cosa intentara revelaría que no conoce al pueblo alemán. El carácter del pueblo alemán es sobradamente conocido, y Herr Hitler no nos dice nada nuevo cuando declara que tal intento estaría condenado de antemano al fracaso. El pueblo alemán no tiene la viveza de espíritu ni la tendencia crítica del pueblo italiano, que muestra un notorio desgano de luchar por su Duce porque comprende que si es necesario aguantar la infamia, no hay por qué ser, a la vez, estúpido.

El pueblo alemán, mientras crea lo que se le dice y mientras piense que será aniquilado si Hitler no gana la guerra, marchará todavía con lealtad y empeño. Pero tan pronto como se dé cuenta de que esta guerra es una burda

patraña, tan pronto como comprenda que Hitler y su pandilla constituyen el único obstáculo para que entre las naciones se alcance una paz justa y un orden más feliz con contenido social en el cual los alemanes todos estén incluidos, de buen grado y sin contemplaciones arrojará a Hitler a donde se le debe arrojar.

Marzo de 1941

Acontecimientos bélicos Je marzo

El día 1.º Bulgaria se compromete con el Eje. El 7, llegan tropas británicas a Grecia. El día 9 se inicia una ofensiva italiana en Grecia, pero es repulsada antes de una semana. El 11, el presidente Roosevelt firma la ley «Lend-Lease», mediante la cual Estados Unidos puede apercibir a sus aliados de municiones, tanques, aviones, camiones, comestibles y otras materias primas. Yugoslavia firma el Pacto Tripartita el día 25, y dos días después se da un golpe en el país contra el gobierno pro Eje, lo cual enfurece al Führer. El 30 Hitler pronuncia un discurso ante sus generales, en el cual dibuja la ofensiva en contra de la Unión Soviética.

¡Radioescuchas alemanes!

Lo que yo tenía que decirles mientras estoy lejos, otras voces se lo habían transmitido. Hoy escuchan ustedes mi propia voz.

Es la voz de un amigo, de un amigo alemán. La voz de una Alemania que muestra, y que volverá a mostrar al mundo, un rostro distinto a la horrible máscara de Medusa con que la ha cubierto el hitlerismo. Es una voz que les advierte… Advertirlos es el único servicio que hoy les puede prestar un alemán, como yo. Cumplo con ese deber, cuya importancia siento profundamente, aunque sepa que toda advertencia que pueda llegarles, ya resulta familiar, que está viva desde hace tiempo en su alma y en su conciencia, que ustedes, en el fondo, no se pueden engañar.

Advertirles quiere decir confirmar sus malos presentimientos, asegurarles que esos funestos presentimientos son verdaderos, que ya se evidencian demasiado. Y esta advertencia debo transmitírsela por el simple

hecho de despertarles la idea de que van por el mal camino pero que, de cualquier manera, podrán abandonarlo.

La gente mala —en el sentido último y profundo del término— que guía a Alemania, sabe bien que todas esas victorias producen en ustedes incomodidad, que desconfían de lo ilusorio que hay en ellas y que los horroriza el papel imposible e irrealizable de esclavistas que pretenden hacerles desempeñar. Ellos saben que ustedes sienten un deseo nostálgico de paz, el deseo de vivir honradamente en la comunidad de los demás pueblos de la Tierra y de ver terminarse la aventura de la guerra hitleriana, cuya monstruosidad nos hace estremecer a todos. Por esta razón intentan, con todas sus fuerzas, elevar la moral de los alemanes con ayuda de los triunfos que les siguen dando sus crímenes, y que no son otra cosa que nuevos crímenes cometidos por desesperación, como acaba de serlo, hace unos días, la sumisión de Bulgaria.

«La potencia de la idea y de las armas», declara llena de jactancia la prensa hitleriana, «está a punto de barrer la última resistencia que se opone al orden nuevo». ¿Qué significa esta idea? Solamente violencia y villanía. Y falta mucho para que caiga la «última resistencia» que se opone al «Orden Nuevo» y al deshonor intolerable que haría sufrir a la humanidad su triunfo universal. La resistencia está viva, tiene la cabeza en alto, es poderosa, tenaz e inflexible. Lleva por nombre Inglaterra, e Inglaterra es un mundo. Estados Unidos es otro mundo y van creciendo sin cesar los recursos gigantescos de este país que estarán a disposición de los ingleses en su lucha por la libertad. Estados Unidos tiene hoy plena conciencia de que esta lucha es suya, y que también es suya la lucha que lleva adelante Inglaterra.

¿Han oído que la llamada *lend-lease bill*, la ley que autoriza prestar a Inglaterra la mayor ayuda, ha sido aprobada por gran mayoría en el Senado de Estados Unidos? Desde hoy, Alemania está en guerra no solamente con el Imperio británico, sino también con Estados Unidos. Y no es necesario decirles —pues lo sienten ustedes mismos— que su situación se torna cada día más angustiosa y más precaria. ¿Qué será de ustedes? Si son vencidos, todos los demonios de la venganza que hay en el mundo se desencadenarán contra ustedes por todo lo que han hecho a los hombres y a los pueblos. Si triunfan, si Inglaterra se desploma, incluso si ganan la guerra de los

continentes, si atacan al Occidente y al Oriente, ¿cuántos de ustedes podrán creer que tal sea una victoria duradera, capaz de crear un orden soportable para Alemania y para los demás, una victoria compatible con la vida? ¿Es posible que un pueblo viva como esbirro de todos los demás? ¿Es posible que viva con ejércitos de policías sobre toda la extensión del mundo sometido, un mundo que deberá pagar tributo a la raza de los «señores» y de los potentados? ¿Hay allí posibilidad de un ensanchamiento espiritual para un pueblo cualquiera y, en particular, para ustedes los alemanes?

Se puede tener de la historia y de la humanidad una opinión tan sombría y tan escéptica como se quiera. Pero que el mundo deba reconocer la victoria final del mal, que soporte el haberse convertido en una caverna de la Gestapo, en un campo de concentración donde ustedes, los alemanes, aporten la guardia de los SS, eso no puede creerlo ni el más incrédulo.

La resistencia que realiza Inglaterra, y la ayuda que le brinda Estados Unidos, son estigmatizadas por los jefes nazis quienes dicen que con ello sólo «prolongan la guerra» mientras ellos exigen la «paz». Ellos, que chorrean sangre de su propio pueblo y de las otras naciones, tienen el descaro de pronunciar la palabra *paz.* Pero con ello quieren decir sometimiento, legalización de sus crímenes, aceptación de lo humanamente intolerable. Ahora bien, eso no es posible. Con Hitler no podría haber paz porque él es un enemigo fundamental de la paz y porque esa palabra, en su boca, no es sino una mentira obscena, malsana (como toda palabra que él haya dicho y pronunciado). Mientras duren Hitler y su régimen de incendiarios, ustedes, alemanes, jamás tendrán paz. Jamás, a ningún precio. El encadenamiento de sus actos aterradores proseguirá, aunque sólo fuera para conjurar los demonios de la venganza o para que no los devore el odio que en ustedes crece en proporciones gigantescas.

Advertirles, alemanes, quiere decir insistirles en los malos presentimientos que ustedes ya tienen. No puedo hacer más.

Abril de 1941

Acontecimientos bélicos de abril

El día 3 se establece un régimen pro Eje en Irak, a cargo del general Rasch Alí Gailani. El 4, tropas alemanas capturan Benghazi mientras los Aliados se posesionan de Adis Abeba. El día 6 Alemania invade Grecia y Yugoslavia. Cae Salónica el día 9. Al otro día tropas alemanas capturan el Zagreb. El 12 tropas alemanas capturan Belgrado. Rommel ataca a Tobruk el día 14. Tres días después, Yugoslavia se rinde a los nazis, y Croacia declara la guerra a Gran Bretaña. El día 23 cae Grecia y se rinde al ejército alemán, pero Alemania —para proteger la dignidad de Mussolini— hace que Grecia también se rinda formalmente ante Italia. El 24 las tropas aliadas son evacuadas de Grecia. Tres días después las tropas alemanas capturan Atenas.

¡Radioescuchas alemanes!

Soy consciente de que hoy me será difícil hablarles. Llueven sobre ustedes noticias de victorias, como la de las bombas incendiarias que los verdugos que los gobiernan han dejado caer sobre Londres, causándoles un entusiasmo que no puede contener ninguna advertencia, al menos entre los débiles, los estúpidos y los brutales. Ante sus ojos pasan imágenes que, para quienes aún tienen sentido de dignidad humana, son una atrocidad y un asco: la imagen estúpida y aborrecible de la bandera de la cruz svástica ondeando sobre el monte Olimpo. Pronto ondeará sobre la Acrópolis; esto es inevitable. Astutamente, por si acaso, se les ha dado a entender que esta vez no es favorable el terreno para el gran invento de la *Blitzkrieg.* Probablemente, no deberán esperarse decisiones rápidas, como en el Oeste. Esta precaución es superflua. Todo va con aun mayor rapidez de lo que se

les hizo esperar y que algunos de ustedes temen. La maquinaria de guerra alemana, un monstruo técnico, trabaja con abrumadora precisión y presteza. Ningún heroísmo vale contra ella. Implacable, en un triunfo mecánico aplasta la fe, la confianza, la libertad de los pueblos (ya no sé cuántos).

¿Se les hincha el pecho de orgullo? ¿Orgullo de qué? Un griego se enfrenta a seis o siete de ustedes. Que él se atreva a hacerlo, que cubra con su cadáver el desfiladero de la libertad, eso es lo realmente asombroso, y no la victoria alemana. ¿Están satisfechos con el papel que están desempeñando en el entramado de la historia, al repetirse en el mismo lugar el símbolo urbano de las Termópilas? Los griegos vuelven a ser los mismos. Y ustedes, ¿quiénes son?

Sus señores les han inculcado que la libertad es un vestigio pasado de moda. Créanme, la libertad —lo mismo que hace dos mil años— sigue viva y continuará así, a despecho de toda la charlatanería de los filosofastros y de todos los caprichos de la historia del espíritu. La luz y el alma de Occidente, y el amor y la gloria de la historia, corresponderán a quienes mueren por ella y no a las que la aplastan con sus tanques.

¿Renuncian al amor y a la gloria con tal de lograr el éxito? Yo quisiera que, por lo menos los mejores entre ustedes, recordaran que hay triunfos falsos y huecos, nulos y ruinosos, a diferencia de los puros y verdaderos, que se ganan sirviendo a la humanidad y que la humanidad reconoce y consagra. Ustedes creen demasiado en el éxito crudo y desnudo, en el poder de la fuerza. Cuando un pueblo como el alemán no piensa durante siete años más que en la guerra y su preparación, cuando echa por la borda todo lo que pudiera suponer un obstáculo a esa idea —sea la libertad, la verdad, la humanidad o el goce de vivir—, cuando crea un Estado consagrado enteramente a la guerra y concentra todas sus capacidades en el objetivo de prepararse física y moralmente para ella y, además, lo hace en un mundo que no está preparado para la guerra, que la repudia, que no cree en ella y que ansía fervorosamente la paz, ¿cómo no debía, una vez que estalla la guerra, llegar a realizarse aquello que se presenta como historia de altos vuelos, y como el dominio del mundo? No hay aquí ninguna magia: nada hay en esto de extraño ni de singular. Es algo inevitable. Y, además, única y exclusivamente es una sangrienta charlatanería.

En el momento de mayor exaltación alemana —o acaso no la mayor— yo les digo que eso no se aceptará, que no se soportará. No crean que basta realizar acciones duras ante las cuales habrá de inclinarse la humanidad. Ciertamente, no se inclinará ante ellas por la sencilla razón de que no puede hacerlo. Se puede pensar en la humanidad con toda la burla y el escepticismo que se quiera, que por mucha bajeza que haya en ella existe también, de modo innegable e inextinguible, una chispa divina, la chispa del espíritu y del bien. No puede tolerar el triunfo definitivo del mal, de la mentira y la violencia, porque en ese caso, sencillamente, no podría vivir.

El mundo que resultaría de la victoria de Hitler no sería tan sólo un mundo de general esclavitud sino también de absoluto cinismo, un mundo en que sería enteramente imposible creer en el bien (lo más elevado del hombre), un mundo enteramente entregado y sometido al mal. Y eso no puede ser, no se puede tolerar. La rebelión de la humanidad contra un mundo hitleriano, en desesperada defensa del espíritu del bien, es la más cierta de todas las certezas. Será una rebelión elemental, y ante ella se consumirán, como una mecha, las «acciones duras».

¿Deberá sobrevenir la rebelión de la desesperación de la humanidad contra el germanismo? Pueblo alemán, ¡debes temer más a la victoria de tu Führer que a su derrota!

Mayo de 1941

Acontecimientos bélicos de mayo

El día 1.º se rechaza el ataque alemán a Tobruk. Hitler pronuncia en discurso en el Reichstag, donde habla de «un año de lucha difícil por delante». Al otro día tropas británicas inician una ofensiva contra el régimen pro nazi en Irak. El día 10 Rudolph Hess vuela a Escocia. El duque de Hamilton se reúne con él la mañana siguiente. Entre los días 10 y 11 Alemania bombardea a Londres masivamente, y Gran Bretaña bombardea a Hamburgo. El día 12 se emite un edicto formal que contiene órdenes explícitas para la liquidación de los funcionarios del sistema soviético. A la mañana del otro día, la BBC de Londres anuncia que Hess se encuentra cautivo en Gran Bretaña *[Hess recibió cadena perpetua en su juicio en Nuremberg; el único preso en la cárcel de Spandau, se suicidó en agosto de 1987]*. El día 15 Gran Bretaña inicia su contra-ataque en Egipto. Al otro día, las fuerzas italianas en África oriental se rinden. El 24 la nave Bismarck hunde a la embarcación Hood de Gran Bretaña. El día 27 la marina británica hunde al Bismarck. El 31 las tropas británicas capturan Bagdad.

¡Radioescuchas alemanes!

El presidente de Estados Unidos de América ha hablado. El mundo está pendiente de su histórico discurso. Es el discurso de un estadista, probablemente del mejor, más lucido y más sabio con que cuenta hoy el mundo, no el de un fanático torpe y malvado, que se deja llevar por el instinto.

Después de oír al presidente estadunidense, ratifico hoy el mensaje con que quise llegar a los oídos alemanes, y las ideas que una y otra vez sostuve: la paz de Hitler y su idea de un orden mundial de esclavización y de cinismo (concepción que proviene de un cerebro tenebroso y enfermo)

no puede ser aceptada y no puede ser tolerada; la humanidad no se inclinará ante ella.

Eso fue lo que dijo, de manera seria y convincente, el presidente de Estados Unidos. Además, ha declarado el «Estado de Emergencia Nacional Ilimitada». Es decir, ha convocado a la gran democracia que él encabeza a prepararse a la defensa y la unión contra el enemigo del exterior (que es a la vez el enemigo de todos los hombres de buena voluntad). También ha advertido que nunca celebrará la paz con Hitler —la llamada «paz de negociación» con los actuales amos de Alemania— porque esto no sería sino un triunfo del mal y de la infamia, la muerte de la libertad y de la dignidad humana.

Lo que ustedes presentían, ahora lo saben. No tendrán ninguna paz mientras luchen del lado de la delictuosa chusma que hoy los guía. Interminable, sin fin a la vista, continuará la triste aventura a la cual los han conducido estos miserables, año tras año. Ustedes mismos tendrán que decirse lo que se habían figurado: el triunfo final de Hitler está tan lejos como siempre, pues Estados Unidos lanzará todo el peso de su poderío, sus enormes fuentes de ayuda, en la balanza de la libertad y de un mejor futuro de la humanidad.

Desde luego, ustedes podrán decir que Alemania, gracias a la poderosa máquina de guerra que durante años construyó —y gracias a las posiciones que pudo ganar en un mundo poco preparado y desunido— tampoco podrá ser obligada a capitular pronto. Sus amos y señores seguirán adelante, y durante largo tiempo no les faltarán medios y recursos para obtener engañosas victorias, para apilar crimen tras crimen y hacer que ustedes desempeñen el horrible papel de dementes entre los pueblos (lo cual los convertirá, cada vez más, en lo que de ninguna manera querrían ser). Lo que les espera puede ser un periodo de la historia de mutua devastación. Sin duda, el desventurado continente que ha caído en manos de Hitler es el que más sufrirá. Todo esto porque su Führer quiere imponer al mundo un sistema que ningún país, a ningún precio —ni siquiera al más alto— aceptará.

Pero el presidente Roosevelt, en nombre de Estados Unidos y del mundo anglosajón, no sólo ha rechazado la paz deshonrosa que Hitler

propone y propondrá, sino que también ha rechazado el tipo de paz que se impuso en los años transcurridos entre Versalles y el ascenso del Tercer Reich. Explícitamente, ha aclarado que no tolerará una situación mundial en que pueda volver a medrar el Estado de Hitler, y que pueda producir nuevas catástrofes. Los adversarios del Reich no aspiran a volver al antiguo mundo. Es una mentira cuando se les dice que los pueblos y las clases sólo desean conservar sus privilegios. La revolución de Hitler es un fraude. Hitler no es un revolucionario sino un saqueador que ha aprovechado la crisis mundial (la cual debe conducir a una nueva y más alta etapa de la cultura y madurez sociales).

Justicia, libertad e iguales oportunidades para que todos participen en los bienes del mundo, deben ser los fundamentos de la paz venidera. El futuro pertenece a una asociación de pueblos libres, responsables ante su comunidad y dispuestos a sacrificar una anticuada soberanía nacional como ofrenda a su responsabilidad. Nadie debe tampoco pensar que este nuevo orden de los pueblos desee efectuarse con exclusión de Alemania. Todo aquello con lo que la propaganda les llena las orejas para que sigan con la sangrienta labor, lo que se les dice acerca de la aniquilación del pueblo alemán (y que supuestamente ha sido planeada por sus adversarios) es simple mentira y engaño. Piénsenlo, alemanes: el único obstáculo hacia una paz con justicia para todos es Hitler, con su sueño de someter al mundo. Tomen estos pensamientos en su ánimo y en su razón, y déjenlos madurar para su salvación y la salvación del mundo.

Junio de 1941

Acontecimientos bélicos de junio

El día 2 de junio Hitler se reúne con Mussolini en el Paso de Brenner, básicamente para despistar al mundo antes de lanzar su ofensiva contra la Unión Soviética: ni a Mussolini transmite sus intenciones. El día 4 se instala un gobierno pro Aliados en Irak. Cuatro días después, los aliados invaden Siria y Líbano, controlados por Vichy. El 12 Hitler se reúne con el líder rumano, general Antonescu, a quien sí pone en antecedentes acerca de la invasión a la Unión Soviética. El rumano ofrece, voluntariamente, poner tropas rumanas a su servicio, con la idea de recuperar, en una «guerra santa con la Unión Soviética», Besarabia y Bukovina del Norte, además de adquirir trozos de Ucrania. El día 14 Estados Unidos congela activos alemanes e italianos. El 22 se da inicio a la «Operación Barbarossa», la invasión de la Unión Soviética. El día 23 Hitler llega a su centro de operaciones de campo a ocho kilómetros de Rastenburg, donde permanecería la mayor parte de los siguientes tres años y medio; lo llama la «Guarida del Lobo». El 25 la Unión Soviética bombardea Finlandia. Cae la ciudad de Minsk el día 28. Al otro día Finlandia inicia su ofensiva contra la Unión Soviética.

¡Radioescuchas alemanes!

El gobierno y la prensa alemana les informan de manera muy singular sobre la mayor parte de las cosas que a casi todos ustedes atañen. Se ha informado de la clausura de los consulados norteamericanos en Alemania y se ha dicho que no se trata de una represalia contra el bloqueo de los créditos alemanes en Estados Unidos sino que es una medida que se adoptó porque los cónsules norteamericanos venían practicando actividades de espionaje en favor de Inglaterra. Pero lo que se les oculta cuidadosamente es que antes, y en forma espontánea, el gobierno de Estados Unidos hizo cerrar los consulados alemanes y obligó a salir del país a su personal. ¿Las razones?

En primer término, porque esas agencias, de hecho, desde hace tiempo no eran más que nidos de espionaje y sabotaje. Y, en segundo lugar, porque el pueblo norteamericano, por medio de su gobierno, desea expresar con claridad cada vez mayor su posición con respecto al actual régimen de Alemania.

Los mentores de la opinión pública alemana tenían mucho interés en cambiar la realidad de las cosas. Al enterarse de la acción de Estados Unidos contra los consulados alemanes, deben saber que se trata de una medida que implica una represalia. Es, entonces, lo contrario de lo que les han dicho, y por ello creo que vale la pena que yo les informe al respecto.

Y creo que vale la pena mencionar esto porque a diario se les trata de confundir con la intención de que ustedes no se den cuenta de la profunda y casi unánime repugnancia que el pueblo de Estados Unidos siente por el carácter y los actos de los actuales gobernantes alemanes. Estados Unidos, desde hace tiempo, está moralmente en guerra con Alemania (y a estas alturas, también *de facto*).

Ya que en Alemania se dan a conocer extractos de los discursos del insensato señor Lindbergh —casualmente, el más conocido de los americanos—, en los cuales éste, presentándose como la voz de América, pide una paz pactada con Hitler, déjenme decirles que esto no es así. En la democracia norteamericana existe la libertad de palabra y se respeta a la oposición. Por eso, no es gran cosa para este país cuando el coronel apaciguador reparte 17 mil entradas gratuitas y reúne a 20 mil espectadores que le aplauden. De hecho, ni los discursos ni los ruidosos aplausos significan mucho. La verdadera voz de América es la del presidente Roosevelt, cuya reelección como guía del país para los próximos años por el pueblo norteamericano es, probablemente, el acontecimiento decisivo de esta guerra.

Estoy seguro de que a ustedes se les ha ocultado el mensaje que hace algunos días dirigió el presidente norteamericano al Congreso, tras el criminal hundimiento del navío Robin Moor, y que luego hizo llegar al gobierno alemán en lugar de una nota diplomática. Se les habrá presentado, al igual que el último discurso de Churchill —que fue redactado con tono semejante— como la declaración de un demente. Sin embargo, es la

humanidad pura y simple la que con su voz habla. El presidente ha dicho, palabra por palabra: «El total desprecio a los más elementales principios del derecho internacional de la humanidad ha caracterizado el hundimiento del Robin Moor. Se trata de la acción de un delincuente internacional. Nuestro gobierno sostiene que la liberación de la crueldad y de los procedimientos inhumanos es un derecho natural y no una gracia que puedan conceder o negar a su capricho aquellos que, por el momento, disponen de fuerza para oprimir a hombres indefensos […]. Los actuales dirigentes del Reich no han vacilado en realizar actos de crueldad y muchas otras formas de terror contra seres inocentes y desvalidos de otros países. Nuestro gobierno tiene que pensar que el Reich se propone —mediante la comisión de tan viles actos de persecución contra gente desvalida e inocente, hombres, mujeres y niños— amedrentar a Estados Unidos y a otras naciones, a fin de hacerlas adoptar una política de no resistencia a los planes de conquista mundial, conquista basada en la violación del derecho y la generación de temor en la tierra y la piratería en el mar. Sin embargo, el gobierno del Reich puede estar seguro de que Estados Unidos no se dejará intimidar por el terror ni aceptará los planes de dominación mundial que aspiran a realizar los actuales dirigentes de Alemania».

Hasta aquí las palabras del presidente Roosevelt. Mientras tanto, Hitler ha declarado la guerra a Rusia, por lo cual, de manera curiosa, Alemania está enfrentada con las otras tres grandes potencias que, aparte de ella, existen: Inglaterra, Rusia y Estados Unidos. Estamos ante una nueva serie de gloriosas atrocidades motorizadas. Acaso sirvan ellas para acelerar la marcha del destino en un sentido venturoso; pero, por desgracia, lo más probable es que sólo contribuyan a prolongar la guerra y, de esta manera, se demore por muchos años el establecimiento de un orden humano sobre la tierra. No es esto lo que el pueblo alemán puede creer en el fondo de su corazón. Pero el hombre cubierto de sangre y de oprobio, que cree ser la única encarnación del bolchevismo en el peor sentido de esta palabra, quiere presentarse ante el mundo como un nuevo San Jorge alanceando al dragón, y como el paladín de la civilización Occidental. Yo conozco la cara que el mundo pone ante tal pretensión. Y quisiera ver la de ustedes, radioescuchas alemanes.

Julio de 1941

Acontecimientos bélicos de julio

El día 10 los alemanes atraviesan el río Dniéper en Ucrania. Dos días después se firma un acuerdo de Asistencia Mutua entre Gran Bretaña y la Unión Soviética. El 14 Gran Bretaña ocupa a Siria. Ese mismo día, Hitler comenta al embajador japonés Hiroshi Oshima que «nuestros enemigos ya no son seres humanos sino bestias». Tropas alemanas capturan Smolensk el día 15. El 21 Alemania bombardea Moscú. El día 26 Roosevelt congela los activos japoneses y suspende relaciones diplomáticas. El día 31 Hermann Göring ordena a Reinhard Heydrich preparar la «Solución Final».

¡Radioescuchas alemanes!

La alianza de Inglaterra con el pueblo ruso no habrá dejado de causarles impresión. Sobre todo, el pacto por el cual ninguna de estas dos potencias firmará la paz por separado. En la alianza participa, asimismo, Estados Unidos. También este país considera a Rusia como su aliado, habiendo declarado, de manera categórica y definitiva, que jamás aceptará una paz como la que quiere Hitler.

El terrorista que hoy gobierna a Alemania sabe que su intento de ganarse el mundo para el «orden» suyo, presentándose como el salvador de la civilización contra el bolchevismo, ha fracasado miserablemente. No hay quien le crea, con excepción de algunos mentecatos y «Quisilings» de Europa, cuya única misión es creerle. Pero él, desde luego, no salva a nadie de nada. No es más que el enemigo de la humanidad, y justamente de él hay que salvar al mundo. El pueblo alemán debe saber, y nunca se le repetirá lo suficiente, que bajo su régimen actual no conseguirá jamás la tranquilidad y

la paz. Esta guerra proseguirá año tras año mientras Hitler, su bestialidad y todo su sistema no sean desarraigados de la faz de la Tierra. Ésa es la única solución. No puede ser de otro modo. Con ese reincidente falsario y violador de pactos, tan necio que no quiere saber nada de derecho y bondad, de fidelidad y lealtad, y que sólo conoce la mentira, no es posible una conclusión pacífica. El mundo no puede convivir con él, ni él con el mundo.

¿Pueden imaginar que este loco malvado y furioso imperara un día como el indiscutido príncipe de la paz y salvador milenario sobre un mundo aquietado por su espada victoriosa, y organizado según sus falsas ideas? Alemanes, eso sería un desatino. No puede ser. Piensen y tengan en cuenta que la inmensa mayoría de la humanidad se opone resueltamente a los propósitos de Hitler y de sus corifeos, a los objetivos de las llamadas potencias del Eje. Si reunimos los pueblos de Rusia y China, del Imperio Británico y de Estados Unidos, tendremos a casi toda la humanidad. ¿Cómo sería posible que ese peso gigantesco no terminara por hundir, tarde o temprano, esa cáscara que flota y sobre la cual ya pesan los más íntimos deseos y esperanzas de todos los pueblos oprimidos, saqueados y maltratados de Europa?

Bien sé que después de estos ocho años de embotamiento, apenas pueden ustedes imaginar una Alemania separada del nacionalsocialismo. Pero ¿les resulta más fácil imaginar su perpetuación mediante la victoria final en la que se les quiere hacer creer? ¿Es que puede aspirar a la perdurabilidad ese régimen de ilimitada corrupción, de ese mico infame, bajo el cual ustedes viven y por el cual luchan? Acuérdense de sus orígenes, de los medios por los cuales Hitler llegó al poder, del sadismo con que ejerce este poder, del relajamiento moral que difunde, de las atrocidades que ha cometido primero en Alemania y luego en todos lugares adonde llegó su maquinaria bélica. Contemplen la galería de sus representantes: los Ribbentrop, los Himmler, los Streicher, los Ley y Goebbels, quien sólo abre la boca para echar mentiras a granel, o el propio Führer, quien es movido por un espíritu perverso, y su obeso y archi adornado súper archi mariscal del Reich del Gran Espacio de la Gran Alemania. ¡Qué jardín zoológico! ¿Es eso lo que debe triunfar, permanecer y perdurar? ¿Habrá de prosternarse el mundo, vencido, ante tales caballeros? ¿Será ésa la solución

de los problemas de nuestra época, del problema del hombre, del problema de la humanidad? ¿Y habrá de determinar semejante absurdo la vida del planeta por mil años? ¿Quién puede creerlo? Todo eso lleva el sello de un entremés espantosamente grotesco, de un suceso fantástico, desatinado, absurdo. Lleva la huella de una aventura extravagante, de una pesadilla, de una pesadilla de la cual, Dios mediante, se despertará. Y hay que despertar si es que Alemania desea volver a tener relaciones normales con el mundo y con la humanidad. «¡Despierta, Alemania!…». Con este señuelo se te atrajo una vez a la funesta ilusión del nacionalsocialismo. Pero mejor piensa en vuestro bien, en quien te exhorta al decirte: «¡Alemania, despierta, Alemania! ¡Despierta a la realidad, a la sana razón, a ti misma, al mundo de la libertad y del derecho que ya te esperan!».

Nota. Vidkun Kinsliguen, un comandante noruego, colaboró activamente con los nazis en su patria, y su nombre pronto seria sinónimo de traidor [T.].

Agosto de 1941

Acontecimientos bélicos de agosto

El día 1.º Estados Unidos anuncia un embargo petrolero contra Estados agresores. El día 3, el obispo Clemens August Graf von Galen —de Münster, Westphalia— denuncia abierta y claramente la supresión de órdenes religiosas de parte del Gestapo en su ciudad *[y de ahí siguió criticando la práctica de la eutanasia a personas con «enfermedades mentales»; por lo menos 100 mil personas fueron víctimas de esta «eutanasia», y aunque se suprimió oficialmente, en parte gracias a estas protestas de Galen, nunca fue suspendida del todo]*. El día 14 Roosevelt y Churchill anuncian la Carta del Atlántico. El 25 tropas británicas y soviéticas entran en Irán. El 29 tropas finlandesas recapturan Viborg.

¡Radioescuchas alemanes!

Se discute hoy en el mundo si entre el pueblo alemán y las fuerzas que hoy lo gobiernan puede establecerse una diferencia, y si Alemania en realidad es capaz de integrarse con dignidad al nuevo orden social de los pueblos (fundado en la paz, la justicia y mejorado en lo social) que deberá surgir de esta guerra. Cuando se me hace esta pregunta, contesto así:

Reconozco, cuando se menciona al nacionalsocialismo, que tiene hondas raíces en la vida alemana. Es la virulenta deformación de ideas que llevan en sí el grano de una conducta criminal y que ya en la buena y vieja Alemania de la cultura, no eran ajenas. Vivían allí sobre pies aristocráticos, se llamaban «románticas» y tenían muchos encantos para el mundo. Pero bien puede decirse que se rebajaron hacia la sinvergonzonería y estaban destinadas a rebajarse hasta la traición para llegar hasta Hitler. Junto con la

notable capacidad de adaptación de Alemania para la época técnica, forman hoy una mezcla explosiva que amenaza a toda la civilización. Sí, la historia del nacionalismo y el racismo alemanes, que se expresa en el nacionalsocialismo, es una historia larga y trágica que se remonta a mucho tiempo atrás. Al principio es interesante y luego va volviéndose cada vez más horrible y atroz. Pero confundir esta historia con la del espíritu alemán, y formar con ambas una sola, es el más craso desliz y sería un error que podría poner en peligro la paz.

Yo —contesto a los extranjeros— soy hombre de buena fe y lo bastante patriota para confiar en la Alemania de Durero y de Bach y de Goethe y de Beethoven. A la otra Alemania se le acabará el aliento muy pronto y no se debe confundir su actual resoplar con un aliento poderoso. Se ha acabado o se está acabando, está llegando verdaderamente al fin y a la muerte. El «Tercer Reich», como representación de una idea por medio de su realización, representa algo superable y a la vez mortífero: precisamente en esto se basa toda esperanza. Se basa en el hecho de que el nacionalsocialismo —esta realización política de ideas que desde hace por lo menos un siglo y medio resuena en el pueblo alemán y en la *intelligenzia* alemana— es algo externo y absolutamente extravagante en lo físico y en lo moral, es un experimento y es la más grande inmoralidad y brutalidad alcanzables. No se puede superar y no debe repetirse.

No se puede arrojar por la borda toda humanidad. No puede continuar el furor demencial contra todo lo que une y civiliza, ni la desesperada violación de todos los valores y todos los bienes espirituales que también están en el corazón de los alemanes (y no en último lugar), ni tampoco la edificación del estado total de guerra al servicio del mito racial y del sometimiento del mundo. Si se frustra este experimento (y se frustrará, pues la humanidad no puede permitir el triunfo definitivo de lo íntegramente malo), entonces el nacionalismo alemán —el más peligroso porque ha adoptado la mística de la técnica— será quebrantado y Alemania se verá obligada a lanzarse en una dirección totalmente distinta, o —mejor dicho— tendrá esa oportunidad.

El mundo necesita a Alemania pero también Alemania necesita al mundo. Y como no lo puede volver «alemán», tendrá que abrazarlo, así

como siempre estuvo habituada a hacerlo: con amor y simpatía. Entonces, se verá que vuelven a salir a la luz tradiciones que hoy han sido pisoteadas, pero que no son menos nacionales que aquella cuya perversión se manifiesta ahora con tal claridad. Le permitirán fácilmente unirse a un mundo en que se realicen la libertad y la justicia tanto como le sea dado a la humanidad en esta hora de su vida.

Esto es una cosa. La otra es que Alemania nunca más será feliz. Esto, en el fondo, ya lo barrunta como miembro de un mundo unido que goce en paz de la libertad, despolitizado por la desaparición de un Estado nacional despótico. Para un mundo así nació Alemania, pues cuando la política de poder fue una maldición y una naturaleza deformada para un pueblo, así lo fue para el pueblo esencialmente apolítico alemán. Un malicioso francés ha dicho que cuando el alemán quiere ser gracioso, se arroja por la ventana. Sí lo hace, y aun con mayor decisión cuando quiere ser político. La política de poder significa deshumanización para los alemanes, y así lo demuestra el hitlerismo, este horrible salto por la ventana. Es la convulsiva compensación de una falta por la cual el alemán nunca estuvo lo bastante orgulloso.

Cuando se produzca el fin de la política de poder nacional-estatal, para ningún pueblo será tan grande la redención, tan grande la liberación de sus mejores y más nobles cualidades como para el pueblo alemán. Y es precisamente en el mundo que hoy Hitler intenta contener, en donde podrán, dichosamente, desarrollarse estas grandes cualidades.

Agosto de 1941

(Emisión especial)

¡Radioescuchas alemanes!

El más grande beneficio moral que hoy se pueda hacer al pueblo alemán es mostrarle su imagen entre los pueblos sometidos. Pues, ¿cuál sería el juicio sobre Alemania y qué esperanzas podrían cifrarse en el futuro de Alemania, cuando las atrocidades que comete bajo su actual régimen fuesen cometidas por su libre voluntad y con la conciencia tranquila?

Ustedes, los que escuchan la voz de la libertad que llega desde fuera, se sienten miembros de un pueblo oprimido, y el sólo hecho de que les hable la conciencia, ya es un acto de oposición espiritual contra el terror hitleriano y el sabotaje espiritual de la sanguinaria e interminable aventura en que se ha lanzado a los alemanes. En Rusia se desangran jóvenes alemanes por millones. Los amos de Alemania reconocen que esta campaña no terminará antes del invierno. Y, mientras tanto, aumentan en el mundo las casi inagotables fuerzas de defensa que desean la paz, que sólo piensan en la paz y que se encontraban casi indefensas durante los siete años en que se construyó la maquinaria de guerra alemana.

Algo terrible caerá sobre Alemania si la guerra se prolonga un año o dos. Y continuará, pues ustedes mismos ya no creen que sea posible vencer a la mayor parte de la humanidad, esa que se opone a los planes de Hitler. Alemanes, ¡déjenme llegar al extremo! Ustedes mismos deben sacudirse la

infame e indeciblemente deshonrosa jefatura en cuyas manos han caído por obra de un destino siniestro. Deben mostrar lo que el mundo se ve obligado a creer: que el nacionalsocialismo y Alemania no son una sola ni son una misma cosa. Si siguen con Hitler hasta el fin, más pronta será la venganza que teme todo el que desee el bien para Alemania.

Miren cómo los pueblos oprimidos de Europa se defienden contra el mismo enemigo que también los oprime a ustedes. ¿Quieren ser más pequeños, más faltos de carácter, más cobardes que los demás? Piensen que los instrumentos con que se esclaviza al mundo son obra de sus propias manos, y que Hitler no podrá llevar adelante su guerra sin la ayuda de ustedes. ¡Niéguenle sus manos y no hagan más! Para el futuro, habrá una enorme diferencia si ustedes, los alemanes, derriban a este hombre del terror. Si no es así, tendrán que hacerlo desde fuera. Sólo cuando se hayan liberado ustedes mismos, tendrán derecho a formar parte del próximo orden mundial, el cual será libre y justo.

Septiembre de 1941

Acontecimientos bélicos de septiembre

El día 1.º los nazis ordenan a todos los judíos mayores de 6 años portar en su ropa una estrella amarilla. Dos días después se inicia el uso experimental de las cámaras de gas en Auschwitz. El día 5 las tropas alemanas capturan Estonia. El 8 se inicia el sitio de Leningrado de parte de Alemania. El 19 los nazis toman Kiev. El 28 la ley «Lend-Lease» se extiende para incluir a la Unión Soviética. El día 29 se da el asesinato de 33 mil 771 judíos en Babi-Yar, a las afueras de Kiev; fueron tomados aproximadamente 665 mil prisioneros soviéticos.

¡Radioescuchas alemanes!

En su maravillosa *Historia de la guerra de los 30 años,* Schiller relata cómo los enemigos del gentil Gustavo Adolfo difundieron los más espantosos rumores sobre su supuesta brutalidad. Esos rumores no podían ser contrarrestados ni siquiera por los espléndidos ejemplos de humanidad que el rey daba a cada paso. «Se temía —dice Schiller— sufrir del rival lo que uno mismo hubiera hecho». ¿No es esto, por ventura, la perfecta explicación del motivo por el cual el pueblo alemán cree que tiene que seguir sosteniendo hasta el extremo esta guerra cuyo fin no se ve y que jamás ganará? ¿No es por esto que soporta dolores incontables y sigue sin tregua a su desesperado Führer hasta Dios sabe qué desventurado final? El pueblo alemán teme que si abandona a sus señores de la guerra, sufrirá aquello que sabe que los nazis, en el caso de su victoria, impondrían a los otros: el aniquilamiento. Cada día, la propaganda de Goebbels les grita a los

oídos: «Si no vencen, serán aniquilados. No tienen otra elección: la victoria absoluta o la ruina».

Pero deberían percatarse, alemanes, que unos conductores que ponen a su pueblo ante el abismo de semejante alternativa —someter al mundo o hundirse— no pueden ser sino una partida de aventureros malvados. Y, en segundo término, que la idea del aniquilamiento de los pueblos y el exterminio de las razas es una idea nazi que no entra en la vitalidad de las democracias. Lo que hay que aniquilar, para librar a la humanidad de la más abierta esclavitud que jamás haya avergonzado la paz de la Tierra, es al régimen nazi, a Hitler y a sus cómplices. No al pueblo alemán. Pensar que Inglaterra, donde en medio de la guerra se realiza tal vez la más trascendental revolución de su historia, o que el Estados Unidos de Franklin Roosevelt pueda abrigar propósitos de aniquilamiento de alguna especie, sea en lo económico, en lo político y, no digamos en lo físico, es un absurdo desatino.

Esas naciones y sus gobernantes saben que el mundo está pasando por una crisis que fue aprovechada por Hitler para emprender una anacrónica campaña de conquistas y esclavización, pero que, en realidad, debe llevar a la humanidad a una etapa superior de desarrollo social. Lo que quieren es ganarse a Alemania, cuya colaboración es esencial para el orden de las naciones sobre la base de la libertad y para ese nuevo orden que nacerá del espíritu de una democracia remozada. La gran significación de la entrevista en el Atlántico entre Churchill y Roosevelt radica en el hecho de que Estados Unidos ha decido compartir la responsabilidad de la paz futura. Y, ¿quién puede creer que una paz concluida en Washington tendrá la más remota semejanza, en algún aspecto, con la que dictarían los nazis?

Los nazis siempre han sido muy amigos de la política de los hechos consumados. El hecho más consumado de todos es siempre el aniquilamiento. Himmler, el sujeto de mala nota que es jefe de la policía de Hitler, ha manifestado sin ambages que exterminará físicamente, y por completo, a la nación checa si no se doblega sin chistar al yugo de la «raza superior». Todo lo que sucede en los territorios sometidos, en esos infernales gobiernos generales y protectorados, tiende, en efecto, de manera consciente, a la ruina biológica y moral, a la castración espiritual —y en

muchos casos no sólo espiritual— de los pueblos. Los nazis lo saben, porque sólo les permiten a sus víctimas recibir, si acaso, una enseñanza elemental, y por doquiera se valen de la primera ocasión para cerrar las universidades. Los más altos centros de enseñanza de investigación fomentan el sentido de la dignidad humana y de la libertad, forman hombres que pueden llegar a ser los conductores de su nación contra sus opresores. La política de los amos, de los nazis, política de infamia sin igual, no puede tolerarlos. Ahí tenemos la respuesta de estos amos a la petición de los checos de que se les permitiera reabrir la universidad de Praga. «Si perdemos la guerra —decía dicha respuesta—, volverán a abrir su universidad. Si vencemos, no necesitarán universidad».

«No necesitarán universidad», es decir, serán para siempre un rebaño de esclavos ignorantes, embrutecidos, castrados espiritual y moralmente, cuyo destino no será ya sentir sino vegetar en infame y sosegada sumisión. Esto es lo que la raza de los amos piensa hacer con los pueblos de siervos del orden nuevo. Ni el menor rastro de benevolencia, de respeto para la personalidad y el honor de los demás ni el menor sentimiento de hermandad humana se alberga en los perversos cerebros de quienes un amo —que debe ser cambiado, que será cambiado— ha puesto en las manos poder para hacer el mal.

No hablo sólo de los «hechos consumados» que han realizado en contra de los polacos y los judíos y que forman parte de los motivos por los cuales, después de esta guerra, no tendrá nada de agradable ser alemán. Mas no quiero pasar por alto cierta declaración que hizo una destacada autoridad nazi que se refiere a Francia. «Haremos de París —decía dicha declaración — el Lunapark, y de Francia, el burdel y el huerto de la Europa germana». ¿Puede imaginarse alguien más descarada brutalidad? Cierto es que en 1940 se encontraba Francia en una lamentable situación moral. Su burguesía estaba infectada de fascismo, sus generales y una parte de sus estadistas eran traidores, enemigos de su pueblo. La Tercera República estaba podrida y madura para su caída. Por ello no fue muy difícil vencerla. Pero esa estúpida jactancia que supone pretender reducir a una nación de la categoría histórica de Francia al papel que según dicha declaración se le tiene deparado —y que, sin duda, se le impondría si Hitler llegara a vencer—, esa

jactancia de analfabeto, que implica no tener la noción de lo que —a pesar de todo— es y significa la palabra *Francia,* esa jactancia, digo, es cosa que en verdad clama al cielo y pide venganza. El genio de Europa se opondrá a un nuevo orden basado en tamaña villanía.

A veces han comparado a Hitler con Napoleón, comparación, a mi modo de ver, improcedente y superficial. El corso era un semidiós al lado del sanguinario farsante que ustedes, alemanes, durante algún tiempo tuvieron por un gran hombre. La dominación universal con que el hijo de la revolución amenazaba por entonces, era cosa inocente e incluso hubiese sido cosa benéfica, en comparación con el repugnante horror que instauraría Hitler. Pero oigan los versos con que Goethe condenó por adelantado la aventura de Hitler, y que escribió después de la caída de Napoleón en «El despertar de Epiménides»:

¡Ay del que mal aconsejado
llevado por desenfrenado cinismo,
quiera, como alemán, hacer
lo que el franco-corso hizo!
Tarde o temprano descubrirá que hay una ley eterna:
por muy grandes que sean su poder y su afán,
él y los suyos mal terminarán.

Octubre de 1941

Acontecimientos bélicos de octubre

El día 1.º tropas finlandesas capturan Petrosadvosk. El día 2 se inicia la operación Tifón, en la cual los alemanes avanzan hacia Moscú. El día 3 Hitler pronuncia una arenga optimista en el Sportpalast de Berlín (no había hablado públicamente desde el 4 de mayo). El 16 la Unión Soviética cambia su gobierno a Kuibishev, y ese día Odessa es tomada por tropas rumanas. Al otro día el general Hideki Tojo se convierte en primer ministro de Japón. A mediados de mes el clima se vuelve problemático para el avance alemán en el frente ruso. El día 24 cae la ciudad de Jarkov. El día 30 los nazis llegan a Sebastopol. Se detiene el avance alemán temporalmente.

¡Radioescuchas alemanes!

El nuevo orden de Europa chorrea sangre. No puedo describirles la repugnancia que produce en el país donde me encuentro las matanzas que lleva a cabo el general Stülpnagel. Naturalmente, es una estúpida mentira decir que quienes han dado muerte a los oficiales alemanes de ocupación fueron instigados por Rusia e Inglaterra. Esto tiene tanto de cierto como afirmar que son sólo los judíos y los comunistas los que se oponen a la llamada cooperación con los opresores alemanes. El pueblo francés ha abierto los ojos y ha visto cómo fue engañado y traicionado y a qué enemigos se entregó. Los que realizan estos atentados no son comunistas ni judíos ni fueron azuzados por Inglaterra ni por Rusia. Se trata de jóvenes patriotas de sangre ardiente que no pueden quedarse tranquilos contemplando el espantoso aplastamiento y saqueo de su país, la metódica liquidación racial que Hitler lleva a cabo en Francia y que, por esa razón, se

lanzan a la resistencia para mostrar al mundo que Francia vive, aunque esta vida sólo se manifieste en rabia y loca desesperación.

Más justificación tienen estos franceses por las acciones que realizan que las que tuvo Schlageter[1] para llevar a cabo la acción de sabotaje que lo convirtió en héroe nacional y mártir para los nazis. Los franceses que llevan a cabo esos atentados son —a decir de los seguidores de Hitler— cobardes bandidos a sueldo. Tal es la lógica del nacionalismo alemán, una lógica carente de todo sentido de honor y justicia. Según esta lógica, una vida alemana han de pagarla con su sangre cien o doscientos franceses. ¡Tan cara y tan noble es la sangre señorial de los alemanes en relación con la de los otros pueblos! ¡Y sobre esta necia manía de grandeza, sobre esta impía superioridad se quiere fundar un nuevo orden!

El presidente de Estados Unidos ha expresado el sentir general mundial cuando dijo que los asesinatos de rehenes que los alemanes realizan en Francia son actos de hombres que en lo más íntimo de su corazón saben que no pueden vencer. En realidad, la guerra emprendida por los nazis lleva el signo de la desesperanza. El poder lleva siempre en sí elementos de desesperación y es, de hecho, el elemento predominante en él. Incluso la carrera de Napoleón era, en el fondo, una larga lucha de desesperación cuyo final era seguro y descontado desde el comienzo para toda persona avezada. Incluso, en su fuero interno y en secreto, el final es conocido para el propio interesado. ¿Acaso cree alguno de ustedes que el destino de ese desgraciado sujeto que se hace llamar «el Führer de Alemania» será distinto del que tuvieron otros dominadores de la historia? Sus victorias, esas victorias mecánicas, sin brillo, sin gloria, que nacen ya muertas, no logran emocionar el corazón de ningún hombre. Nadie estima esas victorias ni cree en ellas. Incluso el pueblo alemán las contempla no sólo sin orgullo, sin entusiasmo, sino con espanto por los torrentes de sangre que hoy cuestan en Rusia. Además, lo ven con una sorda inquietud más que justificada, puesto que esos triunfos sólo reportarán ruina y miseria. Los nazis y los cadetes canosos que le sirven como generales creen que, por fin, el mundo entrará en razón y se someterá a lo irremediable, es decir, a su dominación. Y esto es un error craso. Hay cosas que deben evitarse y que la humanidad sabrá evitar, por mucho que ellos traten de probar su irremediabilidad con tantas

victorias como quieran. El triunfo de Hitler se evitará, se lo puedo asegurar. Él está perdido aunque no lo sabe aún (si bien tal vez su cerebro desvariado lo columbre, de cuando en cuando). Podrá tomar Moscú y conquistar el Cáucaso y consumar todos los hechos que quiera. Pero esos hechos son ilusorios, no son reconocidos ni aceptados y la guerra proseguirá, nadie sabe cuántos años más. Lo único cierto es que con el régimen nazi no se concertará paz alguna, pues Alemania no tendrá paz mientras siga a Hitler. Sin embargo, con Alemania sí se hará la paz, pero con una Alemania cuyo pueblo y gobierno estén dispuestos a entrar en un orden mundial humanamente aceptable, con igualdad de derechos y deberes para todos.

Noviembre de 1941

Acontecimientos bélicos de noviembre

El día 3 tropas alemanas capturan Kursk. El 8 Hitler pronuncia un discurso en el Löwenbräukeller para levantar la moral de la gente. El día 13 es hundido el portaviones Ark Royal de Gran Bretaña. A mediados de mes se reinicia la marcha hacia Moscú. Los alemanes toman la ciudad de Rostov el día 20. Una semana después el ejército soviético vuelve a capturarla. El 22 Gran Bretaña ordena a Finlandia cesar sus operaciones ofensivas contra la Unión Soviética, o habrá guerra.

¡Radioescuchas alemanes!

Al que hoy les habla le había sido dado el privilegio de hacer algo, a lo largo de su ya no breve vida, por el prestigio espiritual de Alemania. De ello me siento ufano y reconocido. Pero no tengo derecho a glorificarme, pues fue obra del destino, y no dependió de mi intención. No hay artista que realice su obra para acrecentar la gloria de su país y de su pueblo. La fuente de la productividad es la conciencia individual, y aunque la simpatía que despierta redunde en favor de la nación de cuyo lenguaje y tradición ha brotado, en ello entra demasiada espontaneidad para que fuese oportuna una pretensión al agradecimiento. Ustedes, alemanes, no deberían —aun suponiendo que quisieran— expresar su agradecimiento por mi obra. No la hice pensando en ustedes sino respondiendo a un imperativo íntimo. Pero hay algo que realmente ha sido realizado por ustedes, pensando en ustedes. Es obra de una conciencia social y no individual, y cada vez estoy más convencido de que vendrá el tiempo —y ya se acerca— en que me lo

agradecerán y lo valorarán más alto que mis libros de relatos. Hablo del hecho de haberles advertido, cuando aún no era tarde, sobre las fuerzas malditas a cuyo yugo se ven hoy sometidos sin remedio y que, a través de mil crímenes, los llevan a una ruina inimaginable. Yo entendí, yo supe que sólo catástrofes y miseria podría haber para Alemania y para Europa de su indigna esencia. Sin embargo, los más de ustedes, en un desvanecimiento que hoy les resulta incomprensible ya a ustedes mismos, creyeron que iban a traer el orden, la belleza y la dignidad nacional. Me viene a la mente aquel dicho de Goethe sobre la «piadosa nación alemana, que cuando ha perdido su dignidad es cuando se siente más sublime».

Yo también los conocí, alemanes buenos. Y conocí su incapacidad para descubrir dónde está su verdadero honor y dignidad. Por eso, en octubre de 1930, salté al ruedo político y en la Beethovensaal de Berlín —por cierto ya entre las ruidosas interrupciones de los terroristas nazis— pronuncié un discurso del cual acaso se acuerde todavía alguno de ustedes y que titulé «Llamado a la razón». Aunque en realidad fuese un llamado a la mejor germanidad, me sirve hoy, por inútil que sea, para tranquilizar mi conciencia, y me tranquiliza más que todo lo que —con mejores resultados — pude realizar como artista.

Con mis escasas fuerzas traté de contener lo que iba a venir, y que ha llegado hace ya tiempo: la guerra que el embustero Führer achaca a los judíos, ingleses, masones y qué sé yo quién más (aunque para cualquier espíritu observador, la conflagración resultaba cosa segura desde el punto y hora en que los nazis subieron al poder y empezaron a construir la máquina con la cual pensaban aplastar la libertad y el derecho). ¡Y qué guerra ésta, en cuyas cadenas te ves sujeta, Alemania! Una aventura enorme, desoladora, sin esperanza, un tremedal de sangre y crímenes con que Alemania amenaza hundirse. ¿Qué aspecto presenta a sus ojos? ¿Piensan que los que vivimos fuera no estamos tan enterados como ustedes? Les cercan el embrutecimiento y la miseria. La juventud viril desde los 17 y 18 años es sacrificada sin consideración al Moloch de la guerra por centenares de miles, por millones. No hay hogar en Alemania que no tenga que llorar un hijo, un hermano, al marido. Empieza la caída. En Rusia faltan médicos, enfermeros, medicinas. En los hospitales y sanatorios alemanes los heridos

graves son asesinados junto con los ancianos, los decrépitos y los dementes. Dos mil de tres mil pacientes en un solo sanatorio, según refirió un médico alemán. Esto lo hace el mismo régimen que se enfurece cuando Roosevelt lo acusa de que trata de aniquilar al cristianismo y a toda religión. El mismo régimen que pretende conducir una cruzada del espíritu cristiano contra el bolchevismo, bolchevismo del cual ese mismo régimen no es sino una variedad de carácter infinitamente peor.

Al lado de los envenenamientos en masa por gases, aparece la cristianísima institución de los «días de apareamiento» en que soldados con licencia son llevados junto a muchachas BDM con quienes se unen en pasajera y animal unión para engendrar hijos naturales que puedan servir al Estado en la siguiente guerra. ¿Puede llegar más bajo un pueblo, una juventud? Horror y corrupción de la humanidad, adondequiera que se mire. Un día, Herder recogió amorosamente las canciones populares de las naciones. Aquélla era Alemania en toda su bondad y grandeza. Hoy no sabe más que de crímenes raciales y matanzas de pueblos, de aniquilamiento sanguinario. Trescientos mil serbios han sido ejecutados no en la guerra sino después de la guerra contra su país, por ustedes, alemanes, obedeciendo las órdenes de los perversos granujas que los dirigen.

Ustedes están bien enterados de las cosas indescriptibles que han sucedido y siguen sucediendo en Rusia, así como con los polacos y judíos. Pero hubieran preferido no conocerlas dado el bien justificado temor del odio también indescriptible, que crece sin cesar y en forma gigantesca y que un día —cuando desfallezcan las fuerzas de su maquinaria bélica y de su pueblo— caerá sobre sus cabezas. Sí, ustedes sienten pavor por la llegada de ese día y de ello se aprovechan sus dirigentes. Ellos, los que los han impulsado a cometer esos hechos infamantes, les dicen: «Ya que han hecho esto, están indisolublemente unidos a nosotros, deben resistir hasta el extremo, pues si no, el infierno vendrá sobre ustedes». El infierno, alemanes, vino sobre ustedes cuando esos jefes se pusieron a la cabeza de su país. ¡Al infierno ellos y todos sus cómplices! Entonces, aún podrán encontrar ustedes salvación, paz y libertad.

24 de diciembre de 1941

(Emisión especial)

Acontecimientos bélicos de diciembre

El día 2, a pesar del clima sumamente adverso, los nazis casi llegan a Moscú. La temperatura desciende a -35° Celsius el día 4. Al otro día los alemanes abandonan sus planes para atacar Moscú. El día 6, Gran Bretaña y Canadá declaran la guerra a Finlandia, y el ejército soviético lanza una importante contraofensiva alrededor de Moscú. El día 7 los japoneses bombardean Pearl Harbor en Hawai. El día 8 Estados Unidos y Gran Bretaña declaran la guerra a Japón. Ese mismo día se lleva a cabo el primer asesinato en masa de judíos por medio de gases mortales en Chelmno, Polonia. El día 9, México, Egipto, Panamá, Cuba y la República Dominicana, entre otros, declaran la guerra a Japón. El día 11 Alemania declara la guerra a Estados Unidos. El 16 Rommel inicia su retirada a El Agheila en África del Norte. Tres días después, el 19, Hitler se encarga personalmente del mando supremo del ejército. Al otro día, apela por escrito al pueblo alemán para que envíe ropa abrigadora de invierno para las tropas en el este; la gente, atónita, responde con ira y amargura, pues nunca había contemplado la posibilidad de que el gobierno fuera capaz de enviar sus hijos, maridos y padres al frente en condiciones climatológicas tan adversas sin el equipo básico. El 25, topas japonesas capturan Hong Kong, y tropas británicas capturan Benghazi.

Llega de nuevo la Navidad, radioescuchas alemanes. Se trata, por tercera vez, de una Navidad en guerra y probablemente, no sea la última. Los dominadores de Alemania estiman que lo mejor es confesarles que hay que hacerse a la idea de una guerra larga y dura, con navidades sangrientas, año tras año. La situación del mundo, les dicen, así lo impone. Es la situación del mundo que ellos han provocado. Como cosa excepcional, en este caso deben creer lo que les dicen; y lo que no dicen debe dictárselo a ustedes el

corazón: al final de la guerra no les espera una paz victoriosa porque la victoria de Alemania no supondría la paz, y la humanidad debe impedir e impedirá la paz que sus guías tienen proyectada.

Otra Navidad en guerra, una entre muchas. ¡Es triste celebrarla! ¿No preferirían que no hubiese ya esa fiesta y que no fuese preciso hacer los minuciosos preparativos para celebrarla ni obsequiarse unos a otros unos regalos en los cuales ya se ve la ruina de la vida exterior, para no hablar del estado de ánimo en que se hacen y reciben? ¿Cómo se sienten, alemanes, en esta fiesta de paz, del nacimiento de la luz, la fiesta de la misericordia que descendió para morar entre los hombres? ¿Tengo razón cuando digo que sienten el espíritu embargado por la vergüenza, que sienten un anhelo incontenible, el anhelo de sentirse inocentes, libres de la culpa de esa loca y desvariada culpa en que han incurrido, libres de vergüenza y confusión ante el espíritu de amor que es el alma de esta fiesta? ¡Miren a su alrededor lo que han hecho!

En Grecia, diariamente mueren de hambre 200 personas. Esto no es sino un ejemplo de la miseria espantosa, el aniquilamiento de pueblos, los crímenes contra la humanidad, la agonía de cuerpos y almas que se da en torno a ustedes y que ha sido consecuencia de la facilidad con que se han dejado corromper los alemanes, de su terrible gregarismo. ¿Qué va a ser de Europa, qué va a ser de ustedes en el curso de la «larga y dura» guerra que se les anuncia con falsa sinceridad? Sería excelente, alemanes, que la desesperación empezara a infiltrarse en sus espíritus; sería el inicio del bien. La desesperación es cosa buena, es mejor que la cobarde fanfarronería. De la desesperación, si es lo suficientemente profunda, proviene el erguimiento, la nueva esperanza, el renacer de la luz. Miren cómo la Estrella de Belén —ésa hacia la cual marcha la humanidad— sigue ardiendo y alumbrando a través de la espesa y sangrienta niebla de esta época. Es la estrella de la paz, de la fraternidad y del derecho.

Diciembre de 1941

¡Radioescuchas alemanes!

¿Qué impresión les ha causado la orden del día por la cual el Führer Hitler destituye a sus generales derrotados en Rusia y —siguiendo sus «voces» interiores— se nombra a sí mismo comandante en jefe de todos los teatros de operaciones de la guerra de Alemania para la conquista del mundo? Aquí, entre nosotros, el citado documento ha sido recibido con esa mezcla de repugnancia, horror y risa que provocan las acciones de ese funesto individuo.

Miedo, fanfarronería, glorificación de sí mismo, la acostumbrada dosis de mentiras, el amenazar con nuevas masas de hombres que conducirá al sacrificio, con nuevas armas, con nuevas matanzas y la suplicante exhortación a «sus» soldados por quienes hará cuanto esté en su mano y quienes, a su vez, deben hacer por él —¡por él, nótenlo bien!— los máximos esfuerzos. Todo esto grita y ruge, en la proclama, la voz que nosotros conocemos y que todo el mundo también ha llegado a conocer con repugnancia y horror, la voz de un mastín rabioso.

En esa proclama emplea una frase en francés. Sin duda, como conquistador de la Galia, se considera obligado a tal cosa. La «Raison d’être», dice, ha impuesto que todo el poder de mando esté concentrado en una sola mano. Y por «Raison d’être» dice entender el derecho a la vida del pueblo alemán, la libertad por la cual se lucha. Para él, «la libertad» significa la más infame esclavitud como medio de reducir también al mundo a una perversa esclavitud.

Atormentado por sus crímenes, se marchó a Berchtesgaden para calmarse y allí, en el aire tonificante de la montaña, el monstruo volvió a encontrar la fe en su misión. Inmediatamente, recrudeció su manía. Ese documento está empedrado de intuiciones, voces íntimas, llamamientos interiores. Esto no se lo han podido impedir sus psiquiatras. Nada ha habido más novelesco desde la doncella de Orleáns. Sólo con ella, y con Napoleón, César o Federico, cabe comparar a este héroe místico, aun cuando esa comparación resulte, desde luego, ofensiva para la digna muchacha.

Hitler quiere convencerse a sí mismo, y convencer a sus soldados, de que siempre supo, de antemano, cuál sería el curso de los acontecimientos. Pretende haber previsto la desesperada situación en que ha colocado a Alemania la guerra mundial que él encendió desde que empezó a preparar la defensa —¡*defensa* la llama!— de Alemania. El ciego aventurero, cuya mala estrella le ha impulsado a cometer crimen tras crimen —a cual más inaudito— pretende haber sabido, cuando empezó la serie, que un día las tres más grandes potencias del mundo, Inglaterra, Rusia y Estados Unidos, lucharían unidas contra él y su abyecto régimen. De esta manera, el miserable se declara más culpable de lo que es y luego se da ánimos poniendo el pensamiento en el Japón, el artero compañero de armas, a quien no tardará en incluir entre los arios nórdicos y que con su ocupación de las posiciones avanzadas de Estados Unidos, ha venido a dar a la guerra de Hitler un cambio favorable.

Eso fue lo que dijo a sus soldados. Pero sus voces interiores debieron decirle que la confianza de Estados Unidos es la confianza que nace de sentirse extraordinariamente fuerte, y que, probablemente, ha sido sobremanera torpe —por parte de Japón, su camarada de armas— haber despertado al león en forma tan brusca. Apenas ha levantado su garra, un tanto adormecida. Todavía tiene que aprender a luchar en este tipo de guerra radical de la que no sabía mucho. En los años que vengan, antes que el destino fatal se abata sobre la cabeza del Führer Hitler, habremos de oír a menudo, en tono cada vez más alborotado y rabioso, el grito con que ahora trata de justificarse: «¡Yo no busqué otra cosa que la grandeza de Alemania!». ¿Y a quién termina invocando en su proclama, para que le sirva de amparo y testigo? A Dios, al omnipotente. La más impía de todas

las criaturas, quien no tiene con Dios Nuestro Señor más relación que la de ser un azote de Dios, no tiene el menor empacho en traer a sus labios el nombre de aquel hacia el cual claman millones de víctimas atormentadas. Ese nombre, malvado Hitler, invocaremos desde lo más profundo de nuestros corazones para decirle: «¡Dios de los cielos, aniquílalo!».

Enero de 1942

Acontecimientos bélicos de enero

26 países firman la declaración de las Naciones Unidas el día 1.º Ese mismo día tropas soviéticas inician una ofensiva contra Finlandia. El día 2 tropas japonesas capturan Manila; el 10, invaden los Países Bajos de las Indias Orientales; al otro día capturan Kuala Lumpur; el 12, invaden Burma (actualmente Myanmar). El 13 se inicia una ofensiva de submarinos alemanes a lo largo de la costa este de Estados Unidos, y los soviéticos recapturan Kiev. El día 20, Reinhard Heydrich, líder de las SS, inaugura la Conferencia Wannsee para coordinar la «Solución Final a la Cuestión Judía». Se inicia el día 21 la contraofensiva de Rommel desde El Agheila. El 25 los japoneses llegan a las Islas Salomón. El día 26 llegan a Gran Bretaña las primeras tropas norteamericanas. El día 30 Hitler pronuncia un discurso en el Sportpalast de Berlín, donde reitera su promesa de la «aniquilación de los judíos».

¡Radioescuchas alemanes!

La noticia parece increíble, pero la fuente por la cual me ha llegado es segura. He sabido que muchas familias judío-holandesas de Ámsterdam, y de otras ciudades, se hallan sumidas en profundo duelo por la desaparición de sus hijos, víctimas de una muerte aterradora. Cuatrocientos jóvenes judío-holandeses fueron llevados a Alemania para hacer con ellos experimentos sobre la eficacia de los gases venenosos. Ese medio de guerra, una verdadera arma de Sigfrido, ha dejado sentir sus efectos sobre los infelices jóvenes de la «raza inferior». Han sucumbido. Han sido muertos en aras del Nuevo Orden y del ingenio bélico de la raza de los señores. Para eso, por lo menos, sirvieron. Eran judíos.

Y yo digo: la historia parece increíble y por todo el mundo habrá muchos que, por todas partes, se resistan a creerla. Esto es consecuencia de los restos de aquel escepticismo que tanto nos ha hecho sufrir, en estos últimos años, a los refugiados alemanes. Ese escepticismo sobre la verdadera naturaleza del nacionalsocialismo. El hecho de creer que los nazis eran, en el fondo, humanos, son conceptos que aún hoy sobreviven por todas partes. La disposición, por no decir la tendencia, a considerar tales historias como cuentos de miedo, sigue todavía, para ventaja del enemigo, muy difundida. Pero no son simples historias, sino historia. Los nazis hacen conscientemente historia con todos sus actos y el experimento con gases a que fueron sometidos los 400 jóvenes judíos es un hecho histórico realizado conscientemente. Además, es significativo, pues es una expresión ejemplar e ilustrativa del espíritu y del pensamiento de la revolución nacionalsocialista para el cual la disposición moral que se requiere para realizar tales hechos es una conquista revolucionaria. En esta disposición atávica —atávica de milenios— consiste la revolución nacionalsocialista: no ha traído ni traerá ninguna otra cosa.

No olvidemos que al comienzo de esta guerra —que no empezó en 1939 sino en 1933— se decretó la supresión de los derechos del hombre. «Los derechos del hombre quedan suprimidos», declaró entonces el doctor Goebbels en el Palacio de los Deportes de Berlín. Diez mil pobres diablos, estúpidos y desvariados, le tributaron una ovación clamorosa. Aquélla fue una declaración histórica, la base principal de todo lo que la Alemania nazi hace hoy con los pueblos e incluso con el suyo propio: la proclamación de una conquista revolucionaria que significa la supresión de todas las conquistas morales del hombre desde siglos. No hablo sólo de las conquistas de la Revolución Francesa sino también de los efectos del cristianismo con la suavización y moralización de las costumbres y el afinamiento de la conciencia humana. El contenido, la nueva doctrina y la nueva acción, la teoría y la práctica de la revolución nacionalsocialista es la bestialidad y sólo ella. Su producto es la Europa actual: una zona de muerte, hambre y miseria que quedará enteramente devastada si la guerra de Hitler dura unos años más.

Es cosa terriblemente difícil —y despierta las más graves preocupaciones— ver la manera en que podrá convivir el pueblo alemán con los otros pueblos después de esta guerra. Siempre ha habido guerras, y las naciones que se enfrentaban causaban en ellas grandes daños. Mas esas cosas, gracias a la facilidad con que los hombres olvidan, eran rápidamente enterradas tras el fin de la guerra y no se volvía a pensar en ellas. Pero ahora no ocurre lo mismo. Lo que Alemania hace, el dolor, la miseria, la desesperación, la opresión, la ruina moral y física que ha traído a la humanidad al aplicar la filosofía de la bestialidad, llegan a tales extremos, son tan indignantes, tan imborrables, claman de tal modo al cielo, que no se alcanza a ver cómo, en el futuro, podrá nuestro pueblo vivir entre los pueblos hermanos de la Tierra como igual entre iguales. Cuanto más dure la guerra, tanto más desesperadamente se enreda ese pueblo en la culpa. Y la guerra dura porque a ustedes, alemanes, les parece demasiado tarde para detenerse, porque sienten que han sucedido ya demasiadas cosas para regresar, porque de ustedes se apodera el pavor ante la idea de la liquidación, del ajuste de cuentas, de la expiación. Piensan que tienen que vencer para que la revolución de la bestialidad se extienda sobre todo el mundo y, de este modo, bajo su signo, sea posible un tenebroso entendimiento entre ustedes y el resto del mundo. Pero eso es imposible. Ustedes ven, sin el menor rastro de duda, que el mundo está decidido a hacer los máximos esfuerzos para conjurar el destino que le imponga entenderse con ustedes sobre la base de la bestialidad, y la fuerza de su desesperación no es nada frente a la voluntad de las tres cuartas partes de la humanidad.

No deben tratar de vencer, porque no podrán conseguirlo. Ustedes tienen que purificarse. La expiación debe ser su propia obra, la obra del pueblo alemán, del que forma parte el ejército, pronto agotado y desmoralizado. Debe venir de ustedes, pues del exterior sólo pueden llegar venganza y castigo, pero no purificación. Yo contradigo siempre a aquellos que recomiendan que para después de la quiebra del hitlerismo es necesaria una educación coactiva del pueblo alemán desde fuera. Toda transformación, respondo yo, es cosa que incumbe al propio pueblo alemán y sólo a él. Aquellos de ustedes que asocian mi nombre con una idea, saben

bien que no soy un agitador ni un revoltoso de barricada y que, por mi naturaleza misma, no gusto de exhortar a cometer actos de violencia. Pero también conozco las leyes del mundo moral, y siento por ellas el respeto suficiente para decirles y denunciar con la mayor certeza que en Alemania debe darse, y tendrá lugar, una purificación, una depuración y una liberación tan a fondo y tan decisiva como lo reclama la clase de los desafueros cometidos (que son terribles, como el mundo jamás había conocido). Debe tener y tendrá lugar, digo, para que el gran pueblo alemán pueda volver a mirar a los ojos a la humanidad y tenderle con libre ademán la mano en señal de reconciliación.

Febrero de 1942

Acontecimientos bélicos de febrero

La mañana del 8 muere, al caer su avión, el doctor Fritz Todt, ministro alemán de Armamentos. Seis horas después, el arquitecto Albert Speer, amigo cercano del Führer, lo reemplaza. El 15 Hitler vuelve a hablar en el Sportpalast y se compara con Federico el Grande y con Bismarck. Tropas japonesas capturan Singapur, Bali y Timor (los días 15, 19 y 20, respectivamente).

¡Radioescuchas alemanes!

El afán de disfrazar de legalidad la bestialidad es una característica del nazismo. Y sucede que ante el maltrato y la matanza de los prisioneros de guerra rusos —hecho sobre el cual el gobierno soviético ha vuelto a presentar protestas oficiales—, Alemania ha alegado como justificación un principio militar del que jamás se había oído y que fue inventado para el caso. Según tal principio, los grupos de soldados enemigos que —desde el punto de vista alemán— han sido cercados, encerrados y separados, son ya prisioneros. Y si estos soldados no deponen las armas, su resistencia no es ya propiamente una acción de guerra sino una sedición, con lo que quedan fuera de la protección que el derecho da a los prisioneros de guerra.

¿Adónde ha ido a parar el honor militar alemán? Antaño, el adversario que había luchado valerosamente merecía —según los heredados conceptos del soldado— respeto y consideración. Hoy se lo considera indigno. ¿Con qué derecho? Esto resulta incomprensible para quien desconozca la lógica desvariada que el nacionalsocialismo sigue desde su comienzo y ya desde

antes de la «conquista del poder». La concepción en que asienta semejante lógica es, sencillamente, la de que no es lícito luchar contra él. El hacerle la guerra —haga lo que haga y ocupe el país que ocupe— es en sí mismo, criminal: los pueblos han de sometérsele sin lucha y de buen grado y no deberán oponerle una resistencia denodada en defensa propia. Es eso, en verdad, un fenómeno nuevo y que eriza los cabellos. El crimen se establece en la tierra como algo intangible y sacrosanto, como un poder bendecido por Dios y la historia, de modo que levantar la mano contra él es un delito que merece la muerte como castigo. El espíritu humano queda paralizado y mudo ante semejante cinismo apocalíptico.

Pero de poco les vale. Las noticias que recibe el soldado ruso sobre el destino de sus camaradas en los campos de concentración alemanes sólo contribuyen a reforzar su determinación de vencer. Aunque el comando alemán declare que los tiene encerrados, no se entregarán tan fácilmente. Y justo por los mismos motivos no se entregan con tanta facilidad los pueblos enfrascados en una guerra implacable contra la Alemania nazi. Están perfectamente informados del indignante proceder de la «raza superior» alemana en los territorios subyugados de Europa. Por ejemplo, mediante las fotografías que nos han llegado de Polonia y que revelan tal miseria, tal vergüenza para la humanidad que no hay palabras que puedan expresarla: cadáveres hinchados de niños polacos muertos de hambre, cuerpos de judíos muertos de tifo, cólera y tisis en el gueto de Varsovia, esperando, en montones enormes, la fosa común. Las Naciones Unidas saben lo que les espera si Hitler triunfa. Saben lo que planean él y la Alemania nazi: miseria y ruina humana. Razas sometidas y destinadas a la esclavitud, a trabajar en favor del pueblo divino y elegido de los alemanes después de haber sido «preparadas» convenientemente tanto en lo moral como en lo físico, después de ser quebrantado su orgullo y su virilidad y después de reducírseles a tal inferioridad espiritual y biológica, que no puedan volver a constituir un peligro para la hegemonía del noble bárbaro germano.

Lo que a esas naciones les espera, bien lo ven ellas en el ejemplo polaco. El gobernador general, un exabogado llamado Frank II, ha declarado textualmente: «Polonia constituye el modelo de cómo el nazismo triunfante regirá las otras zonas del mundo». Primero fueron eliminados

metódicamente todos los posibles conductores espirituales y políticos del país. Investigadores, médicos, juristas, profesores, personas pudientes y aristócratas han sido asesinados o maltratados hasta sucumbir en los campos de concentración. Luego se lanzaron contra el pueblo. La raza de los conquistadores ha ejecutado a 85 mil personas. Millón y medio de polacos fueron enviados a Alemania como trabajadores forzados. Las mujeres, las jóvenes, han sido obligadas oficialmente a entregarse a la prostitución. El resto de la población vive en un nivel embrutecedor y depauperador de mendicidad.

Aplastamiento, castración, exterminio: esto es lo que reserva la germanizad nazi a los pueblos hermanos de la Tierra. En Francia, los procedimientos son un poco más sutiles. Pero ¿no persigue el mismo propósito de aniquilamiento biológico el hecho de retener a los prisioneros de guerra franceses, mantener excluidos de la vida natural a un millón y medio o dos millones de jóvenes?

Sí, el nazismo mismo se las ha arreglado para convencer al mundo de la necesidad ineludible de acabar con tan nefasto sistema. Los pueblos libres, por mucho que les desagrade la guerra y a pesar de lo poco que para ella estaban preparados, seguirán luchando, año tras año si fuese preciso, ofreciendo todo lo que tienen para borrar de la faz del mundo esta peste de arrogancia asesina. ¿Y el pueblo alemán, sobre cuyas espaldas ha echado su Führer una masa de culpabilidad que horroriza? ¿No se da cuenta de que eso es absolutamente necesario y que, por serlo, será llevado a cabo, sin la menor sombra de duda? ¿Empieza ya a condenar esa doctrina que le ha metido en la cabeza una pandilla de pícaros, sobre el hombre elegido, de sangre superior y autorizado para cometer toda suerte de tropelías? ¿Anhela ya ser un pueblo con el cual puedan convivir los demás para que, de esta manera, el clamor «¡hay que aniquilar a los nazis!» no se convierta en «¡hay que aniquilar a los alemanes!»? ¿Cómo tendrá derecho a vivir un pueblo con el cual nadie puede vivir? ¿Cómo podrá participar en la vida espiritual de la humanidad, en la cultura general? ¿Con qué cara se presentará lo alemán después de esta guerra en la sociedad de los hombres?

¡Radioescuchas alemanes!, mientras nuestro pueblo no llegue a reconocer que es un pueblo como cualquier otro, con sus excelencias y sus

defectos, se verá amenazado de caer en la condición de paria. Sólo proclamando su adhesión a la humanidad conseguirá el lugar que le corresponde en el concierto de los pueblos.

Marzo de 1942

Acontecimientos bélicos de marzo

El día 8 tropas japonesas capturan Rangún, Burma; al otro día, capturan Java. El día 20 se emplean las cámaras de gas en Auschwitz-Birkenau por vez primera. Hitler vuelve a Berlín para pronunciar un discurso con motivo del «Día de la Conmemoración de los Héroes», en el cual presenta la ofensiva en Rusia, más que nada, como una ofensiva en contra de los elementos «en un invierno como no se había visto en casi siglo y medio». Promete la aniquilación de los bolcheviques para el próximo verano. A fines de este mes la fuerza aérea británica bombardea Lübeck, la ciudad natal de Thomas Mann, con resultados devastadores.

¡Radioescuchas alemanes!

Hace poco les dije: «Mientras el pueblo alemán no llegue a reconocer que es un pueblo como cualquier otro, con sus excelencias y sus defectos, no encontrará su lugar en una sociedad libre e igual de naciones y se verá ante la amenaza de caer en una condición de paria que traería nuevos desastres».

Yo sé que los más de los alemanes no ansían otra cosa que paz y libertad, un orden y una colaboración razonables. Pero no es así como piensa el hombre a quien un pueblo, que pudiera gozar de dignidad y consideración en el reino de la libertad, sigue permitiendo que se llame su Führer. En su último discurso —bien pudiera ser uno de sus últimos discursos y si es que semejante cosa merece llamarse discurso— pronunciado con ocasión de la llamada conmemoración de los héroes en la Armería de Berlín, habló de los «largos y benditos años de paz que seguirán a esta guerra». Pero nada dijo del aspecto que tendría esa paz que él

bendeciría. Tampoco se detuvo a considerar, en su alma menguada y sangrienta, que en la situación en que dejará Europa tras los asesinatos de generaciones enteras, no se podrá hablar en mucho tiempo de una paz bendita. En cambio, volvió a poner en relieve con sus acostumbrados ladridos, la singularidad básica del pueblo alemán, la discrepancia de sus ideas y deseos con respecto a los deseos y esperanzas del resto de la humanidad. Esto lo hizo al ocuparse de Estados Unidos y del presidente Roosevelt, a quien considera como su personal enemigo y rival. Nótese, de paso, lo necio y repugnante de su continuo empeño en compararse y medirse con Roosevelt, como si un hombre turbio como él pudiera compararse con un estadista puro, sinceramente preocupado por el futuro de la humanidad.

El pasaje de su perorata al que me refiero es el siguiente: «No nos importa en qué clase de mundo desea vivir el presidente de Estados Unidos. Pero si pretende ordenar a Alemania o a Europa según sus deseos, si quiere implantar aquí un mundo que nos resulta ajeno y despreciable, entonces le aseguramos…». Y ya se sabe lo que asegura. Nos preguntamos, ¿por qué razón los bienes que el presidente Roosevelt señala como objetivos de esta guerra desencadenada por Hitler han de resultarles ajenos y despreciables a los alemanes y, en general, a todos los europeos?

El presidente Roosevelt ha prometido cuatro libertades: libertad de palabra y de religión, liberación de la miseria y del temor. ¡Pero si esto es, precisamente, lo que los pueblos de Europa —entre ellos el alemán— ansían en lo más profundo de su alma dolorida! El pueblo alemán no es de una condición tan distinta, no es un monstruo tal que prefiera vivir en un mundo en que no haya libertad de expresión, en que se persigan las ideas, en que reinen el hambre y el terror. Quien tal cosa diga es un charlatán y un analfabeto que ha oído campanas, y no sabe por dónde, respecto a la profundidad del alma alemana y a que no busca la felicidad sino el heroísmo. ¡Valiente heroísmo ése, que él ha deparado a los alemanes! Canibalismo, que no heroísmo. Y de él no estarán ustedes libres mientras no se desembaracen de esa terrible calamidad: su Führer.

A mí me parece un aristocratismo de la miseria, una elegancia de paria, considerar despreciable lo que todos ansían, lo que todos necesitan y lo que

constituye el contenido alentador de esa verdadera revolución que hoy se inicia en el mundo, y en comparación con la cual la revolución de Hitler no es más que una miserable historia de bandidos. Los pueblos quieren ser libres, libres en una superior igualdad, libres del temor al bandolerismo internacional; quieren participar por igual en el disfrute de los bienes de la Tierra. ¿Tiene Hitler alguna idea de la profunda revolución que se está llevando a cabo en la vida social del imperio anglosajón, de la renovación y el perfeccionamiento de la democracia por la cual luchan sinceramente los hombres que aspiran a un futuro mejor, para llegar a un nuevo equilibrio entre la libertad y la igualdad, el derecho y el deber, el individuo y la sociedad? ¿Sabe lo que es la democracia cuando la vilipendia con sus estereotipadas frases de propaganda? El hecho de que Rusia y el Occidente combatan hoy contra el enemigo de la humanidad no es sino la manifestación exterior del hecho interno y profundo de que el socialismo y la democracia no son ya cosas contrapuestas, de que sus respectivos valores aspiran a unirse y a complementarse y que esto es precisamente la revolución que debe traer la victoria sobre esa basura de mentiras y violencia que él llama revolución.

Esta época de sufrimientos y de decadencia es, al mismo tiempo, una época de vasta esperanza. La humanidad puede salir de esta catástrofe dando un gran paso en su progreso y vida social. Se delinean posibilidades que no hace mucho nadie se hubiese atrevido a considerar cercanas: la organización de la sociedad internacional, la administración de la tierra para bien de todos; paz, libertad y seguridad. Hay que eliminar la arbitrariedad del Estado nacional, pero la nación vivirá. Alemania vivirá, orgullosa y modesta. Será un pueblo perfectamente diferenciado, pero un pueblo como los demás.

Abril de 1942

(Emisión especial)

Hoy es el primer aniversario de la destrucción de Coventry por los aviadores de Goering. Se trata de una de las «hazañas» más aterradoras por las cuales la Alemania hitleriana ha enseñado al mundo lo que es la guerra total y cómo se comporta uno en ella.

Todo comenzó en España, donde los maquinistas de la muerte —esta raza formada por el nacionalsocialismo de rostros huecos e inhumanos— se entrenaron para la guerra. ¡Qué buen deporte, ametrallar en vuelo rasante, sin riesgo de ninguna respuesta, a masas de civiles en fuga…! ¡Eso fue bonito y divertido! El recuerdo de las matanzas cometidas en Polonia también es imperecedero… exactamente lo que se llama una página de gloria. Y Rotterdam, donde, en 20 minutos, 30 mil personas encontraron la muerte bajo el efecto de una acción brillante que es difícil distinguir de una aberración moral.

El noble Von Ribbentrop se cubrió el rostro y dijo, sollozando: «¡Esto no lo quisimos nosotros!». Ésa era la buena época, donde sólo se sollozaba por lo que se infligía a otros. Llegará el tiempo, y ha llegado ya, en que Alemania también sollozará por lo que sufra, y esas razones de emocionarse aumentarán en la medida en que un mundo que no había querido saber nada de esta manera de servir a la humanidad y que no estaba preparado para ella, se pondrá a la altura del deber que tiene de defenderse, y desempeñará el papel del aprendiz que sobrepasa a su maestro.

¿Creyó Alemania que no tendría que pagar los crímenes que debido al avance de que gozaba en materia de barbarie podía cometer? Apenas empieza a pagar… Del otro lado del Canal de la Mancha y en Rusia. Y todo lo que la Royal Air Force ha efectuado hasta hoy en Colonia, en Dusseldorf, en Essen, en Hamburgo y en otras ciudades no es, asimismo, sino el comienzo. Hitler se jacta diciendo que su Reich está dispuesto a sostener una guerra de 10 o 20 años. Supongo que ustedes, los alemanes, se figuran la parte que les tocará. Por ejemplo, que al cabo de un cierto plazo, no quedará en Alemania piedra sobre piedra.

En el último *raid* británico sobre la tierra hitleriana, la que sufrió fue la vieja ciudad de Lübeck. Esto me afecta a mí, pues es mi ciudad natal. Los ataques apuntaron al puerto, a las instalaciones de la industria de guerra. También estallaron incendios en la ciudad y me causa dolor pensar que, según se dice, la iglesia de Santa María, el espléndido ayuntamiento renacentista y la casa de la corporación de los barqueros sufrieron daños. Pero yo pienso en Coventry y no tengo nada que objetar a la teoría según la cual es necesario que todo se pague. En Lübeck, en Hamburgo, en Colonia y en Dusseldorf habrá un número mayor de habitantes que tampoco tendrán nada que objetar y que cuando escuchen por encima de sus cabezas el rugir de la Royal Air Force, le desearán buen éxito. Hasta podría ser que el sentido que yo tengo de la equidad fuese especialmente puesto a prueba por ese bombardeo.

Unos periódicos suecos anuncian —y periodistas americanos me interrogan al respecto— que la morada de mis abuelos, llamada la Casa de los Buddenbrook, situada en la Mengstrasse, ha sido destruida en el curso de ese ataque. Ignoro si la noticia es cierta. Para muchas personas en el extranjero que han leído la novela que escribí en mi juventud, el nombre de Lübeck está ligado para siempre a la evocación de esa casa, y fácilmente la recuerdan cuando caen bombas sobre la ciudad. Es cierto que en esos lugares la casa ya no lleva, desde hace tiempo, el nombre de «Casa de los Buddenbrook». Los nazis, irritados al ver que los extranjeros no dejan de preguntar por ella, le han cambiado de nombre dándole el de «Casa de Wullenweber». La canallada fue cometida por alguien que ignora que el aguilón de estilo rococó lleva la marca del siglo XVIII y, por tanto,

difícilmente puede tener algo que ver con el temerario burgomaestre que vivió en el siglo XVI.

En el curso de la guerra contra Dinamarca. Jürgen Wullenweber causó a su ciudad incontables males, y los habitantes de Lübeck le hicieron sufrir la suerte que los alemanes terminarán por infligir a quienes los han arrastrado a esta guerra: lo entregaron al suplicio. Hay que decir de los habitantes de esta casa —a la cual se ha dado el nombre de ese burgomaestre para borrar el mío— que nunca han hecho más que bien a esta ciudad, y yo mismo, a mi manera, he seguido su ejemplo. Seguir «a su manera un ejemplo», se llama una tradición. La vieja casa burguesa de la que hoy se dice que está en ruinas era, para mí, el símbolo de la tradición que me hacía actuar. Pero esas ruinas no son para espantar al que no sólo vive de amor al pasado, sino de amor al porvenir. La desaparición de una época no necesariamente es la desaparición de quien tiene en ella sus raíces y que fue formado por ella, haciéndola revivir. La Alemania hitleriana no tiene ni tradición ni porvenir. No sabe más que destruir.

Ojalá que renazca de su caída una Alemania que sepa recordar y esperar, a la cual le sea dado, mirando hacia atrás, ver lo que existió antaño, y hacia delante, al porvenir de la humanidad. Así, en lugar de un odio mortal, merecerá el amor de los pueblos.

Abril de 1942

Acontecimientos bélicos de abril

Son enviados a campos de reubicación la gente de origen japonés en Estados Unidos. El día 18 Estados Unidos bombardea Tokio y Yokohama. El 23 se inician ataques aéreos alemanes contra ciudades catedralicias en Gran Bretaña. Durante ese mes los más radicales en Alemania endurecen, con la venia de Hitler, sus críticas y ataques al sistema judicial, el cual se convierte en chivo expiatorio para justificar las dificultades domésticas; Paul Joseph Goebbels se fortalece con esta campaña que él mismo orquesta, y convoca al Reichstag para el día 26 a las 15 horas. Durante ésta, su última sesión, Hitler adquiere poderes para remover y castigar cualquier servidor público por no «cumplir con su deber», sin que haya recurso alguno de defensa ni procedimiento formal alguno. Esto incluye a los jueces, que hasta ese momento no podían ser removidos ni siquiera por el Führer. Así, se destruyen los últimos vestigios de constitucionalidad en Alemania y Hitler se convierte en ley suprema. Los días 20 y 30 Hitler se reúne con Mussolini en el Berghof, donde el Führer quiere convencer al Duce de que Alemania —habiendo aprendido las lecciones del invierno— pronto vencería a Rusia.

¡Radioescuchas alemanes!

Las potencias del Eje —es decir, Alemania, Japón y la desdichada Italia— se aprovechan de la revolución social que asoma en el mundo actual para dirigir grandes imperios. Sólo las democracias a las cuales se reprocha senilidad y desesperada obstinación en lo viejo y caduco son las que toman en serio esta revolución y buscan un futuro mejor y más feliz. Por el contrario, para la Alemania de Hitler y para el Japón, el «nuevo orden» y las esperanzas de los pueblos no son más que medios de propaganda para el engaño, la ruina, la conquista y la opresión.

Si la revolución ha tomado la forma de una guerra sangrienta, devastadora y cuyo término aún no se columbra, la culpa es de ellos, de quienes en el proceso de la «transformación necesaria», de la modificación de la democracia (que de no haber tropezado con resistencia, habría podido desarrollarse en paz) introdujeron las ideas deformantes de lo nacional y de la raza, y convirtieron la revolución, degradándola, en un innoble instrumento de la política nacionalista de poder. En un momento de la historia en que es notable la pérdida de importancia de lo nacional, en el que partiendo de lo nacional no se puede resolver ya ningún problema político, económico, espiritual ni moral, en el que por doquier se impone a todos la necesidad de reducir y limitar las soberanías de los Estados, ellos se entregan al nacionalismo, promueven una guerra de opresión nacionalista, una guerra en nombre de la idea criminal de la supremacía racial y de la esclavización de los pueblos por una elegida estirpe de «señores».

Será en vano. No hay nada más inútil y criminal que la guerra de los gobiernos imperialistas, guerra que las democracias intentaron evitar durante mucho tiempo y a la que fueron llevadas contra su deseo y forzadas por la necesidad (lo que no quiere decir que no la vayan a ganar). La revolución, que es lo auténtico y real, se impondrá a la guerra. Los resultados de todo este derramamiento de sangre serán resultados revolucionarios y no los propios de una guerra. Esto, aunque no lo sientan los gobiernos, lo sienten los pueblos, como se pone de manifiesto en la actitud que éstos adoptan respecto a las victorias que les muestran sus guías. Es una actitud enteramente hosca y desconfiada. Los alemanes ven las victorias de Japón con mal disimulado disgusto. Nada tienen que ver con ellas y hasta empieza a parecerles que las conquistas de Japón las estuvieran pagando y sosteniendo ellos con su sangre y sus bienes. Y por lo que respecta a las victorias propias, hace tiempo que las reciben con una indiferencia que claramente revela que les parecen carentes de significación, y efímeras. Han aplastado a nueve países, pero no por ello se sienten orgullosos. La quiebra de Francia los llenó de alegría, no por lo que pudiera tener de victoria sino porque creían que, con ella, la guerra iba a concluir. Pero ¿y después? Cuando en el cine veían desfilar tropas alemanas

por ciudades rusas, los espectadores permanecían en silencio. Cuando en la pantalla aparecían aviadores de Goering arrojando bombas sobre Londres, no se oían aplausos sino suspiros. No sólo eran suspiros por el temor a la retribución que vendría. No, esa absoluta ausencia de entusiasmo por los triunfos es la expresión de un íntimo convencimiento de que las victorias militares alemanas son victorias mentidas y futilidades sangrientas, cosas estúpidas que a nada conducen porque tales conquistas carecen de todo valor ante la verdadera realidad histórica que es la revolución.

Alemania no experimentó una revolución en el año de 1933. Rusia sí ha tenido una verdadera revolución, y de su fe en ella sacó energías para sostener esa admirable defensa contra la invasión nazi que ha llenado de asombro al mundo. En los países anglosajones se llevan a cabo, en medio de la guerra, revoluciones de las cuales la propaganda fascista, con sus temas de plutocracia y anquilosamiento capitalista, pretende hacer burla. ¿Es que Roosevelt quiere volver al siglo XIX? ¿Es Churchill un manchesteriano? Ambos han redactado, de común acuerdo, la Carta del Atlántico, documento revolucionario que establece los principios de la paz y anuncia un nuevo orden, frente al cual el de Hitler no es sino una estúpida infamia. Un orden social de justicia en que todos tengan derecho igual a la libertad y la seguridad.

La democracia no mira hacia atrás sino hacia delante. Aspira a renovarse en lo social. Para ella, la revolución no es un pretexto para conquistas, saqueos y opresiones sino la causa en sí, la causa de la humanidad. Si mañana terminara la perturbación de la guerra, si ustedes, alemanes, echaran a esa cuadrilla de bandidos que son los nazis y ofrecieran al mundo la paz, podríamos ponernos todos a la obra del nuevo orden que anhelan los pueblos.

¿Dicen que no se puede? ¿Dicen ustedes que es demasiado fuerte el terror, y que no hay modo de oponerse al estado que se basa en la Gestapo? ¿Que tienen que aferrarse a la guerra para evitar los horrores de la derrota? Habré de repetírselo: un pueblo es libre en el instante mismo en que quiere serlo. Si en todas las ciudades alemanas el pueblo unánimemente se echara a la calle gritando: «¡Abajo la guerra y la opresión de los pueblos! ¡Abajo Hitler y toda su canallada! ¡Libertad, derecho y paz para nosotros y para

todos!», verían los nazis que habían perdido la partida. Dispararían, desde luego, pero un régimen de aventureros que tiene que disparar sobre el pueblo está liquidado y, sin duda alguna, ese levantamiento alemán no costana tanta sangre como la que en Rusia se está derramando.

Alemanes: los pueblos libres siguen esperando que ustedes hagan algo y esperarán hasta el último momento. Sobre todo Estados Unidos, país que no siente ningún odio hacia el pueblo alemán y que abriga esa esperanza. Por eso, más que oscurecer los cielos de Europa con escuadrillas de aviones, a los norteamericanos les agradaría enviar barcos con alimentos para aliviar la suerte de todo el continente al que un loco sanguinario oprime y maltrata.

Mayo de 1942

Acontecimientos bélicos de mayo

El día 1.º tropas japonesas capturan Mandalay, Burma. El 6 tropas británicas capturan Madagascar, y ese mismo día se rinden las tropas norteamericanas en Filipinas. El 8 se inicia la ofensiva alemana de verano en Crimea. El 26 Rommel inicia su ofensiva contra la Línea Gazala. Al otro día, Reinhard Heydrich es atacado y herido gravemente en Praga por patriotas checos que volaron desde Londres para asesinarlo. *[Éstos, a su vez, fueron traicionados por otro agente a cambio de una recompensa monetaria; los patriotas se suicidaron tras un tiroteo]*. El día 28 tropas alemanas capturan Jarkov. El día 30 se da el primer ataque de mil bombarderos, en esta ocasión a Colonia.

¡Radioescuchas alemanes!

Lo característico resulta siempre divertido. Por eso, cierta frase del ministro de propaganda nazi, Goebbels, ha sido recibida con algo de placer psicológico. Esa frase dice: «En caso de derrota, nos colgarán a todos de una soga».

Esto no es verdad porque el exterminio del pueblo alemán no es cosa realizable ni deseable, y a ningún hombre razonable se le ocurre pensar en ello. Pero la frase antes citada es de regocijante ingenuidad, un modelo inapreciable de la jerga de esos granujas. La frase muestra a las claras cómo entiende la dignidad personal quien tal cosa dice. Es la frase de un malhechor que sabe lo que será de él y de sus cómplices cuando fracasen, que también ve que fracasarán y que, por ello, trata de generalizar su destino en lo posible. Goebbels quiere poner de relieve la participación de la nación en todo lo sucedido y grita como pidiendo socorro: «¡No nos

dejen en la estacada! Ustedes nos han aceptado, nos han soportado, han colaborado en todo. Quien dice “A” quiere decir también “B” y tiene que rezar todo el alfabeto de los crímenes para quizás, al final, poder salir con bien. De nada les valdrá abandonarnos, pues una soga nos espera a todos».

A él sí lo espera una soga. A él y a toda la banda de bellacos cuyo mendaz portavoz era él y, en primer término, al incalificable sujeto que se hace llamar el Führer de Alemania desde hace nueve vergonzosos años. Si esa soga es una metáfora, es una metáfora que, sin quererlo, ha elegido muy bien. La soga es el instrumento de la ejecución ignominiosa, y puede esperarse que el pueblo alemán no deje ese instrumento a un extranjero sino que él mismo ajusticie con él a la camarilla de asesinos que lo ha corrompido y que ha abusado de él como jamás le ocurrió a pueblo alguno. Esto es lo primero y lo menos que el mundo espera del pueblo alemán, como prueba de que está dispuesto, después de su largo extravío, a llevar una vida nueva y decente.

Un pueblo siempre puede realizar una cosa semejante y, de manera especial, un pueblo que tiene la capacidad de cambio del alemán. Pero nadie está diciendo que esto sea fácil y cómodo. Nadie pretende, alemanes, atraerlos con la idea de que la humanidad —después de lo mucho que ha sido ofendida por ustedes— les vaya a abrir los brazos de la noche a la mañana, recibiéndolos en su seno como miembros de ella con todos los derechos y en cuanto ustedes indiquen que están dispuestos a hacerlo. Un flaco servicio les haría quien así les pintase las cosas. Hay que evitar que esos sentimentales que siempre hay entre ustedes puedan volver a afirmar que se les había engañado con hermosas promesas que luego no se cumplieron. Los más inteligentes y ecuánimes entre ustedes saben cómo sucedieron realmente las cosas. Saben que sus antiguos dirigentes se burlaron y rechazaron los 14 puntos de Wilson mientras conservaban una chispa de esperanza en la victoria. Y sólo cuando se sintieron con el agua al cuello utilizaron el proyecto de Wilson —para el cual nadie estaba preparado y menos que nadie nosotros, los alemanes— como defensa (bastante buena, por cierto) para encubrir el llamado «refortalecimiento nacional».

Los ocho puntos de la Carta del Atlántico constituyen un plan revolucionario sobre el ordenamiento internacional social y justo que deberá nacer después de la guerra. Esos puntos van mucho más allá de las declaraciones de Wilson y, desde luego, también son aplicables a Alemania. Cuando se les dice que el mundo necesita de Alemania y que todos se sentirían satisfechos si pudiesen ver una Alemania que hubiese renunciado a la fuerza, a la cruel arrogancia y a la destrucción, incorporándose honradamente al nuevo orden, ustedes deben saber que no se trata de una simulación tendiente a debilitar su espíritu de resistencia. Pero en cambio se les miente cuando se les dice que eso se hará con un sencillo gesto y en un abrir y cerrar de ojos.

Muchas cosas han sucedido, mucho ha sufrido la humanidad, demasiado horrible fue la facilidad con que nuestro pueblo se dejó seducir y embriagar, y excesiva la falta de madurez política que ha mostrado para que se le devuelva rápidamente la confianza. Los desvaríos se pagan y Alemania se ha entregado a desvaríos que en realidad claman al cielo. La lamentable falta de sentido que mostraron sus intelectuales cuando en 1933, lo más bajo del país subió a la superficie y el nacionalsocialismo comenzó su régimen, es algo que no se puede olvidar fácilmente. El haber creído que ese grupo de canallas fueran los llamados a restablecer el honor y la dignidad nacional, el no ver que su dominación no significaba otra cosa —desde el primer momento— que la guerra, la catástrofe y el abismo, el regodearse, con culta perversidad, en la más repugnante podredumbre y la más morbosa criminalidad, considerándolos como una confortadora invasión bárbara, todo eso entraña manifiesta gravedad. Un extravío de tal grado es imperdonable. Tal exaltación de lo absurdo es punible y nada habría que les quedara peor a los alemanes que mostrar una expresión quejumbrosa en la derrota después de haberse ejercitado en una crueldad que no encuentra paralelo en la historia.

El honor y la igualdad tendrán que aguardar. La libertad y la igualdad han sido negadas y pisoteadas durante mucho tiempo por Alemania como para que pueda reclamarlas el mismo día en que deponga las armas. Será inevitable una larga cuarentena de vigilancia y atención. Se ayudará económicamente a Alemania pero se tendrá que negar el uso de la fuerza a

un pueblo que por tanto tiempo no vio su relación con el mundo sino en la forma de una dominación mundial. La conformación política interna de Alemania se dejará en manos de los propios alemanes. En tal sentido, corresponderá al pueblo alemán —y esto será la prueba de que merece confianza— esforzarse por realizar una depuración a fondo y sin limitarse a la eliminación de la pestilencia nazi. Habrá de alcanzar también al grupo cuya sed de poder y de riqueza utilizó al nazismo como instrumento y al que hay que impedir que pueda volver a convertir a lo alemán en el azote del género humano.

Junio de 1942

Acontecimientos bélicos de junio

Se inicia el asesinato en masa de judíos en Auschwitz. Entre los días 3 y 6 se lleva a cabo la Batalla de Midway; se pierde un avión norteamericano y cuatro portaviones japoneses. También ese día Hitler visita sorpresivamente Finlandia, su aliada desde antes de la «Operación Barbarossa»; se reúne con el mariscal barón Carl Gustav von Mannerheim, comandante supremo de las fuerzas armadas finlandesas, en su 75.º cumpleaños; durante sus conversaciones Hitler busca reiterarle a Mannerheim los peligros que representan los bolcheviques. El día 4 Heydrich, malherido, muere. El día 5 los alemanes sitian Sebastopol. El día 10 los nazis, no satisfechos con la muerte de los asesinos de Heydrich, liquidan el pueblo de Lídice como represalia. El 21 Rommel captura Tobruk, Libia, junto con 33 mil prisioneras de guerra británicos y aliados, más un gran botín. Cuatro días después, Eisenhower llega a Londres. El 24 entran las tropas alemanas a Egipto. El día 31, Rommel —promovido al rango de mariscal de campo— llega a El Alamein, cerca del Cairo.

¡Radioescuchas alemanes!

En una de mis charlas anteriores incurrí en un lamentable error. Hablando de las atrocidades nazis, dije que 400 jóvenes holandeses de sangre judía habían sido enviados a Alemania para ser muertos allí con gases venenosos. Ahora, por una vía indirecta, desde Holanda, recibo la noticia de que la cifra que yo di era casi la mitad de la real. Fueron casi 800 hombres los que fueron detenidos y llevados a unos pabellones para ser asesinados con gases. La cifra exacta ha sido publicada por el gobierno holandés, pero como no estoy seguro de que ese anuncio haya llegado a ustedes, quiero comunicarles la información recibida en forma privada. Esta información revela que la inhumanidad de los nazis supera todo cuanto se dice y se le

atribuye: jamás se corre el peligro de exagerar. En los peores casos, se queda uno a medio camino de la realidad.

Pero ¿no es ese asesinato en masa tan sólo un caso particular dentro del panorama general de esa inhumanidad? ¿No desaparece en el mar de horrores que cubre todo el territorio dominado por la infamia de Hitler? Desde la muerte violenta de Heydrich, la muerte más natural que puede corresponder a un perro rabioso como él, reina el terror por doquier y éste es más morboso y desenfrenado que nunca. Y es absurdo y provoca el mayor de los ascos esa mezcla de brutalidad y de chillona quejumbronería que ha sido característica de los nazis. El hecho de que el atentado, y la huida de sus autores, difícilmente hubieran podido tener lugar sin indicaciones y ayuda del lado nazi es cosa en que no vamos a detenernos. La corrupción es como un pantano sin fondo: de ella se puede esperar todo. Pero ¿es que los hombres del tipo de ese Heydrich han terminado alguna vez de otro modo? ¿No es esa muerte un simple riesgo profesional y gaje del oficio, una probabilidad cuya realización a ningún ser pensante puede sorprender, y mucho menos desconcertar?

Por doquiera que iba ese asesino, corría la sangre a torrentes. En todas partes, incluso en Alemania, se lo llamaba sencillamente «el Verdugo». Su nombre no era más que una firma al pie de condenas de muerte. Treinta y cuatro acababa de firmar, en un santiamén, antes de salir de Praga en dirección a París para una breve pero fructífera visita que significó la muerte de 153 rehenes en una semana. Eso fue antes que entrara en el Hradschin como protector, y de tal manera protegió al pueblo checo, que hará que no se olvide en 100 años el nombre alemán. En fin, ha muerto. ¿Y cómo han reaccionado los nazis? Caen presa de un ataque de histeria. Hacen como si se hubiese cometido el crimen más inconcebible, como si se hubiese ultrajado a lo más alto de la humanidad, como si se hubiese privado a ésta de su corona y de su escudo. En ellos jamás hay ni asomo de lógica ni el menor sentido de justicia ni rastro de razón. La voz les ordena venganza. Y a ella se lanzan. El Führer, abrumado de pesar por haber perdido a un querido cómplice de sus crímenes, da órdenes concebidas en sus noches de insomnio. Y a ello sigue una carnicería, una furia que se ensaña con seres indefensos e inocentes, al más puro estilo nazi. Un millar de hombres y

mujeres han muerto. Una aldea a la cual se acusa de haber albergado a los autores del hecho, Lídice, es enteramente arrasada y asesinados sus moradores. Los habitantes de Praga que quedaron con vida tienen que llenar las calles para presenciar el paso del cadáver del Santón. En su patria le dispusieron un pomposo funeral oficial, y al borde de su tumba otro maestro en matanzas dijo que Heydrich había sido un alma pura y un hombre de elevados sentimientos humanitarios.

Todo esto es vesánico. Es la locura que un mundo revuelto ha permitido imponerse y que ahora tiene poder bastante para ofender el lenguaje mismo, la sana razón y el decoro humano. Para la locura es esencial la fuerza, ineludiblemente la necesita para poder vivir. Para decir la verdad no se necesita fuerza alguna. Mas para decir «Heydrich era un hombre noble», para eso sí se necesita disponer de fuerza, de la fuerza absoluta que permita determinar lo que es verdad y lo que es puro desvarío. El hombre razonable, por otra parte, nunca hace todo aquello para lo que tiene poder. En cambio, el nazi mira a su alrededor para ver si hay alguien al que pueda molestar, castigar. Y aunque no vea a nadie, aunque el vengador esté lejos, no por ello deja de hacerlo.

Hay filósofos de la historia que han estimado que el poder es malo en sí. Yo no lo creo. Sólo sujetos desenfrenados ven en el poder la posibilidad de hacer el mal impunemente. Ojalá que esta guerra haga que el poder pase a aquellos en cuya mente hay razón, en cuyos corazones se alberga el espíritu de solidaridad humana y cuyo poder es un medio para realizar el bien.

Julio de 1942

Acontecimientos bélicos de julio

La primera batalla de El Alamein dura el mes entero. El día 3, los alemanes toman Sebastopol, y ese mismo día los japoneses aterrizan en Guadalcanal. Termina la resistencia soviética en Crimea el día 5. El 9 los alemanes inician su marcha hacia Stalingrado. El día 16 Hitler mueve su cuartel general a un lugar cercano a Vinnitsa, en Ucrania, para estar más cerca del frente sur. Comienzan las primeras deportaciones del gueto de Varsovia al campo de concentración en Treblinka el 22. El 27 las tropas alemanas capturan Rostov.

¡Radioescuchas alemanes!

Yo sé bien que no es preciso advertirles contra el entusiasmo ahora que Hitler ha vuelto a triunfar conquistando a Rostow, la ciudad del Don que ya había conquistado una vez. Es generalmente sabido que sucesos semejantes no lanzan a los alemanes al entusiasmo, que les molestan las fanfarrias de la radio con los cuales se les anuncia y que no experimentan la menor alegría. No hay necesidad de calmar su embriaguez de victoria. Por lo contrario, hay que consolarlos. No somos nosotros —los que estamos fuera— quienes necesitamos de consuelo cuando la situación bélica presenta el cariz que ahora tiene. ¡Si supieran lo seguros que estamos de nuestra causa, la cual supone, como primer paso y condición previa de todo lo demás, la caída de Hitler! Su suerte está sellada, créanme. Pero no teman. Es algo necesario para el mundo, algo enteramente ineludible y que habrá de cumplirse como sea. Y como esto es más que seguro, las victorias del miserable no son sino sangrientas futilidades. Ustedes están inquietos y abatidos. Piensan: ¿llegará

a triunfar? ¿Nos veremos libres algún día de él? ¿El mundo será alemán en el mismo terrible sentido en que nosotros somos alemanes? ¡Tranquilícense! La victoria de Hitler es una ilusión, una frase hueca, no tiene cuerpo, no existe en la esfera de lo aceptable, de lo admisible, de lo posible. El mundo se opondrá a ella o, mejor decir, se lo impedirá él mismo, el miserable rufián, con su modo de ser, su índole y condición pervertida y desquiciada con la cual sólo es capaz de pensar, creer y hacer lo falso, lo mendaz, lo condenable. Se habla del diablo a quien se engaña. Pero no, al diablo no se lo engaña sino que está engañado por sí mismo y desde siempre. Ese estúpido demonio no se llevará al infierno el alma de Fausto, el alma de la humanidad, sino que se irá solo.

Yo les digo: ¡Tranquilícense! ¿Creen que se adueñará del Cáucaso para poder aceitar la maquinaria con que aspira a conquistar el mundo? Y aunque lo llegue a alcanzar y los rusos se retiren detrás de los Urales, ¿qué con ello? Deberá seguir adelante. Tendrá que proseguir, hundiéndose cada vez más en la noche, el desvarío y la muerte. Para él no hay un fin, sino sólo su fin. Los rusos no pedirán la paz. Ninguno de ustedes cree que esto vaya a ocurrir. La engañosa revolución de los nazis se ha encontrado con una revolución auténtica y real, con una revolución de cuya resuelta decisión de cambiar y renovar pueden aprovechar ustedes muchas cosas, alemanes, cuando les llegue la hora. Y esta revolución rusa está unida ahora por categóricos tratados de trascendencia histórica, y concluidos para largo plazo con la democracia anglosajona, también revolucionariamente rejuvenecida y despierta a la conciencia de que tiene que cumplir unas obligaciones sociales. Unida con ella, digo, en una lucha en la cual Hitler, con su diabólica basura del «Nuevo orden», jamás podrá ganar. Hacia esa alianza vuelven sus ojos los pueblos oprimidos, saqueados, martirizados, semiexterminados de Europa, llenos de odio reconcentrado e inextinguible contra el cínico opresor, odio todavía impotente aun cuando a veces se manifiesta en aislados actos de violencia. Y esos pueblos sólo esperan el momento en que mediante un terrible alzamiento puedan sacudirse el más repugnante yugo que jamás haya soportado pueblo alguno. Eso esperan ellos, alemanes, igual que ustedes.

¿No se les debe exhortar a la rebeldía, alemanes? ¿No se les debe preguntar cuándo arrojarán por fin a ese infernal sujeto que tan terribles males les acarrea y que ha convertido la faz de Alemania en la máscara de Medusa? ¿Cuándo terminarán con eso y capitularán ante la razón? No tiene sentido instarlos a que se hagan tales preguntas, como bien lo vemos, porque nada pueden hacer. No es como en 1918, cuando Alemania se desplomó. Un cuerpo nacional metido y ajustado rígidamente en una férrea envoltura de terror, como sucede con el de ustedes, no se desploma sino que sigue manteniéndose derecho, aun cuando el hierro esté ya todo podrido. ¿Necesito decirles, acaso, cuán podrido está todo entre ustedes, dentro de la coraza que los mantiene en pie? Ustedes lo saben mejor que nadie y pienso que no habrá quien se horrorice tanto de su aspecto como ustedes mismos. Pero ese fantasma que pronto será Alemania ha de caer por tierra y ése será el momento de su renacer como pueblo. ¿No ha habido ya en el invierno pasado motines de tropas que condujeron a ejecuciones en masa? Hechos como ésos se irán produciendo cada vez más. La negativa del ejército del pueblo a seguir desangrándose inútilmente será, sin duda, la forma que tome el derrumbamiento y luego el levantamiento de Alemania.

Alemanes, créanme, marchan hacia la ruina. Pero estén tranquilos. Y esto se lo digo, cabalmente, en este momento en que las apariencias vuelven a ser de triunfos y victorias y conquistas. Marchan hacia la ruina pero no ustedes, no Alemania. El llamado exterminio de Alemania es una palabra tan hueca de sentido, tan irreal como la victoria de Hitler. Pero hacia la ruina avanza y tendrá un fin no muy lejano, el monstruoso sistema de robos, crímenes y falsedades del nacionalsocialismo. Se terminará con esa filosofía pedestre y vergonzosa y se acabará con los actos que en ella se inspiran. Hay que liquidar a sus caudillos, a sus inspiradores y sus cómplices, a sus servidores y beneficiarios, a sus generales y diplomáticos y a las hienas de su Gestapo. Y también habrá que liquidar a los que le allanaron el camino y a sus escuderos, los periodistas y filosofastros que lamían sus botas, a los geopolíticos y a los geógrafos militares y a los profesores de arte bélica y de doctrina racista. Alemania será purificada de todo cuanto ha tenido que ver con la inmundicia del hitlerismo y de todo lo que la hizo posible. Y en Alemania y en el mundo se instaurará una libertad

que tendrá fe en sí misma, cuidará de sí misma y se sabrá defender, y pondrá por delante no los hechos sino las ideas, que son lo que une al hombre con Dios.

Agosto de 1942

Acontecimientos bélicos de agosto

El día 7 el general británico Bernard Montgomery se encarga del Octavo Ejército en el Norte de África. Ese mismo día tropas norteamericanas llegan a Guadalcanal. El día 8 las tropas alemanas destruyen dos ejércitos rusos al suroeste de Kalac, sobre el Don, al oeste de Stalingrado. El 12, Stalin y Churchill se reúnen en Moscú. El 22, Brasil declara la guerra a Alemania e Italia. El 23, se da un ataque aéreo masivo a Stalingrado, pero la ofensiva se estanca, los alemanes sufren grandes pérdidas y Hitler se frustra con sus oficiales.

¡Radioescuchas alemanes!

Una leyenda griega habla de cierto rey Midas que transformaba en oro todo lo que tocaba. En la actualidad, hay algo cuyo contacto todo lo cambia inmediatamente en basura, incluso lo más noble. Y quien posee ese repugnante don es el nacionalsocialismo.

Las ideas de nuestra época, nacidas de anhelos espirituales y de futuro, del deseo de perfeccionamiento de la vida social, todo lo bueno y bienintencionado, lo atrae así y se apodera de ello y lo falsea, lo tergiversa, lo corrompe y lo ensucia, dándole una forma monstruosa y abominable, un olor de infierno y de cloaca. Todo cuanto toca —y todo lo toca— en sus manos se convierte inevitablemente en porquería y podredumbre. Lo he dicho siempre, y lo repito: el ingrediente de corrupción y desnaturalización es lo más poderoso y característico del horripilante fenómeno aludido. Desnaturaliza y corrompe todas las ideas que profesan los mejores hombres del mundo y hace con ellas algo de lo que no quiere saber nada ningún

hombre de bien. La idea de socialismo —tal como acaba de ser formulada en el famoso discurso del vicepresidente de Estados Unidos, Henry A. Wallace, sobre el «ciclo del hombre común»— ¿en qué se convierte cuando la gentuza hitleriana se pone a hablar de ella, y a ponerla en acción? Se convierte en envilecimiento, oscurantismo, embrutecimiento de las masas, embotamiento del espíritu. En suma, se convierte en esclavitud. La idea misma de revolución —que desde siempre y hasta en sus más extremas manifestaciones estuvo unida siempre a nobles esfuerzos de la humanidad en su ansia de más libertad, de más derecho y más felicidad en la tierra— esa idea, les digo, en manos de los nacionalsocialistas se convierte en robo, saqueo, asesinatos en masa, descarada negación de las conquistas de siglos, retroceso fanático a lo bestial. La idea de paz, para hablar también de ella, ¿no la hemos amado entrañablemente y con profunda fe? ¿No sentíamos que la paz es el imperativo de nuestro tiempo y que la guerra sólo es una desviación de la vida normal? ¿Y no se apasionaba nuestro espíritu por las grandes cuestiones que le plantean hoy a la humanidad y que sólo se pueden resolver en la paz y por la paz? Pues bien: También el nacionalsocialismo habla de «paz» y quiere «paz». Pero ¿qué es lo que por ella entiende? La sumisión incondicional al mal, la anulación del hombre: eso es para los nazis la paz. Al más convencido pacifista lo ha convertido en partidario de la guerra, de la guerra ineludible contra ellos. Y en cuanto al patriotismo, ¿no es éste un amor natural, noble, hermoso y bueno, el amor a las tradiciones, a la cultura, al habla del pueblo en que se ha nacido, un amor que se armoniza tan bien con el efecto y la admiración a otras variedades del humano, a las cualidades espirituales y las aportaciones culturales de otras nacionalidades? ¿Qué es lo que ha hecho este Midas al revés que es el nacionalsocialismo con el oro del patriotismo? Desde luego, lo ha convertido en inmundicia. Lo ha trasmutado en obtusa presunción, en rabiosa manía racista, en criminal autodeificación, en odio, en violencia y desatino. Y sobre la más absoluta vileza, sobre la más vesánica degeneración el nacionalismo alemán pretende edificar el «nuevo orden» de Europa.

Ellos intentan, en efecto, hacernos odiosa hasta la idea de «Europa». No hay idea que haya desnaturalizado tanto como ésta. «Europa quiere unirse»,

había dicho Nietzsche. «Nosotros, los buenos europeos» es también una frase de él, así como la de la «atomización de Europa en pequeños Estados», con la que había que acabar.

Hasta hace poco, el concepto de «Europa» nos era caro y querido, algo natural a nuestro pensamiento y a nuestra voluntad. Era lo contrario de la estrechez provinciana, del egoísmo limitado, de la incultura y el atraso nacionalista. Significaba libertad, amplitud, espíritu y bondad. «Europa» era un nivel, una norma cultural: un libro, una obra de arte eran buenos cuando alcanzaban categoría europea. Se era un buen alemán cuando se era europeo. El nacionalsocialismo también se apoderó de esto. Habla, asimismo, de «Europa» pero del mismo modo que de «revolución», de «paz» o de «patria». No es Alemania la que debe ser europea, sino Europa, alemana. Ante la desesperada resistencia de los pueblos que marchan entre sangre, entre lamentos y maldiciones, insensible a un odio como jamás se concitó contra sí ningún pueblo de la Tierra, el nacionalsocialismo sigue esforzándose por convertir a Europa en una dependencia de la Alemania monopolizadora, una Europa habitada por razas esclavas, humilladas, castradas, anuladas, saqueadas. Quiere convertirla en un «protectorado» alemán en el sentido más indigno del vocablo. En el protectorado de «Checoslovaquia» [Bohemia y Moravia] se han cerrado las universidades y han sido saqueadas casi todas las escuelas secundarias, las bibliotecas y los laboratorios. No se puede enseñar historia checa pero, en cambio, la enseñanza del alemán y de la ideología nazi y de la historia alemana absorben 16 horas por semana. Se ha anulado el idioma checo: está prohibido en la administración, en los tribunales, en la redacción de las leyes. Por todas partes se intensifica una campaña de exterminio contra las poblaciones por cuyo hogar ha pasado la máquina de conquista. En el territorio anexado de Polonia —al que se le ha dado el nombre de «Warthegau» o sea «territorio del Warthe»— pronto no quedarán ya polacos. En los Balcanes, lo que no puede hacer la violencia se deja a cargo del hambre. Grecia muere de inanición. Rumanos, finlandeses y húngaros se desangran en los campos de batalla mientras los yugoslavos son masacrados en su tierra. Los holandeses son obligados a «cambiar de residencia». La oficina de política racial colabora allí, como en todas partes,

en armonía y con gran eficacia, con el comando criminal de la Gestapo. La población de Francia deberá reducirse a 20 millones. En París se «estimulará» la vida nocturna. El nazi no entiende con el nombre de «París» otra cosa que la «vida nocturna». Éste es un punto de vista digno de un gorila. Y el concepto que tienen de Europa en su conjunto, lo que de ella piensan, su respeto y amor a ella, se desprenden de la respuesta que un oficial del Estado mayor alemán dio al agregado militar de México en Berlín cuando éste le preguntó qué harían los nazis para resolver el problema de la rebelión y del hambre en Europa. «Con tal de que nuestra Wehrmacht sea debidamente atendida —dijo el alemán—, toda Europa puede morirse de hambre. Estamos resueltos a exterminar a toda la población civil antes que rendirnos». Palabras bien poco dignas de un hombre, de un buen alemán europeo. ¿Se dijo acaso eso mismo en las reuniones del llamado «Congreso Europeo de Escritores» convocado por Goebbels, presidido por el pobre Hans Carossa y en el cual tomaron parte toda suerte de escritores Quisling y mercenarios y literarios de la colaboración, procedentes de los cuatro puntos cardinales?

Una farsa macabra, justamente como ese congreso de escritores, es la Europa de Hitler, la infame falsificación y maculación de una gran idea, madura desde hace tiempo para ser llevada a cabo. Y que será realizada, aunque no quiera Dios, a la manera vergonzosa del nazismo. Habrá que comenzar una labor de general restauración espiritual una vez que se haya aplastado a Hitler, y hay que empezarla ahora mismo para abatirlo. Hay que restaurar, eliminando la desnaturalización de que han sido objeto por ese gorila-Midas, las ideas de socialismo, revolución, paz y patriotismo. Hay que restaurar, ante todo, y junto con ellas, la idea de «Europa» que era una idea de libertad, de honor nacional, de solidaridad y de colaboración humana en los corazones de los mejores, y así deberá volver a ser.

29 de septiembre de 1942

Acontecimientos bélicos de septiembre

El día 2, Montgomery repele a Rommel en la batalla de Alam Halfa, el comienzo del final para el Eje en África del Norte. El día 11, el general von Weichs, comandante del Ejército Grupo B, informa a Hitler que confía en que el ataque al interior de la ciudad de Stalingrado podrá empezar casi de inmediato y que podrá completarse antes de 10 días. El 13 se inicia la batalla por Stalingrado. El día 16 las tropas alemanas penetran a la propia Stalingrado. La lucha adquiere una intensa ferocidad; se da de calle en calle y casa en casa. *[Lo que se vislumbraba como una operación de días, podría durar semanas o meses]*. El día 24 Hitler remueve al general Franz Halder, el nuevo chivo expiatorio, y lo reemplaza con Kurt Zeitzler. Aumentan los ataques aéreos británicos sobre Munich, Bremen, Dusseldorf y Duisburg. El 20 Hitler habla de nuevo en el Sportpalast donde se mofa de Churchill y Roosevelt.

¡Radioescuchas alemanes!

Sería interesante saber qué piensan ustedes de la conducta de los que por el mundo obran en su nombre. Así, por ejemplo, quisiera yo saber cómo ven el terror antisemita en Europa. Ustedes continúan sosteniendo la guerra de Hitler y soportando las más terribles penalidades ante el temor de lo que les traería la derrota, ante el miedo a la venganza de las naciones martirizadas de Europa contra todo lo alemán. Pero, precisamente, de los judíos no cabe esperar tal venganza. De todas sus victimas son ellos los más desvalidos y los menos inclinados a la violencia y a los hechos de sangre. Ni siquiera hoy son sus enemigos: los alemanes son los enemigos de ellos. No consiguen ustedes que el odio sea recíproco. Los judíos son casi siempre amigos de Alemania y cuando llegue el momento fatal para ustedes, los

judíos —por mesurados y razonables y poco dados a los arrebatos emocionales— tratarán de desaconsejar que se les pague en la misma moneda. Tal vez sean entonces, en todo el mundo, los únicos amigos y defensores de los alemanes.

Los judíos han sido privados de sus derechos, desposeídos, perseguidos, humillados. ¿No era eso bastante? ¿Qué clase de hombres, de monstruos, son estos que nunca se aburren de ultrajar y para quienes toda ofensa que hagan a los judíos no es sino un estímulo para causarles otras vilezas? En el comienzo de la guerra, en el proceder que se seguía hacia los judíos —quienes representan un resto de antigüedad y, sin embargo, están identificados plenamente con la moderna vida nacional— había cierta sombra de mesura y de razón. Los judíos, se decía, han de mantenerse separados de los pueblos con quienes conviven, excluidos de los puestos oficiales y privados de ejercer influencia alguna, para vivir como simples huéspedes cuya presencia se tolera, pero podrán practicar su culto y desarrollar su propia cultura sin que se les moleste. Hace ya tiempo que esto terminó. El desenfrenado afán de perseguirlos no se detiene en ningún punto. Ahora hemos llegado al aniquilamiento, a la vesánica decisión de que hay que exterminar por completo a los judíos de Europa. «Nuestro objetivo —dijo Goebbels en un discurso pronunciado por radio— es exterminar a los judíos. Y ya sea que venzamos o ya que seamos derrotados, tenemos que alcanzar ese objetivo y lo alcanzaremos. Si los ejércitos alemanes se ven obligados a retroceder, en su retirada irán eliminando a todos los judíos».

Ningún ser dotado de razón puede comprender la manera de discurrir de esos cerebros degenerados. ¿Para qué?, se pregunta uno. ¿Por qué? ¿Quién sale beneficiado con ese proceder? ¿Habrá alguien que viva mejor cuando se aniquile a los judíos? ¿Acaso ese lamentable saco de falsedades llegó a convencerse a sí mismo de que esta guerra es producto de las maquinaciones de la «judería internacional», que es una guerra judía en la cual se lucha en favor o en contra de los judíos? ¿Cree realmente que la «judería internacional» llegaría a atemorizarse, a prohibir la guerra contra los nazis en cuanto supiera que la ruina de éstos supondría la ruina de los últimos judíos de Europa? El menguado discípulo de Gundolf[2] casi llega a

admitir como posible la derrota. Pero afirma que los nazis no se hundirán solos sino que arrastrarán consigo a los judíos. Da la impresión de que no pudiera estar sin ellos.

A mi parecer, las tropas alemanas en retirada tendrán demasiadas cosas en qué pensar como para entretenerse con *pogroms*. Pero mientras no sean derrotadas, lo del exterminio de los hebreos es cosa espantosamente cierta. El gueto de Varsovia, donde han sido encerrados como ganado 500 mil judíos de Polonia, Austria, Checoslovaquia y Alemania, en dos docenas de calles inmundas, no es más que una cueva de hambre, peste y miseria en la que por doquier se percibe el olor a muerte. El año pasado murieron allí 65 mil personas. Según los informes recibidos por el gobierno polaco en el exilio, la Gestapo ha asesinado o sometido a maltratos que les causaron la muerte en todo el territorio de Polonia a unos 700 mil judíos, de los cuales 70 mil eran de la región de Minsk. ¿Están enterados de eso, alemanes? ¿Y qué les parece? En la Francia no ocupada sacaron no hace mucho de los diferentes campos de concentración a 3,600 judíos, quienes fueron enviados hacia el este. Antes que el tren de la muerte se pusiera en movimiento, 300 personas se habían suicidado. Sólo se permitía que fueran con sus padres los niños de cinco años en adelante, los demás eran abandonados a su suerte. Ese hecho ha causado gran indignación en el pueblo francés. Y a ustedes, alemanes, ¿qué les parece?

En París reunieron a 16 mil judíos en el término de unos cuantos días y se los llevaron en vagones de ganado. ¿Adónde los llevaron? Sólo lo sabe el maquinista que conducía la locomotora. No se habla de otra cosa en Suiza, porque tal maquinista huyó a este país, pues no pudo resistir más. Ya en otras ocasiones le habían obligado a conducir trenes cargados de judíos. Esos trenes eran llevados hacia un lugar despoblado y allí, después de cerrar herméticamente los vagones, los mataban con gases letales. Pero lo que ese maquinista había visto no era cosa excepcional. Un informe auténtico y exacto da cuenta de la muerte de 11 mil judíos polacos mediante gases venenosos. Después de llevarlos a un campo especial de ejecuciones que hay en Konin, en el distrito de Varsovia, los metieron en unos vagones en los cuales no entraba el aire, y quedaron convertidos en cadáveres en el lapso de un cuarto de hora. Se tiene toda la descripción de la operación, con

los gritos y súplicas de las victimas y las risas de los hotentotes de las SS que se divertían y hacían bromas con lo que presenciaban. ¡Y luego ustedes, alemanes, se asombran y hasta se indignan de que el mundo civilizado se preocupe por el tipo de humano que forjarán los métodos educativos que se están aplicando a las nuevas generaciones alemanas, según los principios del nacionalsocialismo, es decir, de las más absoluta falta de todo criterio moral!

Discurso a los norteamericanos de ascendencia alemana

15 de octubre de 1942

¡Germano-americanos! Debo dar las gracias a los organizadores de este programa por haberme dado la oportunidad de dirigirles unas cuantas palabras. Lo hago, en cierto modo, ya como uno de ustedes, pues pronto seré ciudadano norteamericano, ciudadano norteamericano de ascendencia alemana, como ustedes.

Hoy no es fácil ser norteamericano con antecedentes alemanes y con la tradición alemana, ya que Estados Unidos está en guerra con Alemania. Está en guerra con una Alemania que después de siete años de prepararse para las hostilidades, invadió a sus vecinos europeos, los sometió y esclavizó y, una vez habiéndolo logrado, se dedicó al saqueo y cometió los más terribles delitos. Ahora Alemania desea que también Estados Unidos, directa o indirectamente, pierda su libertad, la libertad que los padres de ustedes buscaron al salir del viejo continente, para hacerse ciudadanos de Estados Unidos.

Este intento de una Alemania que ustedes no conocen de convertirse en esclavista y preboste del mundo, fue emprendido en nombre de un régimen de partido que no tiene ninguna similitud con el gobierno de ningún otro país decente, pues desde la base está formado por aventureros y delincuentes, capaces de la mayor inhumanidad. Lo que ustedes han oído y leído sobre la ilimitada crueldad con que tratan a los pueblos de Europa a

los que saquean, humillan y pisotean no es ninguna propaganda, no son cuentos de terror. Imposible sería exagerar la depravación de estos hombres, y si algo de lo que se les dice parece increíble, pueden estar seguros de que no es ni siquiera la mitad de la verdad.

Un gran error sería confundir la descarriada y deformada Alemania de hoy con la tierra que ustedes imaginan al recordar la patria de sus antepasados, la patria cuyas canciones les legaron, y cuya lengua muchos de ustedes han conservado, una tierra de confianza, de legalidad y del más profundo sentimiento. El mundo se enfrenta ahora a una Alemania totalmente distinta, a una Alemania fanática, despreciadora y pisoteadora de todo derecho, de toda libertad, de todo bien. Se enfrenta a una Alemania que sigue la religión cristiana y cuya fiesta de Navidad se ha convertido en algo absurdo y en una mentira. Una Alemania sin amor, sin simpatía, llena exclusivamente de soberbia, de una pretensión de raza superior que la mueve a tratar de ser dueña del mundo.

Que esta Alemania nazi no tiene nada que ver con la Alemania de sus recuerdos y cuya piedad conservan en la memoria, se lo muestro no porque en lo mínimo dude yo de la lealtad de ustedes al país del que son ciudadanos. Demasiado bien sé que con sus organizaciones libres, con la confianza en el derecho que este país les ofrece, no pueden desear su derrota, que sería ni más ni menos que la derrota de la humanidad.

Pero sería una desdicha si sus sentimientos en esta guerra estuviesen divididos, si en su fuero interno pensaran: «Alemania es Alemania, siempre y bajo cualquier régimen. Le debemos nuestro apego, sus victorias son nuestro orgullo, y aun cuando no deseamos que se hunda la libertad norteamericana, sin embargo es demasiado exigirnos que deseemos la aniquilación de Alemania». ¡Nadie les exige eso! «La aniquilación de Alemania» es una frase vana proferida por la propaganda de Goebbels para hacer creer al pueblo alemán que tiene que seguir adelante —y hasta lo último— con los nazis. Nadie aniquilará a Alemania y ni siquiera puede pensarse en eso. Lo que se debe aniquilar, para salvar la decencia humana, para que no se hunda en sangre, violencia e ignominia, es el espíritu del mal que de momento impera en Alemania y bajo el cual millones de alemanes en el Reich sufren hasta la desesperación. Se le debe aniquilar para que

Alemania, hoy alejada de sí misma, vuelva a ser la de antes y con ella, también ustedes, germano-norteamericanos, puedan amarla con la conciencia tranquila.

No, el guion entre «alemán» y «norteamericano» no debe ser un rompimiento del espíritu, no debe ser un conflicto de los sentimientos que significan el auténtico deber. Les digo esto como un alemán que salió de la tierra en que nació, de esta tierra que ejerció violencia sobre Europa para poder continuar, en tierra libre, su tarea hasta lo último. Esta tarea, valga lo que valga, brotó por completo de la tradición europea, de la tradición alemana. Un libro mío, la historia de una familia burguesa hanseática, tuvo la suerte de ser del agrado de millones de alemanes, y de estar en muchas casas alemanas. Ahora, durante la guerra, he escrito un libro sobre el más grande poeta alemán, sobre Goethe, libro que los alemanes hoy no pueden leer, pero que algún día, cuando vuelvan a ser hombres libres, encontrará acogida entre ellos. Esto significará, queridos amigos, que salí de una Alemania en que ahora ya no puedo vivir.

A un hombre como yo no habría podido expulsarlo de Alemania ningún cambio de gobierno, ninguna modificación política, ninguna revolución. Nada, excepto este cambio que se llama nacionalsocialismo, sólo Hitler y su banda. Pero eso no es una política ni un Estado ni una forma de sociedad: es la maldad del infierno, y la guerra en su contra es la sagrada necesidad de la humanidad contra lo directamente diabólico.

Si ustedes, con sus conceptos norteamericanos de dignidad y libertad humanas, fueran llevados a Alemania, mañana serían fusilados por abrigar sentimientos antinacionales y por dudar de la victoria final. Esto ocurre todos los días. Cientos de alemanes, personas tanto sencillas como cultivadas, son juzgados porque en algo dejaron ver que consideran una locura la guerra de Hitler. Pero quienes eso piensan, sin decirlo en voz alta, no se cuentan por centenares sino por millares y por centenas de millares, y yo creo que entre ellos hay incluso generales. ¿Quieren ustedes ser «alemanes», como los fracasados alemanes de allí que creen que se debe ser nazi tan sólo porque hoy Alemania es nazi? No, no están cometiendo ni la más pequeña traición contra su tierra de origen cuando todos ustedes ponen

sus deseos y sus acciones en favor del triunfo de Estados Unidos y de los Aliados. Pues también por Alemania se obtendrá esta victoria.

24 de octubre de 1942

Acontecimientos bélicos de octubre

Un testigo ocular alemán observa un asesinato en masa perpetrado por las SS el día 5. El 6, el general Friedrich Paulus informa al Führer que ha detenido el ataque contra Stalingrado porque sus tropas están exhaustas, y éste ordena la captura total de la ciudad como objetivo principal del Ejército Grupo B; Stalingrado adquiere, para el líder alemán, valor psicológico y no quiere saber de retirada alguna. Hitler, el día 18, ordena la ejecución de todos los comandos británicos capturados. El 23 se inicia la batalla de El Alamein.

¡Radioescuchas alemanes!

El «Congreso de la Juventud Europea», que no hace mucho se reunió en Viena por iniciativa de los representantes y defensores de la cultura occidental, en realidad había sido planeado en un principio como una fiesta de victoria para celebrar la toma de Stalingrado. En esto, la cosa les falló. Sin embargo, se valieron de dicho Congreso para contrarrestar los efectos de la alocución del presidente Roosevelt dirigida a la juventud del mundo. Se pidió a todos los países ocupados de Europa que enviaran delegaciones de jóvenes con objeto de crear una organización europea bajo la dirección de Baldur von Schirach, ese poetastro gordo y ya maduro, convertido en conductor de la juventud alemana por la gracia de Hitler y elevado ahora, por la misma razón, a conductor de la juventud europea.

El discurso que ese individuo pronunció en el referido congreso supera, en su estúpida desfachatez, a la mayoría de lo que hasta ahora había salido de boca de los nazis. Tan absurdo resulta oírle hablar de Europa, tan extraño

y fuera de lugar nos suena que esos bárbaros sanguinarios invoquen los nombres de Praxiteles, Miguel Ángel, Rembrandt y Durero —y pretendan enorgullecerse con las glorias de un continente que ellos han pisoteado, saqueado y torturado— que el mundo por fuerza hubo de echarse a reír, con carcajadas de desprecio y repugnancia. El inefable joven honorario se puso a presumir de tal manera que resultaba divertido. «¿Dónde está vuestro Praxiteles y vuestro Rembrandt?», gritó, dirigiéndose a América. «¿Cómo tienen la osadía de tomar las armas en nombre de un continente infecundo contra las inspiraciones divinas del genio europeo?».

«No hay duda —continuó—: América y los aliados luchan contra Praxiteles y Rembrandt, impulsados por la envidia. Pretenden saquear los tesoros de los museos de Europa. ¡Pero ya verán lo que es bueno!».

Él, Baldur y sus jóvenes aliados y sometidos, son los herederos de la sagrada zona cultural europea y sabrán defenderla contra la General Motors y la General Electric. Claro es que también hay General Göring y General I. G. Farben y General Siemens-Schuckert, pero éstas son nobles plantas nacidas del suelo europeo, rebosante de cultura.

No cabe ocultar que nosotros —podría haber añadido el líder de los «jóvenes»—, los nazis, hemos hecho trizas cuanto había en el museo de Gogol y en Yasnaia Poliana y que también destrozamos el museo de Tchaikovski. Pero sería erróneo poner en duda, por ello, nuestra compenetración íntima con la cultura. Cierto es, asimismo, que la mayor parte de la cultura, el arte y la ciencia europeos de la actualidad han sido ahuyentados por nosotros de Europa y han buscado refugio en las playas de Inglaterra y de América, pero Praxiteles y Rembrandt son nuestros, son los patronos renombrados de la Europa que Hitler ha unido, y de la cultura nazi. Pues aunque toda Europa se encuentre convulsa, luchando desesperadamente contra el género de unión que nosotros le impusimos, eso se debe únicamente a las maquinaciones de la coalición bolchevique-capitalista-imperialista que azuza a la gente contra nosotros. Esa coalición sigue defendiendo los caducos conceptos de la soberanía del Estado. En cambio, nosotros hemos realizado la más trascendente revolución social de la historia universal, la revolución que consiste en que todos los países menos Alemania deben renunciar a su soberanía, en que al más absurdo

nacionalismo alemán y al desvarío de la superioridad racial germana se les dé el nombre de Europa, y en el establecimiento de un sistema monopólico de saqueo, tan descarado como jamás lo ha conocido la historia del imperialismo.

Radioescuchas alemanes, el descubrimiento de Europa por los nazis no sólo es un descubrimiento fallido sino, sobre todo, tardío. Esos criminales provincianos empiezan a charlatanear sobre Europa en el momento en que esta idea ha comenzado a tomar un tufillo provinciano. Ese hombre a quien el Führer de la juventud, Schirach, llama «el achacoso anciano de la Casa Blanca», Roosevelt, está más a tono que él con la realidad de nuestro tiempo cuando declara: «La vieja expresión “Civilización Occidental” no es ya una denominación adecuada. Los acontecimientos del mundo y las necesidades comunes de la humanidad van en camino de unir las culturas de Asia, Europa y las dos Américas para formar, por vez primera, una civilización mundial».

29 de noviembre de 1942

Acontecimientos bélicos de noviembre

Se inicia el día 2 la Operación Supercarga, y los Aliados rompen las líneas del Eje en El Alamein. El día 8 se inicia la Operación Antorcha, con la cual Estados Unidos invade África del Norte. Ese día, en un discurso a la «Vieja Guardia» del Partido, Hitler elimina todo prospecto de una paz negociada. En este discurso habla de que se trata de una guerra para garantizar la existencia misma del pueblo alemán, tema que toca Thomas Mann —para refutarlo— numerosas veces en *Deutsche Hörer!* El 11, alemanes e italianos invaden la Francia de Vichy no ocupada. Ese mismo día tropas británicas entran en Libia. El 13 capturan Tobruk. El 19 da comienzo la contraofensiva soviética en Stalingrado. Tres días después, los 220 mil soldados alemanes del 6.º Ejército son rodeados. El 23 Hitler decide enviar abastecimientos por aire al 6.º Ejército, que apenas tiene con qué sostenerse; prohíbe que se intente romper el cerco y abandonar la posición. El día 27 la flota francesa es hundida en Toulon. El 30 la feroz resistencia alemana detiene el avance aliado en África del Norte.

¡Radioescuchas alemanes!

Entre las mentiras del monstruo —que todavía por algún tiempo, aunque no mucho— se hace llamar «el Führer de Alemania», la más indignante es la mentira «europea», el vil robo de la idea de «Europa», la cínica pretensión de justificar sus atracos y asesinatos como una acción de unificación inspirada en el espíritu europeo. El presentar la esclavitud, la humillación y la castración de las naciones europeas bajo el yugo nazi como la unificación de Europa ha sido la más grotesca falsificación del pensamiento europeo, y ello nos ha preocupado porque siempre existe el peligro de que entre ustedes haya algunos de mente y de corazón flojos que sucumban al engaño

y confundan la falsificación con la idea auténtica, y una mentira caricaturesca con la verdad.

Sin embargo, ese peligro se ha desvanecido y el propio embuste del «nuevo orden» se ha disipado como el humo llevado por el viento ante la noticia —que dio a conocer antes que nadie Radio Vichy— en torno al hundimiento de la flota francesa en Tolón por sus propios comandantes y tripulaciones. Antes que permitir que esos barcos cayeran en manos de los nazis, los marinos franceses prefirieron sepultar en el mar lo que era su amor y su orgullo, sin escatimar siquiera sus propias vidas. Se trata de una acción trágica, de la cual hablará perdurablemente la historia para honor de la Francia humillada, y de una acción, asimismo, que descubre al mundo entero toda la farsa del «nuevo orden» y pone de manifiesto ante el mundo y ante ustedes, alemanes, su rotunda bancarrota.

Para nosotros, esa bancarrota era evidente desde hace mucho tiempo. Desde el primer momento supimos que esa maldita banda de verdugos que son los nazis era la que menos podía instaurar en el mundo un orden nuevo, una paz entre los pueblos, una colaboración entre las naciones. Pero había muchos que necesitaban una prueba tangible, por la sencilla razón de que no habían sufrido en carne propia la realidad del nacionalsocialismo. Esto, el sufrirlo en carne propia, parece cosa necesaria para comprenderlo, y ello porque sin experiencia inmediata y tangible, la naturaleza humana se resiste a creer en una masa tal de vergonzosa infamia y de bestial rebajamiento. Como el mundo social atraviesa, en la actualidad, una crisis de desarrollo que entraña muchos dolores y causa considerable desconcierto por doquier, hubo y posiblemente todavía habrá hoy muchos que piensan: «Al final, ese Hitler será quien nos traiga orden, seguridad y paz… Y en último extremo, lo mejor será someterse a él». ¿No habían pensado eso mismo ustedes, alemanes? ¡Entonces, es preciso vivirlo! Es preciso llegar, a través de los infiernos de odio, miseria y desesperación sin límites, hasta lo humanamente insoportable que la dominación nazi ha provocado, para aprender su lección y comprender que hay algo en el mundo a lo cual es preferible cualquier cosa, y que ese algo es el nacionalsocialismo.

Los noruegos, quienes llevados por su ingenuidad, saludaron la entrada de las tropas alemanas agitando pañuelos desde las ventanas, ya saben lo

que es eso. Lo saben, asimismo, todos los pueblos caídos de Europa y, en forma terrible y total, el desgraciado y noble pueblo francés, para con el cual incluso tuvo al principio el gorila ciertas atenciones y rasgos de cortesía. Pero no ha podido desprenderse de su piel, y su popularidad en Francia puede juzgarse por el suceso extraordinario de Tolón, cuya importancia llega mucho más allá de su mera significación militar, porque revela la grave situación en que se halla la falsa Europa creada por los nazis.

Después de dos años de tentativas de colaboración, la Francia desesperada vuelve a estar en guerra con Alemania, tanto en la metrópoli como en las colonias: ése es el significado del hecho al que aludo. Y no hay duda de que se trata de un hecho aleccionador porque viene a revelar que una Alemania victoriosa jamás podría pacificar al mundo. Todos los hombres de criterio, fuera y dentro de Alemania, siempre se dieron cuenta de esa verdad, y ahora hasta los menos perspicaces perciben que la victoria de los nazis sería para la propia Alemania una desgracia más terrible que la derrota hacia la cual le lleva un imbécil fanático. Esa victoria sería insoportable e insostenible. Su consecuencia más segura e inmediata sería eso con lo que los amenaza la propaganda nazi si ustedes resuelven no seguir defendiendo a una miserable pandilla de asesinos y deponen las armas: el aniquilamiento del pueblo alemán, su expulsión de la comunidad humana.

27 de diciembre de 1942

Acontecimientos bélicos de diciembre

El día 2, Enrico Fermi pone en funcionamiento un reactor atómico en Chicago. El 13, Rommel se retira de El Agheila. El 16 los soviéticos derrotan las tropas italianas que se encuentran en el río Don en la Unión Soviética. Al otro día el Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, Anthony Eden, informa a la Casa de los Comunes acerca de ejecuciones en masa de judíos por los nazis. El día 18, Estados Unidos declara que estos crímenes serán vengados. Al otro día, Hitler una vez más se niega a permitir que el 6.º Ejército —cuyas fuerzas, a esas alturas, han sido enormemente disminuidas— rompa su cerco en Stalingrado para escaparse y reunirse con el 57.º Cuerpo de Panzers, a más de 50 kilómetros al sudeste. El día 31 se da la Batalla del Mar de Barents entre naves alemanas y británicas.

¡Radioescuchas alemanes!

Los discursos de Hitler pasan, al ser traducidos al inglés, por un apreciable falseamiento en su favor. Pero si el lenguaje resulta más moderado, ello no puede afectar al espíritu, que permanece intacto, con todo su error y, por ese motivo, los leo en inglés casi siempre con detenimiento y no, desde luego, por placer sino para ver cómo es la cabeza de un conquistador moderno y hasta qué grado puede descender el espíritu humano.

Ambas cosas, conquista y descenso del espíritu, son una y la misma cosa. El fenómeno Hitler, que en la actualidad presenciamos, no es sino la decadencia y la ruina del espíritu de conquista. Es la forma última y tardía del tipo de conquistador desprovisto de todos sus rasgos nobles, y que sólo conserva lo odioso y lo repugnante. Ése es el aspecto que hoy nos presenta.

Su degeneración revela que no va con nuestra época. Después de Hitler, no habrá ya ningún conquistador. Ha llevado esa función a tal extremo, la ha agotado de tal modo, que la humanidad se verá definitivamente libre de ella.

Pues bien, recuerdo que este nuevo Genghis Khan —en uno de sus últimos discursos— se mostraba amargado por la injusta valoración que se hace de las victorias y las derrotas de su guerra de conquista. Contempla, lleno de rabia —y no se explica cómo es posible— que las derrotas de sus enemigos aparecen a los ojos de los hombres envueltas en un halo de gloria, mientras que sus propias victorias tienen un no sé que de opaco y deslucido y nadie las celebra ni les presta mayor atención. «Nuestros modestos triunfos —dice con estúpida amargura— no se pueden comparar, naturalmente, con eso que nuestros adversarios llaman victorias. Cuando avanzamos mil kilómetros y llegamos hasta el Don y hasta Stalingrado, que no tardaremos en tomar, eso no vale nada. Y tampoco vale nada el alcanzar el Cáucaso y poner el trigo de Ucrania a disposición de la Europa alemana, y el tener en nuestro poder el carbón de la cuenca del Don, y adueñarnos del 70 por ciento del hierro ruso. En cambio, Namsos en Noruega y Dieppe y, sobre todo, la fuga de los Ingleses de Dunkerque, ésos sí que son hechos gloriosos y acciones dignas de perpetua memoria, y eso celebran como victorias suyas estos idiotas del arte militar».

No son victorias, en eso tiene razón. Churchill lo dijo antes que él cuando poco después de lo de Dunkerque, declaró sensatamente que con retiradas no se ganan las guerras. Pero esa furibunda extrañeza que muestra el tirano ante las derrotas estoicamente soportadas y ante la simpatía y admiración que despiertan, frente a los inevitables triunfos iniciales de su aparato de conquista preparado con tal anticipación, esa extrañeza, digo, inferior y carente de toda nobleza, es sumamente característica y seguirá siendo su destino innato, incluso cuando, una vez que desaparezca la ventaja que llevaba y se le vuelva la hoja, trate de imitar a sus enemigos y comience a ir tomándoles gusto a sus derrotas.

Rommel, audaz jefe de bandas nazis, después de una serie de golpes afortunados ha sido vencido en África por el Octavo Ejército inglés. Era el preludio de sucesos que todos ustedes conocen. Sin embargo, la prensa de

Goebbels ha de presentar al público alemán la huida del derrotado con los restos de su ejército hacia Trípoli como un golpe maestro que conforta y entusiasma, mas glorioso que todas las victorias, una acción de contornos casi épicos, e invocará toda la grandeza de la historia para loar el infortunio sufrido al servicio de Hitler.

Pero eso no ocurre, ilustre plumífero. Con las derrotas alemanas no se puede hacer nada. La causa de Hitler se apoya tan sólo en éxitos tajantes y desnudos. Si ellos cesan, si se vuelven del otro lado, como ahora sucede, esa causa está perdida y de ella no queda más que vergüenza y sarcasmo. No puede ser ya base de un Estado. Ustedes jamás celebrarán un Dunkerque. La derrota de un general nazi es cosa tan brutal y antipática como lo eran sus victorias. La humanidad aparta de ahí los ojos, y ninguna canción lo celebrará.

15 de enero de 1943

Acontecimientos bélicos de enero

El día 2 los alemanes empiezan su retirada del Cáucaso. El 8 se inicia el levantamiento en el gueto judío de Varsovia. El día 10 se inicia la ofensiva soviética final en Stalingrado. El 13, un Decreto del Führer ordena a todas las mujeres entre los 17 y 50 años de edad a reportarse para ser incorporadas al esfuerzo bélico. Del 14 al 24 se lleva a cabo la Conferencia de Casablanca entre Churchill y Roosevelt para delinear estrategias; en esta conferencia Roosevelt anuncia que la guerra puede terminar sólo con la rendición incondicional de los alemanes. El 18, las tropas alemanas inician una contraofensiva en Túnez. El 22 cae la pista aérea que aún tenían los alemanes cerca de Stalingrado. El 23, el 8.º Ejército de Montgomery detiene la ofensiva alemana y toma Trípoli. El 26, los soviéticos rompen en dos el 6.º Ejército Alemán en Stalingrado. El día 27 se lleva a cabo el primer bombardeo norteamericano de Alemania en Wilhelmshaven. El día 31 el general Paulus —dentro de la mitad sur del 6.º Ejército, y sin permiso de Hitler para poder romper el cerco y escaparse— se rinde en Stalingrado, en contra de las órdenes expresas de Hitler, quien en esos momentos desea convertir a los 220 mil soldados cercados en mártires de la causa alemana y ejemplos para la juventud.

¡Radioescuchas alemanes!

En estos días se cumplen diez años del ascenso del nacionalsocialismo al poder. ¿Qué han traído esos años sombríos al pueblo alemán? Sólo hay una respuesta que lo dice todo: la guerra. Esta guerra, tal como hoy aparece, y tal como habrá de terminar para el pueblo alemán. La guerra de Hitler, en la cual se desangran millones de sus hijos y la cual azota a todo el continente —incluida Alemania— es el único resultado efectivo de esa década. En ella desemboca y a ella conduce todo. Lo demás, cualesquiera que sean sus nombres engañosos, empezando por el propio falso nombre de «movimiento», no fue más que preparación y reconstrucción sistemática

para la loca y ruinosa aventura de esta guerra que su Führer, alemanes, sin duda se había imaginado que presentaría un cariz muy distinto del que hoy muestra: una lucha desesperada en la cual Alemania acumula crimen sobre crimen y cuyas consecuencias habrá de pagar quién sabe por cuánto tiempo.

Todos los pretendidos beneficios que dice haber reportado el régimen a Alemania muestran su verdadera faz a la luz de ese resultado; aparecen así reducidos al absurdo, incluso para aquellos obcecados que al principio vieron en ese sistema otra cosa que engaño, locura o infamia. Se dice que Hitler liberó a Alemania del desempleo. Sí, a fin de fabricar armamentos para la guerra. El nacionalsocialismo resuelve las cuestiones sociales mediante la guerra. Se dice que Hitler realizó la unión de Alemania en una forma que ésta jamás había conocido antes y que realizó el socialismo al crear una comunidad del pueblo alemán. Esta comunidad del pueblo era la dictadura de la chusma, un espantoso terror de partido que trajo consigo la ruina moral, la corrupción del hombre, el envilecimiento de la conciencia y el aniquilamiento de los lazos más nobles y más dignos, en un grado como jamás lo ha sufrido pueblo alguno. Y esa dictadura en todo se apoyaba y todo lo utilizaba menos la bondad del hombre. En la actualidad vemos el aspecto que ofrece la tan decantada comunidad del pueblo que 700 mil pretorianos han de mantener sujetos no sólo al pueblo anhelante de paz, sino también al desangrado ejército nacional.

¿Y el socialismo? Su socialismo consiste en el enriquecimiento de los primates, la transformación del partido nazi en un gigantesco *trust,* opulento como Goering. Y, asimismo, en la maravillosa institución «Fuerza por la alegría», que no es sino la expedición hacia hermosas comarcas de rebaños de obreros, carentes de todo derecho. ¿Pero no habíamos quedado en que el nacionalsocialismo limpió al país de la corrupción republicana y liberó a Alemania de la vergüenza y la ignominia, restaurando su consideración y categoría en el mundo y devolviéndole su honor? Todo el mundo sabe en Alemania que comparadas con indignante corrupción del régimen nazi, el par de pequeñas inmoralidades de la república —que necios procesos vinieron a exagerar desmesuradamente— eran pura inocencia.

¡Y luego lo del honor alemán! Han arruinado la dignidad de la ciencia, han pisoteado el sentido y el derecho, han reducido al juez alemán a la

condición de siervo de los intereses del partido. Han hecho que nadie crea en la palabra de los alemanes por las frecuentes violaciones de tratados y la desvergüenza con que se ha faltado a los compromisos de honor y por la infame concepción de la política como una esfera de absoluto cinismo. Han convertido el nombre de *alemán* en sinónimo de horror, de crueldad vil, de afanosa rapiña, de despiadada violencia. Esto ha ocurrido en forma tal que los pueblos llegarán a olvidar todo lo bueno, grande y amable que antaño ofreció el espíritu alemán a la humanidad, hundido en el mar de odio, cuyas olas avanzan impetuosas sobre ustedes, que tratan de contenerlas con desesperados esfuerzos, con «fuerza por el temor», para que no los traguen y aniquilen. Ésta es la peregrina manera en que han «devuelto el honor» a Alemania, éste es el balance que arrojan diez años de nacionalsocialismo. Me alegra que sólo me hayan dado cinco o seis minutos para hacer este balance. La historia será mucho más minuciosa.

24 de enero de 1943

¡Radioescuchas alemanes!

Los nazis empiezan a hablar de sus decadencias y a pintarse a ellos mismos —y a nosotros— con encendidos colores.

La idea de su retorno a la sombra no puede serles nueva: al comienzo de su dominación debieron contar con que el mundo civilizado llegaría a darse cuenta, un día, del peligro que para él significaban y de que aquello no era un gobierno, sino una pandilla de asesinos a cuyas actividades se pondría fin, pronto, mediante una acción conjunta. De lo contrario, no hubieran entonces armado tanto ruido sobre su caída ni declarado que ésta supondría la ruina del mundo, pues en aquellos tiempos se tenían aún por unos pobres diablos, por los osados aventureros, aprovechados de la crisis mundial que en realidad eran, y no les habría extrañado que su empresa viniera a evolucionar como un putsch de Kapp[3] en mayor escala. De entonces para acá han crecido y aumentado su fuerza rápidamente, en una forma que a todos ha sorprendido, incluso a ellos mismos. El concepto que, entre tanto, han llegado a formarse de sí mismos y hasta qué punto se estiman culpables, es algo que nos muestran las descripciones que de antemano nos ofrecen sobre su fin, y con las que pretenden horrorizarnos.

Al principio, se trataba de sombrías advertencias dirigidas a Inglaterra y a sus aliados para que no les hicieran la vida imposible, pues de lo contrario sucederían cosas que nadie era capaz de imaginar. «Ustedes, hijos de la civilización —llegó a decir Goebbels— carecen de fantasía para las atrocidades y no pueden imaginar aquello de lo que somos capaces. No

acaban de caer en la cuenta y nosotros, por lo demás, tampoco se lo diremos. Pero llegado el caso, lo haremos de una manera que parecerá increíble. ¡Tengan cuidado! Lleguen a un acuerdo con nosotros y hagan la paz, para que podamos salir de esta guerra, que Dios sabe que llevamos camino de perder. A la gente de nuestra calaña es mejor no conducirla a la desesperación; de otra manera, haremos algo gordo».

Pero de nada valdría. De aceptar un arreglo, habría que entregarles como botín Europa y África. Con estos sujetos no es fácil ponerse de acuerdo. Si vencen, sumirán al mundo en un horror sin precedentes. Si son vencidos, aseguran que en el último momento realizarán algo espantoso e inaudito. Amenazan con hacer volar la casa. Así lo ha dicho textualmente Goebbels en «Reich»:

«Si llega un día en que tengamos que irnos, si un día nos vemos obligados a abandonar el escenario histórico, daremos tal portazo al marcharnos que haremos temblar el orbe entero, y la humanidad quedará petrificada de terror».

Yo, por mi parte, pienso que el mido de ese portazo deberá ser subrayado por un magno concierto de silbidos del auditorio mundial, pues jamás se han visto peores actores que la compañía de estos sanguinarios cómicos de la legua. Pero ¿qué concepto tendrá de sí este hato de apocalípticos piojosos para creer que su final habrá de ser como un crepúsculo de los dioses? Una serie de circunstancias internas y externas se conjugaron, de la manera más lamentable, para que ellos se adueñaran del poder en Alemania y lo detentaran durante diez años y para que, en el exterior, cometiesen atrocidades incontables. Ahora pretenden hacer sonar trompetas solemnes y terribles, proclamando que una dominación como la suya «sólo puede ser llevada a la tumba con torrentes de sangre que oscurezcan el sol».

¡Vesánico! La libertad y la dignidad del hombre no pueden hundirse, los Aliados no pueden detenerse en la persecución de su objetivo de acabar con el azote nazi y liquidar el nacionalismo alemán y la manía racista. Y ello ha de venir, por mucho que griten los nazis, pues sería infinitamente peor lo que impondrían si se concertase un acuerdo con ellos. Sus advertencias y amenazas no causan el menor efecto en los pueblos libres. Pero ustedes,

alemanes, obreros y soldados alemanes, tienen que saberlo. Alemania ha llegado demasiado lejos y también ha llegado demasiado lejos la opinión del mundo sobre el pueblo alemán que permite, sin indignarse, que en su nombre se cometan tantos y tan espantosos crímenes. A los nazis les importa un bledo Alemania y sólo piensan en su pellejo. ¿Dejarán ustedes que los dominen libremente hasta el último instante? ¿Permitirán que las cosas lleguen al extremo para ustedes y para Alemania? ¿No evitarán la insensatez antes de que ellos, desesperados, superen todos sus crímenes y vilezas de modo que las cosas lleguen a tal extremo que sea definitivamente imposible una paz moderada que se inspire en el espíritu de la reconciliación?

Goebbels advierte. ¡La advertencia también vale para ti, pueblo alemán!

23 de febrero de 1943

Acontecimientos bélicos de febrero

El día 2 de febrero se rinde lo que quedaba de la parte norte del 6.º Ejército Alemán, y con ello concluye la Batalla de Stalingrado. *[Habían muerto alrededor de 100 mil soldados alemanes; otros 113 mil fueron presos; sólo unos cuantos miles sobrevivirían su cautiverio]*. El día 8 las tropas soviéticas toman Kursk. Al otro día el Ejército Rojo vuelve a capturar Belgorod. El día 11 el general Eisenhower es nombrado comandante en jefe de los Ejércitos Aliados en África. Entre el 14 y el 25 transcurre la batalla del Paso de Kasserine entre la Primera División Armada de Estados Unidos y los Panzers alemanes. El día 14 las tropas soviéticas vuelven a capturar Rostov. El 16, los soviéticos retoman Jarkov. El 18, los nazis arrestan en Munich a los líderes de la resistencia conocida como la «Rosa Blanca». El 22 tres de estos conspiradores son juzgados y guillotinados el mismo día; otros tres, algunos meses después; todavía otros reciben condenas largas.

¡Radioescuchas alemanes!

En la historia se dividirá la opinión sobre qué era más repugnante, los hechos de los nazis o sus palabras. Difícil será saber cuándo detestará más la humanidad a esta gentuza: cuando mintió o cuando dijo la verdad. En ciertas bocas la verdad se convierte en mentira, en un medio para engañar y, a la inversa, se puede mentir con la verdad. Goebbels y los suyos se han dedicado últimamente a amar la verdad, lo cual en su caso, es tan sólo una nueva forma de mentira. La sinceridad sin reservas con que informan al pueblo alemán sobre el desastre en Rusia —el cual, por cierto, es uno de los fracasos más catastróficos en la historia de la guerra— es cosa realmente asombrosa y estupenda. Nada se ha ocultado respecto al espantoso final que ha tenido el sitio de Stalingrado (si se exceptúa el hecho de que el único y

personal responsable de esta catástrofe ha sido el Führer Hitler). Cuando se dio la noticia por la radio, no se tocó el himno del partido, «la Canción de Horst Wessel», lo que acaso hubiera producido una impresión desfavorable, sino «Yo tenía un camarada». Se ordenó un duelo general de cuatro días, un duelo por los crímenes inútiles del régimen nazi: una vil parodia del duelo verdadero que siente el pueblo por el insensato sacrificio de decenas de miles de sus hijos. Lo que pudiera convertirse en indignación, desesperación, rebeldía, se hunde en el duelo. ¡Todos nos llenaremos de duelo, conductor y descarriados, y entonaremos el «Yo tenía un camarada»!

Ese repugnante resto de veracidad se debe a que en este caso resulta conveniente. Querían, ante todo, utilizar el patriotismo del pueblo para salvar al régimen mediante una movilización de las últimas fuerzas, iniciar una *levée en masse,* con lo cual más que los dudosos resultados concretos de este último llamamiento se buscaba, con la emoción que esto produciría, desviar la atención de las masas. Pero —en segundo término y sobre todo— se quiso presentar la victoria rusa y la catástrofe nazi con toda franqueza y crudeza y aun exagerándolas, para asustar al mundo anglosajón con el «peligro rojo», con la inundación del continente europeo por el bolchevismo. El incoherente mensaje que Hitler hizo leer en ocasión del décimo aniversario de su ascenso al poder está lleno de urgentes advertencias de ese carácter, de vuelos a la manera del vuelo de Rudolf Hess, de carácter retórico, con la terca esperanza de que Inglaterra y Estados Unidos todavía se pongan de su lado en contra del «Asia Central», es decir, de Rusia. Porque si el Asia Oriental, o sea el Japón, su aliado, es excelente, en cambio el Asia Central, o sea Rusia, a la que ha atacado estúpida y cínicamente, es el gran enemigo del orbe. Él mismo, Hitler, es la encarnación de la más noble, delicada, exquisita y cultivada Europa, mientras que el país de Pushkin, Gogol y Tolstoy es una tierra de hunos, cuyas hordas tratan de sumir al continente de Hitler en una «barbarie inimaginable».

Esta burda patraña no servirá de nada. Los nazis tienen la manía de hacerse pasar por hombres de mundo y distinguidos, y así Goering ha lanzado una indirecta que, por voluminosa, es digna de él: «¡Concluiremos la paz con caballeros, pero jamás con los soviets!». ¿Aún no se han dado

cuenta de que con ellos nadie concertará la paz ni la democracia en el socialismo, que la paz vendrá después de que ellos se vayan? Y en lo tocante al peligro rojo, Stalin ha declarado, en su discurso del 6 de noviembre de 1941: «Nuestro objetivo supremo es liberar a la tierra rusa y a sus habitantes del yugo nazi alemán. No perseguimos ni podemos perseguir propósitos tales como el de imponer nuestra voluntad y nuestro sistema de gobierno a los eslavos o a los otros pueblos sublevados de Europa». Por medio de su embajador Maisky, ha manifestado: «La Unión Soviética defiende el derecho de toda nación a su independencia e integridad territorial… así como el derecho a implantar el orden social y elegir la forma de gobierno que estime conveniente y necesaria». Y con respecto a Alemania ha dicho: «Un Hitler llega y pasa, pero el pueblo alemán y el Estado alemán permanecen». Tiene, sin duda, el propósito de castigar a los hombres que tantos dolores han causado a su país, pero sus labios no han pronunciado una sola palabra de amenaza ni de deseo de exterminar al pueblo alemán. ¿Fue acaso Rusia la que atacó a Alemania, o fue al contrario? Tal vez no esté lejos el día en que el pueblo alemán encuentre en el pueblo ruso a un amigo sabio.

28 de marzo de 1943

Acontecimientos bélicos de marzo

Entre los días 2 y 4 se libra la Batalla del Mar de Bismarck. Son hundidos 13 barcos mercantes japoneses y siete destructores; mueren 15 mil japoneses. El día 2 los alemanes inician su retirada de Túnez. El general Rommel es reemplazado por el general von Arnin como comandante en jefe de las fuerzas alemanas en Túnez. El 15, los alemanes recapturan Jarkov; mueren más de 50 mil tropas soviéticas. Entre el 16 y el 20 submarinos alemanes hunden 27 naves mercantes en la Batalla del Atlántico. Del 20 al 28 el 8.º Ejército de Montgomery rompe la Linea Mareth en el sur de Túnez. El 21, Hitler se dirige al pueblo alemán en ocasión del «Día de Conmemoración de los Héroes»; sólo lo haría una vez más ese año *[el 8 de noviembre];* se trata de uno de sus más breves y menos afortunados discursos en cuanto a retórica.

¡Radioescuchas alemanes!

En el promotor de la Segunda Guerra Mundial, en el Führer de todos los alemanes, hay algo que no anda bien. Hace ya tiempo que tal cosa se conjetura, pero últimamente esa conjetura parece tener más visos de verdad. El discurso que pronunció en la Zeughaus de Berlín, y al final del cual por cierto no hubo aplausos, quizá por orden expresa, sólo duró 15 minutos. Este indicio resulta inquietante. Sus discursos jamás habían durado menos de una hora y media. El rico espíritu de Hitler tenía tantas cosas buenas, sabias y benéficas que comunicar al pueblo alemán y al mundo entero, que no le bastaba menos tiempo. Ahora, en cambio, tan sólo un mísero cuarto de hora, mísero no sólo en cuanto al tiempo sino también al contenido. ¿Quiso, acaso, «aportar la prueba» —como se dice ahora en Alemania, en

vez de «probar»— que lo mismo se puede poner de manifiesto la vaciedad espiritual en 15 minutos que en 90? Pero no basta esta explicación. Era fácil ver el desgano con que Hitler pronunciaba su discurso. Podía verse que sólo lo hacía porque, después de varios meses de aplanador silencio, se consideraba necesario que el supremo señor de la guerra diese señales de vida. Y, con todo, justamente como señal de vida, resultó muy poco satisfactorio. Reflejó en forma patente un ánimo deprimido, si no quebrantado. No hubo rugidos ni espumarajos ni gritos: nada para levantar el corazón y el ánimo, nada del artificio y los trucos de ese cómico de la legua austriaca. Fue tan aburrido como breve, y diríase que el orador hablaba sin sentir lo que decía, como si leyera palabras de otro. «La crisis del frente ruso ha sido superada, las pérdidas alemanas son relativamente moderadas y, gracias a la movilización total que se ha dispuesto, queda asegurada la victoria final sobre el enemigo del mundo, el judaico-comunista». Eso fue todo, a pesar de lo cual podrían hacerse muchas observaciones, con un criterio puramente objetivo. Por ejemplo, en lo tocante a las pérdidas relativamente moderadas de los alemanes, nuestro amigo dio una cifra que, en efecto, resulta moderada en comparación con la realidad. Pero eso no vale la pena. La convicción de que ya nadie le hace caso lo excusa de la obligación de formar objeciones. Y hasta la inesperada brevedad y la mecánica monotonía de su oración parecen dar a entender que él mismo comparte ese sentimiento. Es, pues, presa de grave desazón, de profunda rabia. La causa de ello no sólo es el fracaso de sus intuiciones en Rusia, y el hecho de que haya tenido que volver a echar mano de los mismos generales a los que tan afrentosamente había depuesto para salvar lo que aún pueda salvarse, sino que su abatimiento nace de la convicción de que ha perdido la partida, de que se le deja hundirse, de que incluso los «Quislingues» del exterior que se habían apoyado en él, lo mismo que los alemanes traidores a su pueblo, se alejan al verlo perdido, y de que sus palabras carecen de valor y ya ni siquiera suenan, como si las pronunciara en una sala sin aire. La guerra puede ser larga y dura, pero el mundo ya está libre de Hitler y de su guerra, y él lo sabe bien. Las palabras que suenan y a las cuales se presta atención, porque preparan el mundo de la postguerra, vienen de Inglaterra, de Rusia, de Estados Unidos y de China. Sea cual

fuere la fisonomía que ese mundo llegue a presentar, es seguro que él y su régimen no serán tomados en cuenta en los proyectos que con tal objeto se elaboran, y los que él aún osa declarar sobre el particular se reciben con un encogimiento de hombros.

Esto es un gran bien para la humanidad. Constituía una vergüenza sin par, para ella, el haber tenido que hacer caso durante varios años a ese lamentable intelecto, a esa alma descarriada. En estos días he releído un recorte de un periódico de los tiempos angustiosos en que el régimen nazi, de manera increíble, se afianzó en Alemania. En él se habla del congreso del Partido celebrado en Nuremberg en el año de 1934, cuando el Führer solamente pronunció 12 discursos, entre ellos uno que llamó su «gran discurso cultural». La guerra, sin duda, es algo espantoso, pero hay que conceder que al menos nos ha acarreado el inmenso beneficio de librarnos de los discursos culturales de Hitler. En plena embriaguez de poder, el pobre diablo llegó a decir cosas como ésta: «Todavía 20 años atrás la representación artística de la velocidad de un cuerpo se hacía poniendo la punta hacia adelante y la parte gruesa hacia atrás. Dentro de 20 años, la sensibilidad estética identificará decididamente la representación de la velocidad en la forma contrapuesta, la de la gota. Y es que el artista siempre se adelanta en intuición de esas legalidades naturales tanto de la ciencia como de la humanidad en general. Su deber es procurar que la intuición y el entendimiento que Dios le dio sirvan para hacer avanzar a la humanidad y no para conducirla de nuevo hacia atrás…». Se cierran las comillas. Bazofia de tal género tenía que tragar por entonces el mundo, y no sin cierto respeto. Tal vez la gente se sonreía, lo mismo en Alemania que en el extranjero, mas pensaba a la vez que el hecho de que un sujeto se expresara en materia de estética con cierta mentecatez no obstaba para que fuese un gran estadista. ¡Pobre mundo, tan inclinado siempre a la esperanza! No veía el conjunto de la personalidad. Reprimía su pensamiento, de acuerdo con el cual debiera haber dirigido su conducta, de que la política de ese individuo era una basura igual a la de su filosofía de la cultura, aunque, por desgracia, se manifestara no sólo en palabras sino en la propia carne y sangre de los pueblos.

Gracias a Dios, el mentecato no habla ahora ya sobre la estética de la gota sino sobre el pluto-bolchevismo y aun eso apagadamente y sólo por 15 minutos. Mas el nacionalsocialismo, que se identifica con la representación de la gran velocidad, cae, con el extremo más grueso por adelante, en el polvo, para extinguirse en él.

25 de abril de 1943

Acontecimientos bélicos de abril

A principios de abril Hitler pasa cuatro días con Mussolini en Klessheim para levantar el ánimo al Duce, a quien ve como un «viejo quebrado». El día 6 las fuerzas del Eje en Túnez comienzan a retirarse hacia Enfidaville mientras se unen las tropas norteamericanas y británicas. Éstas atacan al 5.º Ejército Pánzer de Von Arnin en Túnez. Tropas alemanas, bajo el general Von Weichs, comienzan una ofensiva contra el Cáucaso, atacando el puerto de Novorossisk en el Mar Negro. El 7, Bolivia declara la guerra al Eje. El día 12 Martin Bormann recibe el título de «Secretario del Führer». El 19 la Waffen SS ataca a la resistencia judía en el gueto de Varsovia. El 26 Stalin interrumpe todo contacto con el gobierno polaco en el exilio.

¡Radioescuchas alemanes!

Hoy deseo hablarles de un libro que deberá aparecer este otoño y que también ustedes leerán un día, pero sólo después que los pueblos puedan leer lo que quieran. No es más que un libro de cuentos, pero es original. Ha encontrado gran demanda en el mundo entero. Ya tienen sus derechos editores en cinco idiomas. Los traductores están poniendo manos a la obra y el cine ya lo espera. Aparecerá en inglés en Simon & Schuster en Nueva York, y asimismo en Londres. Aparecerá en francés en Canadá, y en español en la América del Sur, en sueco y en alemán en Estocolmo. Es una compilación de cuentos, pero no escritos por uno solo sino por diez autores, y entre ellos se encuentran los nombres de Sigrid Undset, de Jules Romains, de Franz Werfel, de la inglesa Rebecca West y del norteamericano Bromfield. Sin embargo, estos cuentos están escritos sobre un solo y mismo

tema, un tema actual: son los Diez Mandamientos. Es un libro de ficción, pero determinado por los acontecimientos de nuestra época.

En ese libro, los diez autores hacen pasar, uno tras otro, los diez mandamientos que fueron dados como ley moral fundamental a la humanidad en los tiempos primitivos. Además, exponen, punto por punto, los ultrajes blasfemos que hoy infligen a esta ley fundamental de la decencia humana las potencias contra las cuales, de haber largo tiempo vacilado, se levanta un mundo aún apegado a la religión y al sentimiento de humanidad. En otros términos, el libro trata de la guerra y de lo que está en juego y de allí viene su gran demanda.

Quien les habla escribió el comienzo del libro, la introducción. También ella no es más que un cuento, pero no un cuento que ocurre en el presente, como los otros relatos, sino en los tiempos primitivos. Es la historia de Moisés, hijo de Amram, la historia, representada con toda naturalidad, del hombre que recibió el Decálogo, la suma de la ley moral de la humanidad y, que descendiendo del monte Horeb o Sinaí lo transmitió a los pueblos. Las palabras que pronuncia, al poner en manos de su pueblo las Tablas de la Ley, se inscriben perfectamente en el marco de los mensajes que yo les dirijo. Radioescuchas alemanes, así podrán tener conocimiento de ello antes que los lectores que, antes que ustedes, tendrán en manos este libro de historia tan actual:

«En la piedra de la montaña —dice Moisés— grabo el ABC de la sabiduría humana, pero también tú lo grabarás en tu carne y en tu sangre, Israel, para que cualquiera que infrinja una de esas 10 palabras sienta un secreto espanto ante sí mismo y ante Dios, y para que su corazón se hiele porque ha transgredido los límites fijados por él. Bien sé, y Dios lo sabe de antemano, que Sus mandamientos no serán observados y que se pecará, sin cesar y por doquier, contra sus palabras. Sin embargo, se helará el corazón de todo el que infrinja una de ellas, porque fueron inscritas igualmente en su carne y en su sangre y sabrá bien que las palabras cuentan.

»Pero ay del que se levante y diga: “Esas palabras no valen ya”. Ay de quien os diga: “¡Levantaos y seréis liberados de ellas! Mentid, asesinad y saquead, fornicad, ultrajad y entregad al padre y la madre al cuchillo, pues eso sienta bien al hombre, y glorificad mi nombre porque yo os he

predicado la libertad”. Ay del que levante un becerro y os diga: “¡He aquí vuestro Dios! ¡Haced todo eso en su honor y danzad una ronda diabólica en torno de esa obra miserable!”».

Él será muy poderoso, se sentará en un trono de oro y pasará por sabio entre los sabios, pues sabe que, desde la niñez, los deseos del corazón humano son malos. Pero ésa será toda su ciencia, y el que no sepa eso estará tan ciego como la noche y más le valdría no haber nacido. Así, no sabe nada de la alianza concluida entre Dios y los hombres que nadie, ni el hombre ni Dios, podría quebrantar, pues es inviolable. Correrán mares de sangre provocados por su tenebrosa estupidez, mares de sangre hasta el punto de que palidecerá el rostro de la humanidad, pero ésta tendrá que actuar de una sola manera: será necesario abatir al bandido. «Y levantaré el pie —dice el Eterno— y lo aplastaré en el lodo. A 112 toesas en las profundidades de la Tierra Yo hundiré a ese blasfemo, y hombre y animales se apartarán del lugar en que lo habré hundido, y los pájaros en el cielo se desviarán para no volar sobre el lugar. Y todo el que pronuncie su nombre escupirá a los cuatro vientos, se enjugará la boca y dirá: “¡Dios nos salve! ¡Que la Tierra sea de nuevo la Tierra, el valle de la necesidad, pero no la llanura del desenfreno! ¡Decid todos amén!”».

Y el pueblo entero dijo amén.

25 de mayo de 1943

Acontecimientos bélicos de mayo

Este mes se pierden 41 submarinos alemanes, con mil 336 hombres a bordo, la mayor pérdida mensual de la guerra. La eficacia de los *U-boote* decae gracias al uso del radar y a que la inteligencia británica empieza a descodificar las comunicaciones alemanas con sus submarinos. El día 4 los aliados inician la ofensiva final en Túnez. El 7 los aliados toman Túnez. El 13, las tropas alemanas e italianas se rinden en África del Norte, casi un cuarto de millón de soldados en total; sólo 800 logran escapar. El 16, concluye la resistencia judía en Varsovia y el gueto es destruido. *[Murieron en el levantamiento, según documentos nazis, 56 mil 65 judíos]*. Los días 16 y 17 se lleva a cabo un ataque aéreo británico en el Ruhr. El 18, los aliados comienzan el bombardeo de la isla de Pantelleria en el Mediterráneo para abrirse camino a la invasión de Sicilia. El 22, el almirante Karl Dönitz suspende las operaciones de los submarinos en el Atlántico Norte.

¡Radioescuchas alemanes!

Durante el verano de 1943, encontrándome yo en el mar Báltico, recibí un paquete, y al abrirlo sobre mí cayeron cenizas negras y papel carbonizado. El contenido era de un ejemplar quemado, apenas reconocible, de un libro mío, la novela *Los Buddenbrook*, que me había sido enviado por su propietario como castigo por haber expresado abiertamente, y a menudo, mis temores ante la inminente amenaza nazi.

Éste fue un ejemplo individual de lo que, un año después, el 10 de mayo de 1933, con gran pompa y simbolismo organizó el régimen nazi por toda Alemania: la quema ceremonial y en masa de libros de escritores liberales: no sólo alemanes ni sólo judíos, sino también americanos, checoslovacos, austriacos, franceses y, ante todo, rusos. En pocas palabras, en la hoguera se

volvió humo la literatura universal: una broma monstruosamente ominosa, triste y sombría de la cual, por cierto, obtuvieron buen provecho muchos de los jóvenes que en ella participaron, ya que de los libros allí llevados, muchos lograron escamotear algunos para de esta manera tener, de la manera más barata, una lectura provechosa.

Es bastante notable que, entre todos los hechos ignominiosos del nacionalsocialismo que ya forman una cadena larga y sangrienta, esta estúpida ceremonia sea la que mayor impresión ha dejado en el mundo, y la que probablemente durará más tiempo en la memoria de los hombres. El régimen de Hitler es el régimen de las quemas de libros, y así seguirá. El escándalo para la conciencia de la cultura europea fue enorme, y no cesará, mientras que en Alemania este acto de borrachera nacionalista ya ha quedado prácticamente borrado. Poco después, tras algunas dificultades burocráticas, se formó en Londres una «Society of the Friends of the Burned Books, on the Brook» [Sociedad de amigos de los libros quemados], presidida por H. G. Wells. Trabajó con grupos de emigrantes parisienses, y ofreció los medios para formar en París una «Biblioteca de la Libertad Alemana». En el primer aniversario del Auto de Fe, el 10 de mayo de 1934, fue inaugurada (y naturalmente, junto con todo su archivo antinazi, fue víctima de la Gestapo). Pero la fecha del 10 de mayo permanece imborrable en la memoria, al menos en la de los pueblos anglosajones, y el décimo aniversario de ese 10 de mayo ha provocado aquí, en América unas advertencias verdaderamente conmovedoras y profundamente vergonzosas para nosotros, los refugiados de Europa. Al mediodía se pusieron a media asta las banderas en la Biblioteca Pública de Nueva York y en 300 de las más grandes bibliotecas públicas del país, y en esos lugares hubo grandes reuniones para escuchar los discursos de representantes de la literatura y de la ciencia, sobre el atropello de los nazis y sobre lo inexpugnable del pensamiento de los hombres libres. El «Consejo de los Libros en Tiempos de Guerra» publicó un folleto que contiene una lista de los títulos más conocidos entre los libros quemados y prohibidos y lo envió a 30 mil bibliotecas, y además a todas las escuelas, *colleges*, universidades y librerías del país. La oficina de propaganda de Estados Unidos ha mandado hacer y amplificar unos carteles en que se

contesta a un símbolo con otro símbolo: en ellos puede verse como suben el humo y las llamas de la pila de libros de Hitler, el despreciador de la cultura. Un Comité para la «Restitución de los Libros Quemados y Prohibidos en Europa» —entre cuyos patrocinadores se encuentran los nombres más célebres del país— ha encargado una lista de las obras, que serán las primeras en volver a las bibliotecas de una Europa liberada. Noticiarios y charlas de los más conocidos comentadores de la radio pasaron por las redes radiofónicas y mencionaron la bárbara fiesta que desde hace diez años se le ha ofrecido a la vieja y culta Alemania. Reymond Gram Swing y Elmer Davis hablaron sobre el tema, como también hablaron Sinclair Lewis, Eve Curie y muchos otros. Y no digo nada de las exposiciones de las editoriales, de las discusiones y ceremonias que se celebran en muchas escuelas. En pocas palabras, el décimo aniversario de la quema de libros en Alemania se convirtió aquí en una conmemoración, en una demostración de grandiosa lealtad a la idea de la cultura y a las palabras: «No podéis matar el espíritu». Y nosotros los europeos tuvimos que volver a preguntarnos si el valor de la cultura occidental no se encuentra hoy mejor protegido de este lado del océano, si goza de más heroica protección que allá, entre ustedes.

Ante el aparente materialismo de este país, que junto con sus aliados se prepara a liberar el viejo continente de las manos de sanguinarios burgueses y supuestos revolucionarios que no son sino ladrones, afirman precisamente esos burgueses y verdugos de la cultura, que están defendiendo de la manera más idealista a la noble y vieja Europa. Desafinados wagnerianos hacen gestos como si tuviesen derecho de mirar de arriba abajo a la tierra de Walt Whitman. Y sin embargo será, mucho más en nombre de ésta, y no de la teatralidad postromántica del germanismo, en cuyo nombre hará sus votos el mundo venidero.

27 de junio de 1943

Acontecimientos bélicos de junio

El día 10 se emite el Instructivo «Pointblank» para mejorar la estrategia de los bombardeos norteamericanos. Al otro día Himmler ordena la destrucción de todos los guetos judíos en Polonia. Ese mismo día se rinde Pantelleria ante las fuerzas británicas. El 12, cae la isla italiana de Lampedusa. Se realizan los primeros lanzamientos de cohetes V1 contra Inglaterra el día 13. El 21, Jean Moulin —líder de la Resistencia Francesa— es traicionado por sus compañeros y apresado por la Gestapo. *[Después de largas torturas, muere en un vagón de ferrocarril, rumbo a Alemania, el 8 de julio]*.

¡Radioescuchas alemanes!

Nosotros los europeos, aun cuando estamos a punto de recibir nuestros documentos que nos acreditan como ciudadanos del Nuevo Mundo, queremos seguir orgullosos de nuestra vieja Europa. ¡Es un continente maravillosamente digno! Cuanto más fácil y más cómodo habría sido para sus pueblos haber aceptado el infame «Orden Nuevo» de Hitler, haberse sometido a la esclavitud y —como se dice— haber colaborado con la Alemania nazi. Pero no lo han hecho.

Años del más brutal terror, de tormentos y ejecuciones no han bastado para quebrantar su voluntad de resistencia. Por lo contrario, los han hecho más fuertes, y la «Europa unida [de Hitler] que se prepara a la defensa de sus bienes sagrados contra la invasión de los extranjeros» es la más miserable de todas las mentiras nazis. Los extraños, contra los que hay que defender sus bienes más sagrados, son los nazis y nadie más. Sólo una tenue

y corrompida capa superior, llena de traidores para quienes no hay nada sagrado más que el dinero y las ventajas, colabora con ellos. Los pueblos se niegan, y cuanto más clara se ve la victoria final de los aliados, mayor es su confianza y más rechazan lo intolerable.

Siete millones de personas han sido deportadas a trabajos forzados, casi un millón ha sido ejecutado y asesinado, y decenas de miles se encuentran en el infierno de los campos de concentración. Pero de nada sirve: la lucha, desigual y heroica, sigue adelante.

¿Saben, alemanes, que en los países ocupados por sus tropas, y por las italianas, 150 mil personas han perdido la vida? ¿Saben que por lo menos 250 Quislings —tal es el nombre genérico que se da a los naturales que sirven a los nazis— han sido muertos en las tierras de Europa? Por medio del sabotaje, la producción bélica del Eje, en muchas comarcas se ha reducido 30 por ciento. Tal es la labor de las organizaciones clandestinas que, sin nombre, sin alarde, por doquier ofrecen su vida para ayudar a escapar a los prisioneros, para destruir material de guerra y para mantener en alto la moral de la resistencia entre el pueblo, mediante la difusión de impresos y de periódicos ilegales cuyo tiro en la actualidad llega a cientos de miles.

Les digo: ¡honor a los pueblos de Europa! Y añado algo que de momento les parecerá sumamente extraño a muchos que me oigan: ¡honor y solidaridad también al pueblo alemán! La idea de que entre los alemanes y los nazis no hay ninguna diferencia, de que lo alemán y lo nacionalsocialista son una sola y misma cosa, de momento no puede refutarse en las tierras de los aliados. Pero es insostenible y no podrá imponerse. Contra ella hablan demasiadas cosas: Alemania se ha defendido y continúa defendiéndose también como los otros países. Lo que hoy se hace clandestinamente en las tierras sometidas es, más o menos, una repetición de lo que hace diez años ocurrió en Alemania, y enriquece a la experiencia de los ilegales alemanes.

¿Quién puede decir el número de aquellos que en el estado de Himmler han pagado con el martirio y la muerte su idealismo, su inquebrantable fe en el derecho y la libertad? Al estallar la guerra había en Alemania 200 mil presos políticos, y en la prensa alemana encontramos, ininterrumpidamente,

la publicación de las sentencias de muerte y de encarcelamiento por alta traición, sabotaje, etcétera, por doquiera que pudiesen aprisionar a uno. ¡Ésa es la Alemania unida a espaldas del Führer!

En este verano —al principio sin precisión, luego con pormenores cada vez más terribles— el mundo se conmovió profundamente por los acontecimientos ocurridos en la Universidad de Munich y que fueron noticia de periódicos suizos y suecos. Ahora sabemos de Hans Scholl, sobreviviente de Stalingrado, y su hermana; de Christoph Probst, del profesor Huber y de todos los demás; de la protesta en el este de los estudiantes contra el indecente discurso de un bonzo nazi en el auditorio máximo. Nos enteramos de la muerte de mártires, de los volantes que repartieron y que con sus palabras compensan en ciertos años lamentables los pecados de las universidades alemanas contra el espíritu de la libertad alemana. Sí, este arranque de la juventud alemana —precisamente de la juventud— fue un golpe para la mentirosa revolución nacionalsocialista. Ahora se les han abierto los ojos y ponen la cabeza en el tajo, por su conocimiento y por la honra de Alemania: la ponen en el tajo después de decir a la cara del juez que presidía un jurado nazi: «Pronto estarán ustedes aquí, donde yo estoy»; y luego, ante la cara de la muerte: «¡Amanece una nueva fe en la libertad y el honor!».

¡Bravos y soberbios jóvenes! No habrán muerto en vano, no serán olvidados. Los nazis han levantado monumentos en Alemania a hombres sucios y brutales, a asesinos comunes. La revolución alemana, la verdadera, los derribará a tierra y en su lugar honrará sus nombres, los de ustedes que supieron y anunciaron hoy mientras Alemania y Europa aún están en tinieblas: «¡Amanece una nueva fe en la libertad y el honor!».

27 de julio de 1943

Acontecimientos bélicos de julio

El día 5 Hitler lanza la ofensiva «Ciudadela» en Kursk, que sería la última grande de parte de Alemania en el trente oriental; 900 mil alemanes van contra un millón 300 mil soviéticos; dura una semana antes de fracasar; Hitler la detiene el día 13. Los aliados, en la «Operación Husky», aterrizan en Sicilia el día 9. El 14, Argel es designada como capital provisional de Francia. Al otro día comienza la contraofensiva soviética en el frente oriental. Cae Hideki Tojo, primer mandatario de Japón, el día 18. El 19, Hitler se reúne con Mussolini en Feltre; sería la última vez que pisara suelo italiano; durante la reunión se recibe la noticia de que los Aliados están bombardeando a Roma. El 22 los Aliados capturan Palermo, Sicilia. Entre el 24 y el 30 los británicos bombardean a Hamburgo («Operación Gomorra»), utilizando tiras de aluminio para confundir el radar alemán, y causan los mayores estragos de la guerra aérea hasta la fecha: mueren aproximadamente 30 mil personas, medio millón quedan sin hogar; 24 hospitales, 58 iglesias y 277 escuelas son destruidos; el 50 por ciento de la ciudad queda en ruinas; Hitler, como tras el descalabro de Stalingrado, no muestra ningún remordimiento; compasión tampoco. El día 25 Benito Mussolini, *Il Duce*, es arrestado por el Gran Consejo Fascista y reemplazado por Pietro Badoglio, quien negocia con los Aliados; Il Duce es puesto bajo arresto domiciliario en la isla mediterránea de Ponza.

¡Radioescuchas alemanes!

El fascismo italiano ha muerto. Hace mucho tiempo que ni un perro le aceptaba un trozo de pan. En aquellas tierras, apenas se le había tolerado, y cuando hizo su alianza con Hitler emprendió su mezquina guerra contra Francia y degradó el país a la categoría de un cantón nazi. Cuando en Rusia corrió a raudales la sangre italiana y el imperio se fue al diablo, entonces ya no tuvo límites el desprecio de la juventud, de la intelectualidad, del pueblo entero. La invasión de Sicilia y el bombardeo de Roma pusieron lo que

faltaba. El Führer y su pandilla están prevenidos, y también aquel señor Scorza, el cabecilla de los «squadristi» con el frasco de aceite de ricino, uno de los peores gañanes desolladores y asesinos, al que en el último momento le entró de repente la vena lírica y conjuró a los radioescuchas a salvar la señorial y sagrada Italia, la maravillosa obra de Dios, cuando en realidad se trataba exclusivamente de salvar su propio pellejo.

¡Qué poco tardan también ustedes, alemanes, en percibir esos tonos! Ya oigo a Goebbels y a los suyos cantar en trémolo sobre la eterna Alemania con su música, su melancolía, sus sagrados parajes culturales, por la cual deben hacer causa común, sin que importe si son o no son P. G. (*Parteigenosse*, camarada del Partido), para salvarla de la más terrible crisis de su historia. También ellos silenciarán el hecho de que la única manera de hacer causa común por su país es liberarlo de sus profanadores y corruptores. Esos canallas del Estado —que no conocían otra cosa que la mentira, la violencia y el crimen, y de ese modo han llevado sus tierras al borde del abismo— cuando les ha llegado la hora quieren escudarse en el natural amor patrio de los pueblos, en el apego a las tradiciones y a los santuarios, que desde luego son dignos de defensa, pero con los cuales su bajeza no tiene lo más mínimo en común, y que han sido profundamente enfangados por su misma dominación.

Alemanes, el mundo espera y ruega que ustedes no resulten más tontos, no mucho más tontos que los italianos, cuya intelectualidad musical no tolera cantos de sirena de tal falsedad, sino que contestó con el grito «¡Alla porta!». Ése es un pueblo político que aprovecha el instante para tumbar un régimen cada vez más comprometido, un régimen que se ha vuelto plenamente imposible, y para echarlo por la borda sin cargar con él hasta que todo esté perdido. Alemanes: si no pueden cobrar ánimo para adoptar esa inteligente decisión política, si no logran en el último instante librarse de los canallas que han cometido tales infamias contra ustedes y contra la humanidad, entonces todo estará perdido, la vida y el honor.

La hora de la decisión está a punto de sonar. Es sumamente improbable que Italia siga combatiendo en serio al lado de la Alemania hitleriana contra los pueblos libres. El pueblo lo ha decidido. En las plazas no sólo grita «¡Abajo el fascismo!» sino también «¡Fuera los alemanes!» y «¡Paz!». Si

Italia cae, se volverá teatro de operaciones de los aliados. En poco tiempo los Balcanes se habrán perdido para los gobernantes alemanes. Turquía pasará abiertamente al lado de los Aliados y antes de que se den cuenta la «fortaleza Europa» ya sólo será la «fortaleza Alemania», cuyas viejas ciudades se tambalean bajo la granizada de bombas de las flotas aéreas aliadas.

¡Actúen! ¡Materialicen en su espíritu lo que ha sucedido! El fascismo está aniquilado en su país de origen. Se acabó la mueca de dominación de la barbilla apretada, las heroicas travesuras de Marinetti, la bravuconada de d'Annunzio, todo el tinglado de la reincidencia en un futuro de juventud. Así queda al aire la ideología nacionalsocialista, y esa versión, la ideología fascista, está aislada y queda inútil para la vida, inútil para conservarle la vida al pueblo alemán y llevarlo al futuro. ¿No han alardeado ustedes de ser un pueblo de vida, de ser expertos en sus fuerzas motoras? El nacionalsocialismo está tan muerto como el fascismo. Hay que enterrarlo muy hondo, y olvidarlo profundamente.

29 de agosto de 1943

Acontecimientos bélicos de agosto

El día 1.º se establece un régimen títere japonés en Burma. Entre el 11 y el 12 se lleva a cabo la evacuación de Sicilia; se escapan 40 mil tropas alemanas y 62 mil italianas, con todo y equipo. El 17 las últimas tropas alemanas en Sicilia se retiran de la isla, disparando, rumbo a *terra firma.* Ese día se llevan a cabo ataques aéreos a la luz del día en Regensburg y Schweinfurt en Alemania. Ese día también los Aliados llegan a Messina, Sicilia. El 20 Heinrich Himmler es nombrado Ministro del Interior del Reich. El 23, las tropas soviéticas recapturan Jarkov. El 29, se desata una intensa ola de sabotajes en Dinamarca; las autoridades alemanas decretan estado de sitio.

¡Radioescuchas alemanes!

«Corruptores del pueblo», llamamos a quienes desde un principio sentimos horror y asco por la hitlerada, a esos hombres en cuyas manos cayó hace 10 años nuestra desdichada patria por una negra fatalidad. Como corruptores del pueblo, en lo moral y en lo físico, se acreditan al máximo. Todo el mundo sabe —y a ningún general de la Reichswehr y a ningún bonzo nazi se le oculta ya— que Hitler ha perdido su guerra. Es un hecho y está confirmado para siempre que Alemania no puede ganar una guerra contra el mundo. La guerra «relámpago» por sorpresa, única con que podía contar, fracasará siempre, como ya ha fracasado dos veces, y en una guerra de desgaste y de defensa que se prolongue mucho tiempo, está perdida de antemano toda esperanza.

El pueblo alemán se ahorrará el horroroso destino de tener que entregar al mundo al esclavista y alcaide de la servidumbre que inferiores soñadores

habían pensado para él. Deberá realizar su innato universalismo de otro modo más adecuado y no por la conquista del mundo: es decir, mediante servir al mundo, mediante tomar el mundo en su pensar y querer, y mediante su enriquecimiento espiritual. Si los señores de Alemania hubieran tenido una pizca de buena voluntad hacia ustedes, si fueran hombres que pudieran tener buenas intenciones hacia su país y hacia los pueblos de Europa, si no les importara exclusivamente su propio pellejo y la conservación de su corrompida avidez de poder, reconocerían su abyecto juego como abyecto y perdido, renunciarían y dejarían que el pueblo alemán hiciera la paz con el mundo, le dejarían libre el camino hacia un mundo mejor. Escucharían las palabras del presidente Roosevelt, que ha dicho ante el Parlamento canadiense: «Si Hitler y los suyos supieran lo que nos proponemos, se darían cuenta de que la precaución es la mejor parte de la valentía, y preferirían rendirse ahora y no después». Pero ¡no! Alemania deberá sucumbir, deberá apurar el cáliz del suplicio hasta la última gota, antes que esos miserables reconozcan su quiebra y permitan con su renuncia modificar la opinión mundial que ha hecho de Alemania el enemigo de la humanidad.

Lo que padece el pueblo de Alemania y Europa entera no es, ni con mucho, soportable. ¿Cómo van los alemanes a soportarlo año tras año? Sólo lo soportan los que se juegan el todo por el todo, y los truhanes nocturnos que los dominan no perderán la esperanza de salvarse del juicio si no es mediante las armas —lo cual ya se acabó— o mediante la política. Ni siquiera mediante la suya propia —pues ya no están en condiciones de hacer política— sino que su esperanza se alimenta de la diversidad de opiniones políticas de los demás, de las contradicciones socialfilosóficas entre Oriente y Occidente, y cuenta con la desintegración de la coalición antifascista. ¿Creen en eso, alemanes? ¿Creen que Rusia, después de todo lo ocurrido, va a concertar la paz con el régimen de Hitler? Con la Alemania de una sincera revolución democrática concertará la paz, y no por separado. Con una Alemania libre estará madura para la paz con todos.

¿Contradicciones entre Rusia y Occidente? Las hay. Pero su conciliación ya figura entre las funciones de esta guerra: la conciliación entre el socialismo y la democracia, en la cual descansa toda la esperanza

del mundo. Alemanes: no cuenten con la desunión entre los aliados. Están unidos en la decisión de poner fin al bandidaje internacional y proteger a la humanidad de la vergüenza de la dominación mundial fascista. En esa unidad está fundada la autoridad con la cual exigen *unconditional surrender,* rendición sin condiciones.

Fue una horrible época aquella en que el nacionalsocialismo podía poner cara de ser el sacrosanto encargado de la historia y del espíritu mundial, de modo que toda resistencia en su contra debía tenerse por crimen digno de muerte. Eso ya pasó. Está desenmascarado como la cínica insolencia que siempre fue. El encargo histórico lo tienen los Aliados. En su poder y en su voluntad está crear el nuevo orden de los pueblos de libertad responsable.

Rendir las armas a su autoridad no avergüenza a ningún pueblo engañado. Negarse a ello por un falso honor significa un sufrimiento cada vez mayor y la más triste auto-destrucción.

29 de septiembre de 1943

Acontecimientos bélicos de septiembre

El día 3 las tropas aliadas desembarcan en la península italiana, en Reggio di Calabria, y ese mismo día Italia firma el armisticio, pero no se da a conocer la noticia sino hasta cinco días después. El día 8 se anuncia la rendición italiana. El 9 los Aliados desembarcan en Salerno y Tarento. Al otro día las tropas alemanas capturan Roma. El día 11 se da una contraofensiva alemana en Salerno. El 12, tropas alemanas al mando de Otto Skorzeny liberan a Mussolini, quien es llevado a la «Guarida del Lobo», cerca de Rastenburg el día 14, donde se reúne con Hitler, quien queda desilusionado de él. El 17, la ofensiva alemana es detenida en Salerno. Al otro día los Aliados capturan Cerdeña. El 23, Mussolini proclama la Repubblica Sociale Italiana (RSI) en el norte de Italia, controlado por Alemania. El 25, las tropas soviéticas vuelven a capturar Smolensk. Durante este mes, Hitler autoriza la deportación de todos los judíos daneses, pero sólo logran capturar menos de 10 por ciento de la población judía, el cual fue enviado a Theresienstadt. Un sinfín de ciudadanos daneses ayuda a que 7 mil 900 personas escapen a Suecia en uno de los rescates más notables de la guerra.

¡Radioescuchas alemanes!

¿Está Alemania irremediablemente perdida? ¡No!, se puede salvar —todavía hoy, todavía mañana— de la suprema destrucción que la amenaza. Se puede salvar mediante una revolución democrática, mediante la decidida eliminación del régimen de matanza y rapiña que encendió esta guerra y cuya desaparición capacitaría a Alemania para la paz. La capacitaría también para sacar a luz el hecho de que Alemania no lucha por su vida y su honor, sino que sólo lucha por aplazar la caída de este régimen de horror, caída que es cosa decidida y sellada por ser absolutamente necesaria.

¿Quién salvará a Alemania? La pregunta arde con creciente penuria en muchos corazones. El llamado que los estudiantes muniqueses ejecutados hicieron al pueblo alemán para sacudirse el yugo de la ignominia, antes que sea demasiado tarde, fue una señal de ello. Ahora llega de Estocolmo la noticia de que las tripulaciones de las tres mayores unidades de la flota alemana, el Tirpitz, el Scharnhorst y el Lützow sabotearon sus barcos y han hecho imposible que se hagan a la mar. La noticia no está confirmada, pero si bien es indudable que con los autores se haría un juicio tan sumario como el de los jóvenes héroes de Munich, es fácil imaginar el estado de ánimo de los marinos alemanes que tienen a la vista el fracaso de la guerra submarina, la devastación de Hamburgo, Bremen, Kiel, Wilhelmshaven, la pérdida primero de la flota francesa y después de la italiana, y no sienten deseos de ser enviados por el gran almirante Dönitz a una aventura suicida contra la potencia marítima inglesa. Si estos marinos han hecho lo que se les atribuye, también pensaron sin duda en contribuir a impedir una guerra cuya continuación debe antojarse precisamente a la mirada de la gente de mar como algo en especial absurdo y criminal.

Con ello no se pretende decir que las fuerzas combatientes alemanas de tierra y del aire tengan motivo para ser de otra opinión. La «fortaleza Europa» no fue nunca otra cosa que un *bluff* de propaganda, pues una fortaleza cuyos ocupantes —con pocas excepciones— piden ardientemente ser conquistados, apenas merece ese nombre. Llamar *fortaleza* a un continente ya no es de por sí otra cosa que un cuadro engañoso, y hace mucho tiempo se hizo evidente que los nazis sólo pensaban defender en forma dilatoria grandes territorios exteriores y sólo mantener en serio un anillo interior en torno a la fortaleza alemana. Sus retiradas oscilan en carácter entre lo planificado y la catástrofe militar. La de Rusia por lo menos, que cuesta a diario miles de muertos y material bélico sin fin, no parece muy voluntaria. Los acortamientos del frente son un poco drásticos y nunca bastan para contener al Ejército Rojo. Después de la pérdida de Esplensco, a la que según parece seguirá la de Kiev, ya se proclamará la línea del Dniéster y la antigua frontera polaca como el frente de batalla ideal para la aniquilación del bolchevismo. Ganar esa línea ha costado dos millones de muertos.

Cerdeña en manos italianas, Córcega conquistada por los franceses, el sur de Italia ocupado por ingleses y norteamericanos: para todos está claro que ya no es seguro ni conservar Roma ni siquiera la llanura del Po, pues todo el norte de Italia arde lentamente por el sabotaje y la guerra de guerrillas, y los aliados tienen lo que necesitan en Italia: aeropuertos para despegar hacia el sur de Alemania y los Balcanes. El plan alemán de defensa interior es sólo un plan de la desesperación y todo el mundo lo sabe. Ninguna maniobra dilatoria en los frentes terrestres, por obstinada que sea, podrá proteger a Alemania de ataques aéreos del sur y del oeste, frente a los cuales todo lo padecido hasta ahora parecerá insignificante.

¿Qué va a ser de Alemania? No se tiene derecho a hacer esa pregunta después de todo lo que ya ha sido de Europa, y sin embargo, puesto que Alemania alguna vez fue la patria de uno, uno se lo pregunta, y se le oprime el corazón. Los nazis saben que están perdidos. Su satanismo megalómano pretende que nadie ni nada pueda haber sucumbido como ellos. Debe ser un derrumbe sin par, una catástrofe nunca vista, y quieren arrastrar consigo al infierno todo lo que se deje arrastrar con ellos en sangre y llamas. Por la grandeza infernal de la salida de esa camada ya sólo lucha hoy el pueblo alemán si continúa una guerra de la cual ya no le puede venir nada, pero tampoco otra cosa que la extrema miseria. Un verso, un grito del corazón de una obra prohibida para ustedes le brota a uno en los labios:

«¿Cuándo llegará el salvador a este país?».

30 de octubre de 1943

Acontecimientos bélicos de octubre-noviembre

El día 1.º los Aliados entran en Nápoles, pero los alemanes destruyen el puerto y todas las instalaciones militares antes de marcharse. El 4, los Aliados capturan Córcega. El día 7 los soviéticos cruzan el río Dniéper y establecen cabezas de puente. En esos días tanto Himmler como Goebbels hablan franca y abiertamente con los líderes del Partido acerca de la *Solución Final:* que no debe quedar ni un judío vivo en Europa: *evacuación* significa el exterminio de hombres, mujeres y niños. Portugal, el día 12, decide ofrecer facilidades militares en las Islas Azores a las fuerzas aliadas. Al otro día Italia declara al guerra a Alemania y los norteamericanos vuelven a bombardear Schweinfurt. El 25, las tropas alemanas se retiran de Dniepropetrovsk. El día 6 de noviembre las tropas soviéticas recapturan Kiev en Ucrania. El 8, Hitler pronuncia un discurso en el Löwenbräukeller, en el cual se vuelve claro que cualquier comentario subversivo o adverso al Reich costaría la cabeza de quien lo pronunciase. El 18 se lanza una gran serie de ataques aéreos británicos sobre Berlín. Se realiza un vuelo de demostración del prototipo del primer avión de propulsión a chorro, el ME-262; Hitler desea que sea convertido en bombardero ligero, lo cual atrasa su aparición en escenario. El 28 Churchill, Roosevelt y Stalin se reúnen en Teherán para discutir la división de Alemania tras la guerra.

¡Radioescuchas alemanes!

La bestialidad de los nazis, su vandalismo, su estúpida y depravada crueldad, la extensión de sus fechorías por doquier —de la cual ustedes en Alemania probablemente sólo tienen una pálida idea— todo eso no impide a nadie en el mundo compartir el atroz sentimiento de horror y desgracia infligidos también a tantos inocentes por los ataques aéreos angloamericanos a ciudades alemanas industriales y portuarias. Las cifras —las cifras oficiales alemanas— son terribles. Supuestamente han perdido la vida en esos ataques un millón 200 mil habitantes de la población civil;

casi 7 millones han perdido casa y hogar y están condenados a una existencia de desarraigados. ¡No crean que en el mundo civilizado falte la compasión por esto! Pero la manera en que se explaya la prensa nazi sobre esta desgracia, el modo de explotarla para rechazar las maldiciones que el fascismo alemán merece —y de las que bien sabe que se le deben, la maldición a la barbarie, la maldición a la deshonra de la humanidad, para quitársela de encima y endilgársela al adversario, haciendo como si la Alemania nazi jamás hubiera roto un plato, como si fuera una víctima de criminal furia destructora— todo eso es tan imbécil y mezquino que al corazón más tierno se le acabaría la compasión.

Hay un periódico, el órgano oficial de la Gestapo, titulado *Das Schwarze Korps* (El cuerpo negro) que siempre se ha destacado por su desvergonzado brío y gracejo de bribón. Tiene unos cuantos colaboradores que, sin saber cómo, aprendieron alguna vez a medio escribir, que saben remedar un ademán moral. Las ideas de irritación decente y de humanidad ofendida que ahora exhiben estos chulos literarios de la violencia son de lo más desvergonzado, insensato y asqueroso que el nacionalsocialismo haya presentado jamás al propio pueblo y al mundo. Quien leyera esos talentosos artículos sin recordar ni saber todo lo que la Alemania nazi ha acarreado a los demás pueblos desde que empezó su maldita guerra de rapiña, quien no supiera nada de la criminal borrachera de primacía y superioridad en que se regodeó el país durante años y años, de su arrogancia en el victorioso crimen; quien no pensara en Varsovia y Rotterdam y Londres y Coventry y las triunfantes descripciones de crueldad saciada que la prensa alemana suministró de esos hechos, ése debería sentir un sudor frío al leer el futuro de las potencias anglosajonas, a las cuales por lo visto no les queda otro remedio que ahogarse moralmente en sus pérfidos hechos sangrientos. Efectivamente, se preguntan los articulistas con seria preocupación por el destino de estas razas. ¿Qué va a ser de ellas? Tales crímenes acumulados contra la humanidad deben ser vengados, hay que pagar por ellos, la factura debe ser terrible…

¿Puede creerse? Los mensajeros-escritores de la Gestapo ponen el grito en el cielo sobre la ofensa a la humanidad, una humanidad escarnecida, abolida y pisoteada durante 11 años por el sistema al que ellos sirven. ¿Qué

se han creído esos hombres? ¿Que la guerra total, alabada por ellos y declarada estado normal de la humanidad, era un privilegio alemán, y nadie más tenía derecho a servirse de sus medios aunque en ello le fuera la vida? Confiaban en la civilización de los demás, es decir, en la supuesta debilidad y enervación de las democracias. Pensaban vivir de ellas y mediante ellas volverse amos y esclavizadores del mundo. Quien esté todavía dispuesto y apto para la guerra —pensaban— a ése le pertenecerá el mundo, y lo eran ellos solos. Por un tiempo pareció que habían acertado en la especulación. ¿Hay algo más despreciable que ese grito en el cielo con que responden a la decisión de los pueblos libres de poner fin a la violencia extrema con la violencia extrema?

¿Venganza y pago? Ahí están. Del pueblo alemán se venga su demencia y su embriaguez. Tiene que pagar por su fe en su prerrogativa de la violencia que le inculcaron canallescos maestros, y por desgracia apenas es el comienzo del pago. A ustedes, alemanes, ¿hay que decirles que su sufrimiento de hoy no proviene de la brutalidad y crueldad de los extranjeros, que todo ello viene del nacionalsocialismo? Lo llevaba en su seno desde el principio y nunca pudo salir otra cosa de él. Eso podía verse en 1932 y 33. Que Alemania no lo viera cuando aún era tiempo es su culpa. No lleva la culpa ella sola. Al fascismo se le ayudó desde fuera, no sólo por amor a la paz sino por bajos motivos. Pero siempre fue evidente que un día el mundo se volvería fuerte y habría de alzarse para exterminar esa plaga. Bastante sufre también por su complicidad. Pero su triunfo está asegurado. Y triunfará no sólo por su libertad, sino por la libertad misma, y también por la libertad de Alemania.

9 de diciembre de 1943

Acontecimientos bélicos de diciembre

Concluye la Conferencia de Teherán el día 1.º. El 2, las fuerzas alemanas de ocupación lanzan su mayor operación contra los partisanos de Tito en Yugoslavia. El 12, los soviéticos y Checoslovaquia firman un pacto. Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética anuncian el día 15 que han roto relaciones con el gobierno de Yugoslavia en el exilio y reconocen al Comité Comunista de Liberación Popular de Tito como el próximo gobierno de ese país. Al otro día aviones británicos bombardean Leipzig. El 23, Tito acaba con la monarquía yugoslava. El general Dwight D. Eisenhower es designado supremo comandante de las Fuerzas Aliadas de Invasión. Del 24 al 26 la Unión Soviética lanza ofensivas en el frente de Ucrania.

¡Radioescuchas alemanes!

Apenas habrá necesidad de explicarles el hecho de que la histórica reunión de Teherán no ha traído consigo el llamamiento al ejército popular alemán, al propio pueblo alemán, llamamiento anunciado a tontas y a locas por la propaganda nazi. El llamamiento a deponer las armas habría sido estúpido en un momento en que sus soldados aún combaten por todas partes, lejos de las fronteras del Reich, y vuelve a entumecer los sentidos alemanes y la rimbombante promesa de que algunas armas nuevas y ocultas van a transformar la derrota en victoria. Desde luego, esas armas —si existen— a lo sumo aplazarán el resultado final de la guerra y sólo lograrán incrementar la irritación contra Alemania por los daños que puedan ocasionar, y al final sólo podrán empeorar su situación. Pero todo eso pertenece evidentemente a la fatalidad del destino y habrá que esperar.

La ausencia de toda alocución directa de los estadistas de Rusia, Inglaterra y Estados Unidos a ustedes, alemanes, significa que no se desea de ningún modo una capitulación prematura que pudiera dejar más o menos intacta la maquinaria bélica alemana, una capitulación con reservas que sirviera a intenciones falaces y se ofreciera sólo para ganar un respiro —aunque fuera de unos decenios—, que se desea terminar la guerra militarmente, con claridad, a fondo y para siempre. Ya no debe ser posible ningún mito de la puñalada por la espalda, ningún autoengaño nacionalista con eso de «invictos en el campo de batalla». La única experiencia que puede llevar a Alemania a la razón es la experiencia de la derrota catastrófica, innegable y palpable, de la ocupación y de la incapacitación temporal del país, de las medidas que en conjunto serán necesarias para hacer permanentemente imposible toda nueva agresividad. Esa experiencia no deben ni pueden evitarla los alemanes.

Va a ser una grave experiencia que hoy es imprevisible en sus detalles y apenas es predecible siquiera en su configuración conjunta. Cabe el consuelo de que ustedes en Alemania, después de todo lo hecho por el canallesco régimen impuesto a la humanidad en su nombre —y mediante sus manos— por unos canallas deben estar preparados hasta el extremo y lo aceptarán como consecuencia natural de un enajenado comportamiento nacional e internacional. Es preciso cuidar, y se cuidará, de que Alemania ya no pueda volver a caer en tales manos, que nunca más se abuse en forma tan criminal de su credibilidad y corruptibilidad.

Será asunto de los estadistas responsables del mundo tomar las medidas adecuadas para impedirlo. Después de todo lo ocurrido —y ha ocurrido algo totalmente monstruoso—, no nos corresponde a los emigrantes alemanes, por muy hondo que sea nuestro sufrimiento al ver el destino de nuestra tierra patria, dar consejos a los vencedores de mañana sobre cómo se deba tratar a Alemania después del desplome. Sin importar en absoluto que se pudiera prestar oídos a tales consejos, hoy no podemos hablar por el pueblo alemán: debemos callar. Ustedes comprenderán ese silencio, no nos reprocharán que en tal hora no hayamos encontrado una palabra en favor de una Alemania mejor y digna de ser vivida. Toda fórmula en que pudiéramos unirnos para proteger el futuro de Alemania, dar la palabra a la posibilidad

de vida de una fuerte democracia alemana, sería concebida como ofensa a nuestros anfitriones en lucha, a los martirizados y violados países de Europa, como un simple esfuerzo patriótico y a la vez inmoral por proteger Alemania de las consecuencias de sus fechorías.

Somos alemanes y como tales nos corresponde la máxima modestia, la máxima reserva, la máxima precaución. No podemos tener la arrogancia de salir garantes de que, si a los poderes de la infamia y la violencia en Alemania se les deja la ínfima posibilidad de resurgir, no sería aprovechada por ellos. Y todavía son fuertes, todavía distan mucho de estar vencidos o darse por vencidos. Al cabo de mil atrocidades anuncian otras nuevas y sin duda las cometerán. Cometerán lo máximo aun en su hundimiento, en nuestro nombre, con sus manos, e inevitablemente figuraremos como cómplices cuando clamemos: «Alemania es buena» en el momento en que ante todos los ojos se muestra diabólica.

Dejen que se consume la derrota militar, dejen que madure la hora que les permita ajustar las cuentas a sus corruptores, tan a fondo y tan despiadadamente como sea posible en aras del futuro alemán. Entonces habrá llegado también para nosotros aquí afuera el momento de atestiguar: Alemania está libre, Alemania se ha purificado en verdad, Alemania debe vivir.

31 de diciembre de 1943

¡Radioescuchas alemanes!

Nuestra tierra no se desprende de una falsa y desdichada imitación de Inglaterra, llena de malos entendidos. El nombre burlón y asqueroso de «raza de los señores» con que el mundo les llama hoy a los alemanes es ridículo y es un escarnio, pero es algo que, por su parte, tomaron muy en serio. Ustedes veían en los ingleses una raza de señores, y eso mismo querían ser: estaban en la envidiosa compulsión de copiar a Inglaterra, de adoptar ustedes mismos el papel que le atribuían. Sobrepujar a Inglaterra y colocarse en el lugar de Inglaterra era su sueño: querían ser no sólo un pueblo de señores, sino el pueblo de los señores, y arrebatar a Inglaterra el dominio del mar, en el cual descansa su existencia, mientras que la alemana no lo hace en absoluto. Ése fue el origen de la Primera Guerra Mundial.

Su origen fue una envidiosa locura: el de la Segunda, que Alemania vuelve a perder ahora, ya no fue en sí mismo sino la caricatura de esa locura, así como el nazismo fue una desfiguración de todas las debilidades y locuras de la esencia alemana (tan horrible que sus virtudes corren el peligro de caer en el olvido). En las cabezas nazis la idea del «pueblo de los señores» había perdido todo resto de decencia y respeto a los derechos humanos, toda conciencia de responsabilidad y todo sano sentimiento de lo que el mundo puede y lo que no puede tolerar. Se había convertido en la simple justificación de la rapiña y del asesinato, del saqueo, de la opresión, castración y envilecimiento de los demás pueblos —de una empresa, pues

— de la que de antemano era seguro que el mundo con fuerzas unificadas la llevaría al fracaso.

El sistema hitleriano, esa parodia de poder tan sangrienta como necia, está a punto de sucumbir. ¿Deberá Alemania descomponerse con él? Así parece. ¿Y por qué? Porque Alemania cree —de nuevo— que debe copiar a Inglaterra la resistencia aparentemente irracional de Inglaterra del año 1940, cuando Francia había caído y Estados Unidos no estaba listo, cuando Inglaterra, deshecha por las bombas e inerme, estaba totalmente sola y parecía perdida. Todo el mundo esperaba la rendición de Inglaterra. Y sin embargo, empujada por fuerza templada en la tradición de una naturaleza sumamente caballeresca, la de Churchill, no se rindió, no se sometió, siguió en la guerra y la ganará. Así, piensan los nazis, debe hacerlo ahora Alemania, ahora cuando se abre ante ella el abismo como entonces ante Inglaterra. ¿Cómo podría ir a la zaga de Inglaterra en tenacidad, en obstinación —*stubborness* como dicen los ingleses— en terquedad y en la capacidad de soportar sufrimientos y derrotas. En pocas palabras, en heroísmo? El honor y la rivalidad con Inglaterra exigen que Alemania continúe hasta el fin una guerra notoriamente perdida, sin importar qué aspecto pueda tener ese fin.

Así piensan muchos alemanes. ¿No ven la diferencia? Es la diferencia entre la causa buena y la mala. Inglaterra había soportado bien, y además en circunstancias desesperadas. No resistía por sí sola, por su propio honor y su libertad, sino por el honor y la libertad de la humanidad. Sus derrotas tenían el brillo que no tienen ni siquiera los triunfos de la causa mala. Es cierto que de momento estaba sola, pero podía confiar en que contra el violador del derecho vital de los pueblos se levantaría, tarde o temprano, el mundo entero. La causa de Inglaterra era una causa de la esperanza y de la confianza, pues desde luego la buena causa no triunfa siempre en la Tierra, pero una causa tan mala, tan plenamente inaceptable como la de la Alemania nazi no puede triunfar.

En Alemania todo es distinto y precisamente al revés de lo que pasaba entonces en Inglaterra. Por eso es tan absurda la imitación. ¿Puede esperar la Alemania en desgracia la participación del mundo? No, sólo ha de esperar el progresivo desprendimiento de los compañeros de alquiler que

creyeron en su suerte de ladrones. Alemania no puede recuperarse como lo hizo Inglaterra, cuyo camino la llevó de las derrotas iniciales a la victoria. El camino de Alemania se despeña irrefrenable desde los deslumbrantes triunfos iniciales, los cuales se debieron a la ventaja de su armamento, hacia la derrota. La *stubborness* (tenacidad) de Alemania, su llamada heroicidad, su resistencia está condenada y es depravada, una copia totalmente falsa del ánimo de la buena causa. No sólo es un crimen contra la humanidad, que no puede ni debe renunciar a la lucha más abnegada hasta que el régimen nazi sea rematado. Es por ello a la vez un crimen contra la propia Alemania, el pueblo alemán y su obra cultural, el mundo de las ciudades alemanas que se desmorona, su fuerza vital, que pertenece a la humanidad y ya no debe desangrarse más sin objeto y sin sentido.

¿Dónde están los alemanes que se dan cuenta de que el honor y el valor alemanes no consisten ahora en «resistir», sino en la sumisión a la voluntad de la humanidad?

30 de enero de 1944

Acontecimientos bélicos de enero

El día 6, las tropas soviéticas avanzan hasta Polonia. El 12, tropas aliadas atacan Monte Cassino en Italia. Dos días después, tropas soviéticas inician una contraofensiva en Finlandia. El 15, lanzan otra contraofensiva en Leningrado. Al otro día, Dwight D. Eisenhower es nombrado comandante supremo de las Fuerzas Aliadas. El 22 los Aliados aterrizan en Anzio, Italia. El 27 termina el sitio alemán de Leningrado, tras 900 días. Ese día Hitler pronuncia un discurso ante unos 100 líderes militares, y —por primera vez en su carrera— es interrumpido. *[Había dicho: «En última instancia, si alguna vez me abandonasen como líder supremo, deberé tener alrededor de mí —como defensa ulterior—, todo el cuerpo de oficiales que deberán rodearme, con la espada en alto». A esto, el mariscal de campo Erich von Manstein replicó: «Y así será*, mein Führer». *La ambigüedad del comentario hizo que Hitler perdiera el hilo del discurso antes de recuperarse]*. El día 30 bombas incendiarias destruyen el Sportpalast en Berlín. En enero se inicia la producción de las bombas V1 (*Vergeltungswaffe-I;* Arma de Represalia I), que posteriormente serían lanzadas sobre Londres.

¡Radioescuchas alemanes!

Si se leen ciertas manifestaciones de la propaganda nazi, que sigue trabajando mecánicamente y ya casi afónica, uno se pregunta si son el producto de un enfermizo aislamiento, del horripilante apartamiento del mundo y de la realidad, si provienen del inconformismo de la locura o si significan el descaro de falsear la razón, la desvergüenza de invertir el sentido del idioma, el consciente intento de poner la verdad cabeza abajo. «Echemos una mirada al mundo —ha dicho Goebbels— y preguntémonos si la vida tendría algún sentido para la humanidad cuando nuestros enemigos alcanzaran su objeto». ¿Es eso descaro o locura? Es, desde luego,

una mezcla de ambas cosas. Pero es aún más repugnante que una sola de ellas. Ya al escuchar en esa boca la palabra «humanidad», ¿cómo se siente uno? ¿De dónde la ha sacado? ¿Existe en su vocabulario? ¿Carece de todo saludable sentimiento de que en cierta posición —la nacionalsocialista, por ejemplo— caracterizada por doctrinas y hechos, uno debe abstenerse de mencionar determinadas palabras y conceptos porque pertenecen a otra esfera, la contraesfera, y no le corresponden a uno? ¿Piensa él que en lo espiritual y en lo moral puede uno robar y saquear sencillamente y «expropiar» como no lo hace en la realidad? ¿Cómo se le ocurre hablar de «humanidad»? ¿Ha creído alguna vez en semejante cosa?

Él, su Führer y toda su banda, todos esos verdugos-filósofos y sus sayones, ¿no han escarnecido la humanidad, la calidad humana misma, la idea del hombre, prohibiéndola por decreto, maltratándola y asesinándola donde pudieron? ¡Y ahora se preocupa humanitariamente por el sentido de la vida de la humanidad, que perdería si se liberara del nacionalsocialismo! Ése es el que considera Goebbels el sentido de la humanidad. O sea, aquello contra lo cual los pueblos de la Tierra que suspiran por la paz han tomado las armas, con tardía y desesperada decisión para proteger su calidad humana, su dignidad de hombres, su libertad frente al desplome en una bárbara esclavitud. Oriente y Occidente se sacrifican y desangran porque se han planteado la razonable pregunta sobre si la vida tendría sentido en caso de que la Alemania nazi alcanzara su meta, o sea la sumisión del mundo. Goebbels lo sabe y por eso practica el truco de la loca desvergüenza o de la desvergonzada locura de invertir la pregunta.

Además, ha preguntado textualmente: «¿Es imaginable que el destino haya decidido para los pueblos de Occidente un fin tan atroz como sería la derrota de Alemania?». Sí, es imaginable. Incluso está cerca de pasar de una imaginación a una liberadora realidad, sencillamente porque, dicho en el sentido de la sana razón, el triunfo de la Alemania nazi habría sido para los pueblos de Occidente un final demasiado atroz, insoportable. El modo de hermanarse por propaganda con los pueblos europeos, que hasta ahora eran razas subordinadas y nacidas para servir; hacer como si la Alemania de Hitler y Himmler saliera en defensa de esos pueblos a los cuales invadió, saqueó y esclavizó, a los cuales intenta robarles su historia, el saber de sí

mismos, la fe en sí mismos y que trata de reducirlos biológicamente por todos los medios. Ese modo nazi de adoptar un aire europeo, «de Occidente», es de una desvergüenza realmente malsana. Cuando cayó Mussolini, el pueblo italiano se regocijó. Pero ¡qué fue ese regocijo comparado con el que estalla cuando las tropas alemanas por fin deben desalojar un lugar que tenían ocupado! A la entrada de los aliados en Nápoles hubo escenas que podrían haber enseñado a Goebbels lo que Occidente tiene para él en su corazón. «Miles de personas —informaba entonces un testigo presencial— se arremolinaban en las calles en torno a nosotros. Nos arrancaban de nuestro pequeño automóvil, nos alzaban en hombros, nos abrazaban y besaban. No había modo de apartar las masas humanas. Se oían vivas, griterío, llanto y sollozos. Del alboroto de la muchedumbre se percibían una y otra vez las palabras: "¡Viva Inglaterra, viva América, estamos salvados. Viva la libertad!"». Así fue en Nápoles, así será en Roma, y más aún será en las ciudades de Francia, Holanda y Bélgica, y también en Oslo, Copenhague, Praga, Varsovia, Atenas. Un delirio de felicidad, como nunca lo ha vivido el mundo, estallará cuando quiten el monstruoso yugo nazi a los pueblos europeos. Por todas partes correrán lágrimas de éxtasis y alivio, y de todas las gargantas y en todos los idiomas golpearán el oído alemán esos fervorosos gritos: «Estamos salvados. Viva la libertad». En el coro de júbilo sonará la palabra *Freiheit* en torno de Alemania, la cual a pesar de Kant y a pesar de Schiller la despreciaba como la más vacía de las palabras tan pronto como no significaba «libertad de Alemania para ejercer la violencia», y cuyo poderoso sentido vital debe aprender ahora de los pueblos de Occidente.

¿De veras ha de aprenderlo? ¿No ha aprendido en estos 11 años lo que significa la libertad, y no ha experimentado en su propio cuerpo que un pueblo que ha perdido la libertad se asfixia y degenera? No, a despecho de todos los horrores de la derrota, también habrá júbilo en Alemania. También allí, y quizá desde lo más profundo del corazón, sonará en millones de gargantas el «Viva la Libertad», y será algo muy nuevo y grande en la historia alemana, un día de giro; y no hacia la muerte sino hacia una nueva vida.

28 de febrero de 1944

Acontecimientos bélicos de febrero

El día 12 Finlandia discute los términos de paz con el embajador soviético en Estocolmo. Del 15 al 18 los Aliados bombardean el monasterio de Monte Cassino. El 16, los alemanes lanzan un contraataque contra la cabeza de playa en Anzio. Hideki Tojo se convierte en dictador militar del Japón. El 22 la Unión Soviética bombardea Estocolmo. Cuatro días después, lanza ataques masivos a Helsinki.

¡Radioescuchas alemanes!

El mundo se avergüenza. Lee un libro que acaba de aparecer en Boston y al que su adopción por el «Book of the Month Club» —la gran asociación de lectores norteamericanos— le garantiza una edición de cientos de miles de ejemplares. Es de Konrad Heiden, un escritor alemán emigrado, que ya escribió antes una instructiva historia del nacionalsocialismo y que ahora, bajo el título *Der Führer. Hitler's Rise to Power*, utilizando material de reciente acceso, vuelve a mostrar de tamaño natural y con toda claridad la imagen del más malvado aventurero de la historia política del mundo. Es un documento de primera clase. Permanecerá y servirá a posteriores investigadores de la historia y moralistas para estudiar lo inconcebible, que resultó posible en la Tierra en el segundo tercio del siglo XX. Ahora lo lee el mundo, que encuentra en él su propia vivencia descrita y desglosada; lo lee en inglés, en español, francés y alemán, y el sonrojo le sube a las mejillas.

En su vergüenza incluye a Alemania, comparte la vergüenza con Alemania, penetrando en su alma, se avergüenza —por lo menos quisiera creerlo— junto a Alemania. ¿Cómo fue posible que Alemania y el mundo permitieran a esa sangrienta nulidad de hombre, a esa minusvalía intelectual y moral, a esa alma de mentiras sin luz, a un alma de sastre en el fondo, a ese estropeador de la palabra, del pensamiento y de todas las cosas humanas, a ese individuo ignominiosamente malogrado y apenas dotado de cualquier sucia fuerza sugestiva, volverse histórico y levantarse un pedestal en que él mismo por lo menos (hoy desde luego sólo ante sí mismo) se imagina grande? Esa pregunta se la hace uno sin cesar en esta lectura, que no es una diversión sino una penitencia. Sí, un castigo y un suplicio es releer la historia de este mortífero loco y comicastro de la grandeza y releer cómo el nacionalsocialismo, un islam de escalera de servicio, se apoderó de Alemania para adiestrarla para el crimen, hacerla instrumento de sus crímenes desmesurados e idiotas.

¡Qué ignominia recordar las hecatombes de vidas humanas que cayeron y siguen cayendo víctimas del lamentable héroe de este libro! Él pudo decir: «Estoy dispuesto a pagar con dos millones de alemanes por alcanzar mi objetivo». El objetivo, después de la profanación de Alemania, era la profanación del mundo entero por el nacionalsocialismo. Ahora la cifra de dos millones se ha rebasado con creces, aun si sólo se cuentan los alemanes caídos en el campo de batalla. Pero la cuenta de sangre de la guerra total que el mundo ha debido aprender de Alemania es otra muy distinta, y naturalmente no es sólo una cuenta alemana. Hay que agregar las pérdidas de Rusia, que son aún más elevadas. Hay que computar la cosecha que la muerte ha producido y sigue produciendo entre los pueblos violados de Europa, entre los polacos y judíos, checos, griegos, noruegos, holandeses, yugoslavos, los asesinatos masivos, los suicidios. Hay que prever las terribles víctimas que los pueblos anglosajones habrán de sufrir todavía en la lucha final, ellos que por su parte están condenados a causar muerte y destrucción porque durante demasiado tiempo quisieron la paz. Y luego se podrá añadir lo que habrá costado al mundo el adverso fuego fatuo del cual habla nuestro libro. ¿Serán 20, 25 millones de vidas humanas? Más, probablemente, muchas más, si se incluye toda la ruina provocada en forma

indirecta. Y esos torrentes de sangre, ¿para qué?, para que un hueco cero se infle en rojo como la panza de una araña.

Nunca se perdonará la humanidad haber dejado llegar lo que llegó y lo que todavía llegará. Y moverá eternamente la cabeza para desaprobar a un pueblo, el alemán, que disipada toda obcecación y toda esperanza, sigue luchando con el valor de un león, con una absurda tenacidad, hasta que Europa sea un humeante campo de ruinas habitado por unos pocos semi-animales que vagan como lobos sólo para prolongar la vida a un puñado de bribones declarados y libertinos del poder, cuyo dominio se les convierte en indecible carga y es inaceptable para el mundo de una vez por todas.

28 de marzo de 1944

Acontecimientos bélicos de marzo-abril

El día 4 las tropas soviéticas inician una ofensiva en el frente de Bielorrusia. Ese mismo día se realiza el primer ataque aéreo a Berlín a la luz del día. El 15 se inicia la segunda tentativa aliada de capturar Monte Cassino. El 18, los británicos lanzan 3 mil toneladas de bombas durante un ataque aéreo a Hamburgo. El día 19 tropas alemanas ocupan Hungría, la última invasión alemana de la guerra. *[La población judía de Hungría, 750 mil personas, aún estaba intacta. Para julio, ya habrían muerto más de 457 mil 400 personas en las cámaras de gas]*. El día 8 de abril los soviéticos inician una ofensiva a fin de liberar Crimea. El 10, tropas soviéticas capturan Odessa. El 22, Hitler recibe a Mussolini en Klessheim, con el propósito de inspirar ánimo a *Il Duce* y a la RSI.

¡Radioescuchas alemanes!

En los países libres, la guerra total, los bombardeos aéreos de las ciudades alemanas y las calamidades que entrañan para la población civil, constituyen un problema para la conciencia pública. Ni en Inglaterra ni en Estados Unidos faltan voces que condenen sin ambages, sin temor —y sin encontrar el menor obstáculo— esta cruel manera de hacer la guerra. Se deplora tener que rebajarse, por ello mismo, al nivel de canallada del enemigo, y que se degrade la humanidad que así se pretende defender. Esas protestas son perfectamente honorables, y el sentimiento del cual proceden no es ajeno a ningún hombre civilizado. Lo que ha ocurrido en Polonia, Hamburgo, Berlín y en otras ciudades es atroz, y no sirve de mucho decirse que no se puede oponer a la brutalidad extrema más que la brutalidad extrema, que aquí reina Némesis, y que se trata menos de una reciprocidad

de acción que de un retorno de los acontecimientos que se vengan. Sin duda, los gritos que lanzan los nazis sobre la civilización son abiertos, la propaganda que hacen contra los «hunos del aire» nace abortada, sin ningún poder moral. Pero se trata de la conciencia de la libertad, se trata de ese problema trágico: la libertad. Se ve obligada a hacer lo que es ajeno y contrario a su naturaleza, lo que según su propia ley moral no debiera cometer y que sin embargo se ve obligada a realizar porque sobre la Tierra se ha proclamado el reino de la violencia. Ese dilema es grave, inquietante y abrumador.

Y, súbitamente, deja de plantearse como un dilema. Una sola palabra, una noticia llegada del país de los nazis lo disipa, resuelve el problema, acalla todas las dudas, hace sentir que existe una última infamia de la mentira, de una impudicia diabólica, incorregible e intolerable, incompatible con la existencia humana. Esta infamia, a gritos, hace caer una lluvia de azufre, y no es posible remediarla sino por esta lluvia, y no se le puede dar sino una recompensa: el aniquilamiento, las bombas.

Abro un periódico y leo: «¡En 17 idiomas la prensa del continente, controlada por los nazis, proclama una “Europa nueva y socialista”!».

Es necesario enviar, cada día, 2 mil hunos del aire sobre ese hervidero de mentiras. No se puede hacer otra cosa para terminar con esta villanía sin límites, esta impostura repugnante que causa náuseas, este ultraje sórdido a la palabra y la idea, esos crímenes sádicos que sobrepasan toda medida cometidos contra la verdad. Es preciso que sean aniquilados, es preciso que sean borrados a cualquier precio y por todos los medios. En cambio, la guerra es un combate que la humanidad ha entablado por desesperación y en el cual no tiene el derecho de preguntarse si, en esta lucha, corre el riesgo de sufrir, también ella, un daño.

¡El socialismo! Son el capitalismo alemán y el capitalismo internacional los que mantuvieron a Hitler y su camarilla y que los empujaron al poder. Del temor ciego que el mundo burgués sentía ante el socialismo han vivido, y esperan seguir viviendo. En efecto, su única esperanza es que Munich no haya muerto, que los amigos que en secreto mantienen en los países aliados prosigan su obra, que el frente que une el Este al Oeste se rompa y que se les admita como aliados contra el socialismo. El socialismo de los fascistas

es uno que engaña al pueblo… ¡Qué farsa tan desvergonzada! Eso comenzó en Italia, donde la aristocracia y la burguesía se vendieron al fascismo y donde el pueblo fue empujado a la guerra y a la miseria. En Alemania, la clase obrera fue privada de sus derechos y despojada de los fondos de sus sindicatos. El Tercer Reich ha puesto en situación desesperada a la clase media. En cambio, lo que florece y prospera allá son los plutócratas y los aprovechados de los monopolios. Se habla de capitalismo de Estado. No existe. Lo que existe es el capitalismo de los bonzos del Estado al lado de los magnates de las finanzas de antes de la «Revolución». Hitler, como principal accionista de las ediciones Eher, supera personalmente, por el aumento de sus riquezas, a la mayor parte de los multimillonarios norteamericanos. El mariscal del Reich, Goering, desde la fundación de su cartel, y sobre todo desde que la violencia armada ha hecho de ese cartel, un cartel internacional, ha adquirido tal volumen de grasa capitalista que hoy probablemente sea el individuo más rico del mundo. Ley, que ha saqueado a los trabajadores, es poseedor de más de 65 sociedades capitalistas. El gauleiter Sauckel ha formado personalmente un *trust* de fábricas de armas y de municiones del cual jamás se ha publicado ningún balance. El impulso fundamental de todo el nazismo, ¿no han sido los celos, la avaricia, el deseo de saquear, el afán lúbrico de poseer potencia y dinero? Robar ideas y conceptos no es el último de los afanes de esos desechos de la humanidad. El término «socialismo» es una presa como cualquier otra, adquirida mediante un robo asesino. Han sometido a Europa, pensaban someter al mundo a fin de que la miseria de los pueblos pisoteados aumentara las ganancias del gran capitalismo alemán. Monopolio y explotación, sobre un pie gigantesco, eso es lo que llaman socialismo. Aquellos que, en los países conquistados, se prestan a la colaboración, a hacer negocios con esos «revolucionarios» forman por doquier una capa superficial y corrompida. Son grandes burgueses reaccionarios, holgazanes aristocráticos y, en caso de necesidad, escritores afectados por un mal crónico que se proveen de morfina con los oficiales de los SS. Durante ese tiempo, la desesperación de los pueblos se desahoga en atentados dirigidos, las más de las veces, contra esos propios colaboradores, más que contra las fuerzas «socialistas» de ocupación.

Radioescuchas alemanes: Europa será socialista desde el momento en que quede libre. El humanismo social estaba en el orden del día, era el sueño de los mejores en el momento en que se levantó sobre el mundo el rostro grotesco y bizco del fascismo. Este humanismo social —que es lo verdaderamente nuevo, joven y revolucionario— dará a Europa su forma exterior e interior, si antes es aplastada la cabeza de la serpiente de la mentira.

1.º de mayo de 1944

¡Radioescuchas alemanes!

La frase sobre la inminente «esclavización del pueblo alemán», con la cual trabaja la propaganda nazi, y con la que concuerdan quejumbrosos en el extranjero los falsos amigos de Alemania, es muy apropiada para crear un nuevo lema en pro de la revancha nacionalista y desempeñar el papel que después de 1918 tuvieron las palabras «puñalada por la espalda» y «paz infamante»: expresar la concepción, absolutamente falsa, del «reestablecimiento del honor alemán», mismo que llevó a Alemania a esta guerra y a la renovada derrota.

Amenazar con que el pueblo alemán será rebajado a un estado de esclavitud es una mentira. No puede ser la esclavitud de ningún pueblo la meta de la coalición de pueblos que el descabellado régimen nazi ha sabido concitar contra si mismo. La meta bélica de los aliados es garantizar la paz, es un sistema mundial de seguridad colectiva en el cual esté incluida una Europa libre y democrática. Y en esa Europa, a su vez, deberá ocupar algún día su puesto responsable y respetado una Alemania libre y democrática.

Digo algún día, y para mí está claro —como debe estarlo para ustedes— que ese día no puede ser mañana ni pasado mañana. El señor Goebbels, que no está ciego ante lo inminente, grita hoy: «La humanidad sin Alemania es inimaginable». Es desde luego imaginable, y con placer imaginable: sin él. Lo malo es que Alemania haya creído ser imaginable sin la humanidad, sin el reconocimiento de los derechos humanos, que quiso esclavizar a la humanidad y efectivamente esclavizó a Europa. Todo se reduce a que deje

de pensar en las nefastas categorías de dominación y esclavitud y que no vea su propia esclavitud en la liberación de Europa, en el reestablecimiento de la dignidad y salud nacional de los pueblos sojuzgados por ella y en la obligada colaboración de Alemania a ese restablecimiento.

Los nazis —los desolladores y verdugos de los pueblos de Europa— les han hablado mucho de «Europa» a los alemanes y siguen afirmando hoy que con el suelo europeo defienden la cultura europea. Pero de Europa, de sus pueblos maltratados, de la reconstrucción del continente y de su aseguramiento contra un renovado ataque es de lo que se hablará en primer lugar cuando termine la guerra. No se hablará en primer lugar de Alemania, de su libertad y su restablecimiento. Cuando de esta guerra haya surgido una Alemania que haya recuperado la razón, una Alemania que reconozca y lamente profundamente las atroces fechorías contra vidas y haciendas de otros pueblos a las cuales ha sido alentada por sus abyectos dictadores, entonces se dará cuenta de que el reestablecimiento de Europa tiene primacía sobre el bien de Alemania. Entonces, por su propio impulso, por su propio sentimiento de justicia, querrá Alemania contribuir —en la medida en que esto sea posible— a reparar las fechorías que siquiera puedan repararse, aunque con ello se postergue su propia recuperación.

Ésta no es ninguna «esclavización» sino la liberación de las garras de una fatídica demencia de superioridad a la cual se dejaron llevar los alemanes por la palabrería de falsos maestros. Es la resaca de una perniciosa borrachera de primacía y de lo justo frente a lo injusto. La cultura alemana no es la más elevada ni la única, sino que es una entre otras, y la admiración fue siempre su más profundo impulso; de soberbia, muere. Alemania no es el ombligo alrededor del cual gira todo lo demás, es sólo una pequeña parte de esta vasta Tierra, y en el orden del día hay cuestiones mayores que los problemas del alma alemana. El hombre alemán no es un demonio como muchos afirman, pero tampoco es un arcángel de rubios rizos en su aria armadura plateada, sino un hombre como todos, y en calidad de hombre y hermano de sus prójimos tiene que aprender a vivir de nuevo. No otra cosa significa la palabra que los alemanes hemos despreciado con insensatez por demasiado tiempo, la palabra *democracia.*

29 de mayo de 1944

Acontecimientos bélicos de mayo

El día 9 las tropas soviéticas recapturan Sebastopol. El 12, Alemania se rinde en Crimea; los alemanes son evacuados por mar; pretender retener Crimea cuesta más de 60 mil vidas alemanas y rumanas. Los Aliados capturan Monte Cassino el día 18. El 25 las tropas alemanas se retiran de Anzio.

¡Radioescuchas alemanes!

Al comienzo de la guerra, cuando los ingleses bombardeaban Alemania con «leaflets», con pequeños volantes de propaganda, se contaba la historia de un piloto inglés que regresó con el informe de que las circunstancias no le habían dado tiempo para aflojar las ataduras y desparramar sueltos sus «leaflets» y había tenido que lanzar con rapidez el paquete entero. *For heaven's sake!* (por amor de Dios), se supone que le dijo su superior. «¿No ha pensado usted que podía lastimar a alguien?». El cuento provocó grandes carcajadas. Tal vez haya sido inventado, pero es característico del estado de ánimo con que los pueblos civilizados, al cabo de seis años de apaciguar, seis años de retroceder, de transigir, de realizar intentos de contentar a Hitler, entraron en esta guerra. A regañadientes, tan poco preparados en lo anímico como en lo material —sin tener todavía una noción justa de lo que era eso, la guerra alemana, la guerra total— entraron en ella. Y después aprendieron. Lentamente, al mismo tiempo que recuperaban su armamento físico, Inglaterra y Estados Unidos se pusieron anímicamente en pie de

guerra y lo hicieron no porque, según la filosofía nazi-alemana, consideren la guerra como el estado normal y a la vez el estado ideal de la humanidad, sino porque al cabo de larga vacilación y repugnancia se dieron cuenta de que la traicionera violencia despreciadora del derecho con la que no hay convivencia, paz ni entendimiento, sólo se le puede hacer frente con la violencia, si no se quiere que ejerza un dominio único sobre la Tierra deshonrada.

Los pueblos libres saben, y sienten profundamente, que mediante esa condescendencia con los medios del adversario, mediante ese rebajamiento a la violencia, lastiman su alma. La acción diabólica de lo malo consiste en dejar al que tiene buena voluntad la opción única de volverse culpable, si se le somete, o volverse culpable, si se le resiste. Tener cómplices es todo lo que anhela el culpable. El pueblo alemán sabe cantar una canción al respecto. Sabe perfectamente que su canallesco régimen ha hecho todo lo posible por volverlo cómplice de sus crímenes, y que lo ha conseguido de manera espantosa.

Ningún canalla quiere irse al infierno sin compañía; siempre quiere arrastrar consigo a tantos como pueda. Que otros se vuelvan culpables con él es su alegría. Y esa sola alegría se expresa en el artículo de fondo que el demonio de la propaganda alemana acaba de soltar y en el cual denuncia como «bárbaro asesinato» las inevitables crueldades de la guerra aérea (que es indispensable para la liberación de Europa). En palabras apenas veladas exhorta a la población alemana a la justicia del linchamiento contra pilotos anglosajones derribados. ¿Le harán caso a ese exhorto? Lo dudo. En el fondo, la población alemana sabe que sólo está recibiendo lo que ha repartido, y recuerda el refrán de que quien siembra vientos recogerá tempestades. Bien puede ser que ustedes, alemanes no hubieran esperado de los pueblos anglosajones lo que ahora hacen. Pero sólo es un reflejo de lo que la Alemania nazi ha hecho a los demás pueblos y sigue haciéndoles. Ustedes no tienen la menor noción de ello, o quizá sólo una horrorosa noción. En su nota de enero de 1942 a los gobiernos aliados y neutrales, dijo Molotov, ministro ruso de Relaciones Exteriores: «No hay límites para la crueldad y sed de sangre del ejército alemán-fascista en su invasión a nuestro territorio. El ejército hitleriano no lleva a cabo una guerra ordinaria

sino una guerra de gángsters con el objetivo de exterminar a un pueblo pacífico (…). El régimen hitleriano, que ha atacado a traición a la Unión Soviética, no respeta ni los preceptos del derecho de gentes ni las exigencias de la moral humana. Realiza la guerra en primer lugar y ante todo contra la población inerme, contra mujeres, niños y ancianos».

De mujeres y niños habla ahora también Goebbels. Lo hace en su querido y acogedor ¡*Völkischer Beobachter*! Paul Joseph Goebbels habla también del derecho de gentes. Es tan libre. Dicta sentencia a todo el ejército alemán al afirmar: «No hay ningún artículo de guerra que absuelva de culpa a un soldado culpable de actos abyectos sólo porque los cometió por orden de su superior». Este hombre es capaz de asentar la frase «Siempre fue nuestro deseo que la guerra se librara en los límites de la caballerosidad, pero nuestros adversarios parecen incapaces de ello». El cielo y el infierno sueltan una carcajada de burla, pero el ladino chaparro no la oye.

Sabe lo que quiere cuando exhorta a la población alemana a actos individuales de venganza contra prisioneros de guerra. Quiere más asesinatos, cada vez más culpables, para que él y los suyos no hayan sido los únicos. A ese gélido mentiroso, las mujeres y los niños alemanes que han perecido lo dejan tan indiferente como los polacos, los checos, los holandeses, los ingleses. El falsete de sus gritos de dolor no es otra cosa que la expresión de satisfacción al ver que otros se vuelvan culpables al resistirse a la maldad. Eso no se debe hacer, dicen las Escrituras. Pero las Escrituras no nos dicen cómo se rehuyen la culpa y la vergüenza cuando se deja reinar la maldad sin resistencia.

La culpa exige expiación. Los pueblos libres, quiera Dios, por mucha culpa que deban atribuirse, la expiarán con la construcción de una paz que proteja a todos, durante muchas generaciones, de los horrores morales de la guerra.

1.º de enero de 1945

Acontecimientos bélicos de junio-diciembre de 1944

El día de junio 4 los Aliados entran en Roma. El día 6 se inician los desembarcos aliados de D-Day en Normandía. El 9, se inicia la ofensiva soviética contra el frente finlandés. El 10 los nazis liquidan el pueblo francés Oradour-sur-Glane. El día 12 se realiza el primer ataque a Gran Bretaña con cohetes V1; de 10 lanzados, cuatro caen a tierra segundos después de su lanzamiento; cinco llegan a Londres y causan daños mínimos. Pero el día 15 se lanzan, con éxito, 244 cohetes V1 que caen sobre Londres. El día 20 los soviéticos capturan Viborg en Finlandia. Al otro día Finlandia pide paz; el 22 la Unión Soviética pide rendición incondicional, y ese mismo día lanza su gran ofensiva de verano llamada «Bagration». El 27 tropas norteamericanas liberan el puerto de Cherbourg.

El día 3 de julio las tropas soviéticas recapturan Minsk. Los aliados británicos y canadienses capturan Caen el día 9. El 18 tropas norteamericanas capturan Saint Lô. El 19 el general Kuniaka Koiso se convierte en el nuevo Primer Ministro del Japón. El 20, a las 12:45 horas, Claus Schenk Graf von Stauffenberg intenta asesinar a Hitler, infructuosamente, con una bomba dentro de un portafolios colocado debajo de la mesa de roble donde el Führer conducía una reunión con jefes militares en el Berghof; Hitler, con lesiones menores, se reúne a las 15 horas con Mussolini. El día 21 tropas norteamericanas desembarcan en Guam. El 25 las tropas aliadas rebasan Normandía; ese día Hitler nombra a Goebbels «Plenipotenciario del Reich» a fin de instrumentar el «Esfuerzo Bélico Total», con lo cual se pudo reclutar a mujeres para trabajar en la industria, liberando así a casi 452 mil hombres para ser reclutados en el ejército para el mes de octubre. El 28, los soviéticos vuelven a capturar Brest-Litovsk, y Estados Unidos toma Coutances.

El día 1.º de agosto se inicia el levantamiento del ejército polaco clandestino contra los nazis en Varsovia; tropas norteamericanas llegan a Avranches, con lo cual se abre la ruta a los puertos costeños de Bretaña, el flanco alemán expuesto hacia el oriente y el corazón de Francia. Al otro día las tropas soviéticas llegan al Mar Báltico en Latvia, y Turquía anuncia que rompe relaciones con Alemania. El 4, los Aliados capturan Florencia, y la familia de Ana Frank es arrestada por el Gestapo en Ámsterdam, Holanda. El día 7 se inician los juicios sumarios en contra de los implicados en la tentativa de asesinato de Hitler. *[Al final de los juicios, meses después, fueron ejecutados alrededor de 200 personas presuntamente implicadas]*. Se inicia el día 15 la operación aliada «Dragón» para invadir el sur de Francia. El 19 se levanta la Resistencia en París. Ese mismo día la Unión Soviética lanza su ofensiva en los Balcanes con un ataque a Rumania. El 19 el mariscal de campo Günther von Kluge se suicida, cerca de Metz, por su relación con los conspiradores en contra de Hitler. Los Aliados rodean a los alemanes en Falaise el 20. El 23 Rumania se rinde y se une a los Aliados. El 24

Bordeaux es capturada por los Aliados. París es liberado el día 25. El 28, caen Marsella y Toulon en manos aliadas. El 29, se inicia el levantamiento en Eslovaquia. El 20, las tropas alemanas abandonan Bulgaria. El último del mes, las tropas soviéticas capturan Bucarest.

El día 2 de septiembre los Aliados capturan Pisa. El 3, los alemanes abandonan Finlandia; Bruselas y Amberes son capturadas por los Aliados. El 5 se declara una tregua entre Finlandia y la Unión Soviética; ésta declara la guerra a Bulgaria. El día 8 el primer misil V2 cae sobre Gran Bretaña; se lanzan sólo 25 en el espacio de 10 días. *[Hasta el final de la guerra fueron lanzados 3 mil cohetes V2, especialmente sobre Londres, Amberes y Bruselas. Murieron 2 mil 724 personas, pero el efecto militar fue casi nulo]*. El 9 se declara una tregua entre Bulgaria y la Unión Soviética. El 11, los Aliados entran en Alemania; el 13 llegan a la línea «Sigfrido». El 17 se inicia la operación «Market Garden» en Holanda, pero se atasca. El 19, Finlandia firma un armisticio con la Unión Soviética. El 22 Boulogne es capturada por los Aliados. Los soviéticos entran en Checoslovaquia el 24. El 26 Hitler firma un decreto fechado el día anterior, por medio del cual se establece el «Volkssturm Alemán», milicia compuesta de todos los hombres entre la edad de 16 y 60 años capaces de portar armas. El 26, los soviéticos ocupan Estonia. Hitler se encuentra muy enfermo; el día 27 tiene claras señales de ictericia; debe quedar en cama varios días. *[Por fin se levanta el 2 de octubre y ha perdido más de siete kilos]*, Calais es capturada por los Aliados el día 28. Entre junio y septiembre, más de un millón de hombres de la Wehrmacht son muertos, capturados o están perdidos.

Entre los meses de agosto y octubre, mueren o son heridos un millón 189 mil alemanes. El día 1.º de octubre las tropas soviéticas entran en Yugoslavia. El día 2 termina el levantamiento de Varsovia con la entrega a los alemanes del Ejército Polaco. El 4, los Aliados desembarcan en Grecia. El día 10, Rovaniemi es destruida por las tropas alemanas. Entre el 10 y el 29 las tropas soviéticas capturan Riga. El 14, los Aliados liberan Atenas; Rommel se suicida. Los soviéticos penetran en Prusia del Este hasta Nemmersdorf, Goldap y las afueras de Gumbinnen el día 16. *[Dos semanas después fueron retomadas por los nazis, y así la ofensiva soviética fue detenida momentáneamente]*. El 20 de octubre Belgrado es capturada por los Aliados. El 21, tras un mes de lucha armada y una semana de bombardeos constantes, los alemanes se rinden en masa en Aachen, la primera ciudad alemana en caer ante los Aliados. El 23, las tropas soviéticas entran en Prusia del Este. El día 30 se usan las cámaras de gas en Auschwitz por última vez.

El día 4 de noviembre se rinden las tropas del Eje en Grecia. El 20, tropas francesas penetran la «Abertura Belfort» y llegan al Rhin. Ese día Hitler abandona para siempre su guarida en Prusia del Este y se traslada a Berlín. Strasbourg es capturada por los Aliados el día 24. Albania cae en manos de los Aliados el día 29.

El día 4 de diciembre estalla la guerra civil en Grecia; Atenas vive bajo ley marcial. Entre el 16 y el 27 se desarrolla la «Batalla del Bulge» o la «Campaña de las Ardenas» (para los Aliados, en inglés y español, respectivamente), u «Operación Neblina de Otoño» (para los nazis); los alemanes logran cierta penetración pero se detienen cerca del río Mosa a fines del mes; hay 220 mil bajas alemanas. El 17, los Waffen SS asesinan 81 prisioneros de guerra en Malmedy. El 26, el general Patton llega a Bastogne y releva a las tropas que la defendían; fracasa la ofensiva alemana. Al otro día, las tropas soviéticas sitian a Budapest. Los últimos días de diciembre se inicia la última ofensiva alemana, «Viento Norte»; Alemania junta 800 aviones para el ataque; logran destruir alrededor de 300 aviones aliados, lo cual detiene el poder aéreo enemigo durante aproximadamente una semana, pero los alemanes pierden 277 aviones, golpe del cual no se recupera la Luftwaffe.

¡Radioescuchas alemanes!

Les he hablado —o he tratado de hablarles— en la época en que los ejércitos de Hitler rodaban victoriosos sobre Europa y penetraban hasta la frontera de Egipto. Y he tildado sus victorias de falsas, engañosas y desesperadas. He callado cuando se volteó la hoja, cuando Roma, París, Bruselas y los Balcanes fueron liberadas de los nazis. La «fortaleza Europa» se convirtió en «fortaleza Alemania» y pareció próximo el fin de la guerra, el fin de Hitler y de los suyos.

Tiene cierta lógica que yo reanude mis breves alocuciones ahora que Hitler o Himmler vuelven a parecer triunfantes. La Wehrmacht ha sacado fuerzas de flaqueza hacia un rabioso contragolpe y con ello le ha dado al régimen nazi un nuevo plazo, otra vez un respiro de gracia. ¿Me creerán si les aseguro que esos triunfos, si se les puede llamar así, son tan huecos, absurdos y desesperados como los anteriores? No hay ninguna victoria nazi. Todo lo que así parece es un sangriento disparate, está anulado de antemano. Esos hombres viven en la inconcebible locura de que podrían —ahora que ya se les ha escapado el dominio del mundo— cansar a los aliados mediante una prolongada resistencia y llevarlos a una paz negociada, una paz con ellos. ¡Una paz de Rusia, Estados Unidos e Inglaterra con Hitler y Himmler! ¡Una paz en la que subsistiera el régimen nazi! ¿Creen ustedes en eso? ¿Lo creen en particular los alemanes del todavía pequeño territorio ocupado? Entre ustedes se ha rasgado un poco el hermético aislamiento de Alemania frente al mundo y a su pensamiento y su sentir. Penetra algo de aire exterior: oyen la voz del mundo y ya no comparten del todo la desconsoladora ignorancia de sus hermanos en el Reich de Hitler. ¿Qué creen? O preguntaré: ¿Qué temen? ¿Pueden temer o siquiera por un momento albergar la idea de que al final de esta abominable guerra impuesta por Hitler, por cercano o lejano que se halle ese final, seguirá en pie el régimen nazi? No, eso no lo puede concebir nadie en su sano juicio.

El mundo necesita la paz, por el amor de la vida y de la muerte la necesita, y por eso no puede aprovechar el nacionalsocialismo, que no tiene otro sentido ni objeto que la guerra. Cueste lo que cueste en tiempo y víctimas, la tierra debe ser liberada y los hombres rescatados de él. Quienes luchan por ello no tienen el gesto del sombrío fanatismo que Alemania ha debido aprender de sus señores, de esos sangrientos comediantes. ¡No se dejen engañar! ¡No teman nada ni se hagan falsas ilusiones cuando les parezcan negligentes! Ellos no necesitan los gestos de terrible incondicionalidad con que la Alemania de Hitler trata de infundirnos pavor a todos. Lo que deba ser no pueden dejar de quererlo, y tengan la certeza de que lo llevarán a cabo aun entre fallas, errores, retrocesos, desilusiones. Por otro lado, ese gesto de extremo heroísmo que exhibe la Alemania nazi es sólo un visaje, un aire de susto ante la justicia a criminales ya caducos sin nada que perder, que no pueden esperar nada de la rendición, que nunca capitularán ni podrán ganar la paz. Por ello tratan de convencer al pueblo que sangra por ellos y que sólo por ellos se hunde cada vez más en la desgracia y la barbarie, de que no podrá darse la paz con un mundo cuya declarada e indispensable meta es, sin embargo, la paz y la constructiva colaboración de los pueblos. Nunca ha habido tal divergencia entre los intereses de un pueblo y sus gobernantes como hoy entre ustedes los alemanes.

Aquí el pueblo, cuya causa debiera ser la paz y la reconstrucción… Allá los granujas del poder, encadenados a la guerra, que no tienen esperanza alguna fuera de la guerra y por eso estrangulan con una lenta cuerda a todo aquel que quiera salvar a Alemania, devolverle el derecho a pensar en la paz y en la reedificación después de una desmedida destrucción… Los alemanes del territorio ocupado tienen ya hoy el derecho a esa idea. En el recién iniciado 1945 vamos a seguirla juntos.

14 de enero de 1945

Acontecimientos bélicos de enero

Del 1.º al 17, los alemanes se retiran de las Ardenas. El día 9 tropas norteamericanas desembarcan en Filipinas. El 12 se inicia la ofensiva soviética en el Primer Frente Ucraniano del mariscal Konev. El día 16, se juntan el Primer y el Tercer Ejércitos norteamericanos tras un mes de separación durante la Campaña de las Ardenas. El día 17 se inician las «Marchas de la Muerte», en que de 56 mil prisioneros en los campos de concentración son forzados a caminar hacia Alemania; se mueren miles por hambre, frío, enfermedad, cansancio; cualquiera que se detiene es asesinado sin mayor demora. También el 17, los nazis evacúan Varsovia y la ciudad es capturada por tropas soviéticas. El 18, tropas soviéticas entran en Budapest. *[Las batallas en la ciudad durarían hasta mediados de febrero]*. Para el día 23, las tropas soviéticas ya han llegado al Oder, entre Oppeln y Ohlau. Auschwitz es liberada por las tropas soviéticas el día 26; los SS destruyen los últimos crematorios de Birkenau. Ese día las tropas japonesas se retiran a la costa china. El 27, las tropas soviéticas liberan a los siete mil prisioneros esqueléticos que encuentran en el complejo de Auschwitz. El 20, un submarino soviético hunde el barco hospital alemán con 6 mil refugiados de Prusia del Este; se trata del peor desastre marítimo de todos los tiempos.

¡Radioescuchas alemanes!

¡Si sólo terminara esta guerra! ¡Si sólo hubiera sucedido ya lo que ha de suceder, sin importar el aspecto que ofrezca al principio! ¡Si estuvieran ya eliminados los pavorosos hombres que han traído a Alemania hasta aquí, y se pudiera empezar a pensar en un reinicio de la vida, en despejar las ruinas, las internas y las externas, en la paulatina reconstrucción, en una comprensiva reconciliación con los demás países y una digna convivencia con ellos! ¿Es eso lo que desean? ¿Expreso yo con eso su anhelo? Lo creo.

Ustedes están más que hartos de la muerte, de la destrucción, del caos (por mucho que lo más secreto de ustedes lo haya anhelado a veces). Quieren orden y vida, un nuevo orden de la vida, por muy sombrío y difícil que pueda resultar durante años. Eso es valeroso. Es hasta mucho más valeroso que el enloquecido fanatismo con que la juventud alemana en anuas cree tener, todavía hoy, la obligación de defender el «sagrado» suelo alemán, tan plenamente profanado y ensuciado por la mentira y el crimen. Pero una cosa se necesita para el reinicio. Para la reconciliación con el mundo hay una condición previa, a cuyo cumplimiento está atada toda comprensión moral con otros pueblos, y sin cuyo cumplimiento los alemanes no concebirán nunca lo que les sucede. Es la clara comprensión de que no se puede expiar lo que una Alemania educada para la bestialidad por maestros abyectos ha cometido con la humanidad. Es la toma de conciencia, plena y sin reservas, de los horrorosos crímenes de los cuales ustedes todavía hoy conocen lo mínimo (en parte porque los encerraron, los desterraron con violencia a la estupidez y al bochorno, y en parte porque el instinto de autoprotección los hizo apartar de sus conciencias el conocimiento de este horror). Pero es preciso que penetre en su conciencia si quieren comprender y vivir, y hará falta una potente obra de ilustración, que no tienen derecho a desechar como propaganda, para que realmente sepan.

Lo que una filosofía de escarnio de la más sucia arrogancia ha permitido que sus gobernantes pusieran en práctica, lo que han hecho usando las manos de sus hijos, usando sus manos, es increíble, pero es cierto. ¿Tienes noticia, tú que ahora me oyes, de Maidanek —junto a Lublin en Polonia— el campo de exterminio de Hitler? No era un campo de concentración sino una gigantesca instalación de asesinatos. Allí se alza un gran edificio de piedra con una chimenea de fábrica, el crematorio más grande del mundo. De buena gana se habría apresurado la gente a destruirlo cuando llegaron los rusos, pero en su mayor parte está en pie, un monumento, el monumento del Tercer Reich. Más de medio millón de europeos, hombres, mujeres y niños, fueron envenenados allí con cloro en cámaras de gas y después quemados, mil 400 diariamente. Día y noche funcionaba la fábrica de la muerte, sus chimeneas humeaban de continuo. Ya se había iniciado una

ampliación. La institución suiza de ayuda a los refugiados sabe más. Sus hombres de confianza vieron los campos de Auschwitz y Birkenau. Vieron lo que ningún hombre de sentimientos puede creer si no lo ha visto con sus propios ojos: los huesos humanos, barriles de cal, tubos de cloro gaseoso y la instalación de combustión. Además de los montones de ropa y zapatos que les quitaban a las víctimas, vieron muchos zapatitos, zapatos de niño. Tú, compatriota alemán, tú, mujer alemana, ¡escucha!

Desde el 15 de abril de 1942 hasta el 15 de abril de 1944 fueron asesinados en esas dos instalaciones alemanas un millón 715 mil judíos. ¿De dónde sale esa cifra? ¡Pues de que su gente llevaba la contabilidad con ese sentido alemán del orden! Se ha encontrado el registro de la muerte y además cientos de miles de pasaportes y documentos personales de no menos de 22 nacionalidades de Europa. También contabilizaban esos embrutecidos la harina de huesos, el fertilizante artificial sacado de esa empresa. Pues los residuos de los cremados eran molidos y pulverizados, empacados y enviados a Alemania para fertilizar el suelo alemán, el sagrado suelo que los ejércitos alemanes después de eso creen tener el deber de defender, el derecho a defender contra su profanación por el enemigo.

Sólo he dado unos cuantos ejemplos de lo que es inminente que ustedes sepan. Los fusilamientos de rehenes, el asesinato de prisioneros, las cámaras de tortura de la Gestapo encontradas en la Europa ocupada, las matanzas entre la población civil rusa, la diabólica política nazi de despoblación en todos los países para que la raza señorial siempre fuera numéricamente superior, la muerte proyectada, deseada, provocada de niños en Francia, Bélgica, los Países Bajos, Grecia y sobre todo Polonia. Ni siquiera se puede enumerar en unos cuantos minutos todo lo que la Alemania nazi ha cometido contra los hombres, contra la humanidad. Alemanes, tienen que saberlo. Horror, vergüenza y arrepentimiento es lo primero que se necesita. Y sólo un odio se necesita: el odio a los granujas que hicieron abominable el nombre alemán ante Dios y el mundo entero.

16 de enero de 1945

¡Radioescuchas alemanes!

El 30 de enero de 1933 se cumplen 12 años de Hitler en el poder. Está bien, también es un aniversario. Será celebrado: no con alegría, desde luego, y no con orgullo, y menos aún con un desafío sostenido artificialmente, pero tampoco con una infructuosa desesperación y en autodesprecio, sino con la serena visión de un terrible error que fue a medias culpable y a medias fatídico, y además con la esperanza, la certeza, de que están contados los días de este episodio de la historia alemana, horrible y vergonzoso a más no poder, de que habremos despertado de la pesadilla, de lo que ojalá no hubiera sido más que una pesadilla.

Por desgracia, era una realidad. Europa está en ruinas, y con ella, Alemania. Las destrucciones perpetradas por el nacionalsocialismo, las físicas y las morales, no tienen precedente. Lo que ha costado en vidas y haciendas por su furia rapaz y asesina, su diabólica política de despoblación, es inconmensurable. Más terrorífico aún, si cabe, es el desastre anímico que produjo con su terror, el envilecimiento y la perversión, la humillación y descomposición humana mediante la compulsión a mentir y a la doble existencia, la coacción de la conciencia.

Después de mil vilezas en la propia Alemania, desencadenó la guerra que llevaba en sí mismo y de la cual fue sinónimo desde el primer día. ¿Culpa del pueblo alemán, que vio en un sangriento espantajo al redentor? No queremos hablar de culpa. No hay nombre para la fatal concatenación de consecuencias de una desdichada historia, y si hay culpa, está

entrecruzada con mucha culpa del mundo. Pero responsabilidad es algo distinto de culpa. Responsables somos todos de eso que brotó de la esencia alemana y fue perpetrado históricamente como conjunto por Alemania. Es pedir demasiado que otros pueblos distingan limpiamente entre el nazismo y el pueblo alemán. Pero sí existe eso: Alemania, si existe el pueblo como configuración histórica, como personalidad colectiva con carácter y destino, entonces el nacionalsocialismo no es otra cosa que la forma en que un pueblo, el alemán, se lanzó hace 12 años a poner en práctica el intento de sojuzgar y esclavizar el mundo con los medios más osados, más extensos, crueles y pérfidos que la historia haya conocido, intento que estuvo a un pelo de triunfar. Así debe verlo el mundo, aunque diversas capas del pueblo alemán no lo puedan percibir así.

Los adversarios de Alemania, todos los cuales padecen grandemente —también el gigantesco y rico país desde el cual estoy hablando se sacrifica y padece—, esos adversarios han tenido que vérselas desde el primer día de la guerra con todo lo que hay en Alemania de inteligencia, inventiva, valor, amor a la obediencia, aptitud militar. En pocas palabras, con la totalidad de la fuerza de pueblo alemán, que como tal está detrás del régimen y acompaña a Hitler y Himmler, quienes no serían nada sin la fuerza viril alemana y si la ciega fidelidad viril no siguiera peleando y cayendo hoy con nefasta bravura de león por esos granujas.

¿Dicen que no es por ellos sino por el sagrado suelo alemán? Amigos míos, el suelo alemán lleva tanto tiempo de ser desacralizado y profanado por un dominio (que Alemania jamás debió dejarse imponer), por la mentira, la injusticia y el crimen, que su defensa por esta vez se ha vuelto absurda, es una empedernida terquedad y no un honroso coraje. El coraje que continúa dando la cara por algo que se ha comprobado como maldad, es en verdad pavor ante el final y ante el reinicio, una cobardía que malamente se compadece con el pueblo de «muere y conviértete». Un joven poeta se ha atrevido en Alemania, en la guerra, bajo los nazis, a escribir estos versos:

Y nuestra palabra, tanto tiempo acostumbrada a mentir,
ya no sirve para el sagrado canto

Lo mismo que con la palabra alemana ocurre con la deshonrada espada alemana. Ya hace mucho tiempo que no sirve defender una Alemania que sigue siendo sagrada para todos nosotros. Derríbenla, acábenla para que sea posible un nuevo comienzo, una nueva vida.

31 de enero de 1945

¡Radioescuchas alemanes!

El miserable sujeto que aún se designa como el Führer de Alemania, que aún se permite amenazar con vergonzosa muerte a quien se oponga a la demencial continuación de una guerra enteramente perdida —es decir, Hitler— ha iniciado el duodécimo aniversario de su dominio —el más negro día del almanaque de la historia alemana— con un discurso transmitido por radio que ustedes, habitantes de un territorio ocupado, apenas habrán escuchado. ¿Qué les interesa el registro que pueda tocar de su acostumbrada retórica de pacotilla para transfigurar heroicamente su desgraciada existencia declinante y presentarse como «combatiente de Dios», como el elegido «defensor de Alemania contra un mundo de pérfidos envidiosos», como «adalid de Europa contra las hordas del Este, que sólo traman destrucción»? Con esos desatinos imbéciles e infinitamente desvergonzados trata de embotarse a sí mismo y al pueblo alemán.

Él se pone en la boca el nombre de Alemania, del país que ha corrompido, al cual ha robado el espíritu y ha arruinado desde sus cimientos y en todos los sentidos, mismo que ha conducido al punto más bajo de su historia y ha convertido en horror ante Dios y ante el mundo. «Europa», dice, y se refiere al globo terráqueo que ha pisoteado, torturado, violado, castrado, asesinado hasta el exterminio, del cual ha extorsionado medio millar de millones de dólares por pretendidos costos de ocupación y por mercancías no pagadas, y del cual ahora se declara «protector contra el desalmado Oriente y Occidente».

¿Puede todavía cualquier alemán, sin sentir el más profundo asco, oír los rancios chismes de ese hombre sobre la conjura mundial plutocrática-bolchevique-judía contra él, quien se considera defensor de los más altos valores de Occidente? Ha mentido al pueblo alemán y le ha envenenado el sentido con cada palabra que haya llegado a ladrarle y aullarle al oído.

Ahora quiere salvarse de su innata e inevitable perdición, salvarse a sí mismo y a su régimen agobiado de crímenes. Y vuelve a mentir a su pueblo, que ya ha entregado todo lo suyo a una causa abyecta. Para que siga resistiendo más y más, se desangre y se sacrifique en una lucha perdida, le jura que nada de lo que está padeciendo podría resistir ni remotamente la comparación con la espantosa ruina que Alemania puede esperar como resultado de su admitida derrota. Habla como si a Alemania le fuera a ir como les ha ido a los países adonde la Gestapo entró detrás de sus tropas. Habla como si los adversarios de Alemania fueran nazis y se comportaran frente a los vencidos como lo hacen los nazis.

Pero los adversarios y vencedores de Alemania no son los carniceros y bestias de las SS, sino hombres, y los habitantes del territorio ocupado en el Oeste ya lo saben. Precisamente porque son hombres que, en fundamental contraste con el nacionalsocialismo, se sienten comprometidos con cierto código de honor del derecho y de la decencia, estuvieron algún tiempo en desventaja frente a un enemigo que no conocía tales escrúpulos. A ustedes, gente de Aquisgrán y alrededores, el general Eisenhower les ha dicho: «Venimos como vencedores pero no como opresores». Ustedes saben que eso es cierto. A la sarta de mentiras forzadas por el miedo sobre la destrucción de Alemania, y el aniquilamiento del pueblo alemán, pueden oponer una mayor experiencia que sus hermanos del Reich nazi.

Una desdicha superior a la cual hoy le toca a Alemania no podrá padecerla jamás. No existe una miseria más honda que la dominación nazi. No cabe imaginar una situación, una vida peor que el deshumanizante honor de una guerra que por demencial terquedad se pretende prolongar contra el destino sellado sobre su natural conclusión.

Todo será mejor que esto. Una pesada vida de estrecheces espera a Alemania. ¿Podría ser de otro modo? Una vida que durante largo tiempo no podrá ser dedicada al bienestar nacional sino al intento de reparar las

fechorías, que claman al cielo, cometidas por la Alemania de Hitler contra otros pueblos. Un odio terriblemente acumulado en todas partes debe ser rebajado poco a poco, aplacado poco a poco. Y yo pregunto: que vuelvan la paz, la seguridad jurídica, un goce de la vida que vuelve a despertar lentamente, el hallarse libre de la carga de la locura de la soberbia de ser un pueblo elegido que debe someter al mundo, la reconciliación y la colaboración con los pueblos del círculo cultural común, ¿no será eso mejor que el infierno actual? ¿No es eso lo que, en lo más hondo del alma, anhelan, alemanes?

16 de febrero de 1945

Acontecimientos bélicos de febrero

El día 3 Berlín sufre su peor ataque aéreo hasta el momento; mueren tres mil y otros dos mil son heridos. El día 4 los Aliados capturan Manila. Del 4 al 11, Roosevelt. Churchill y Stalin se reúnen en Yalta; el 12 emiten un comunicado conjunto donde se habla de una Alemania dividida y desmilitarizada, del control de su industria y de reparaciones; se procesará legalmente a criminales de guerra y será abolido el partido nazi. Los días 13 y 14, la hermosa ciudad alemana de Dresde es destruida por bombas incendiarias; primero llegan los británicos, y después, los norteamericanos; por lo menos 35 mil personas mueren en esta muestra innecesaria de fuerza y superioridad aéreas, pues Dresde no tiene ningún valor militar. El 19 las tropas norteamericanas desembarcan en Iwo Jima.

¡Radioescuchas alemanes!

El manifiesto de los tres estadistas que conferenciaron en Yalta no ofreció nada sorprendente. Contra la derrotada Alemania hitleriana anunció algo tan poco novedoso en cuanto a lo que la opinión pública alemana hubiera podido esperar desde hace mucho tiempo, que la propaganda nazi hubo de hacer grueso acopio de sus mentiras para hacer de esas declaraciones un canto de odio, un plan judío de asesinatos o lo que las frases histéricas digan.

El desarme del país y la disolución del estado mayor general, o bien la ocupación durante un extenso periodo por las tropas de las potencias vencedoras, la supresión o vigilancia de esa parte de la industria alemana que pudiera servir para la fabricación de material bélico, la expiación y reparación provisional de los más manifiestos crímenes nazis cometidos en

esta guerra, el total exterminio del Partido Nacional Socialista con todas sus leyes e instituciones, y de toda su influencia sobre la vida pública: ésas son las cosas más naturales que podían esperarse. Y encuentran su complemento y explicación en estas palabras: «No es nuestro propósito destruir el pueblo alemán. Pero sólo cuando el nazismo y el militarismo estén aniquilados, se podrá tener la esperanza de que los alemanes regresen a la civilidad y a un lugar para ellos en la comunidad de los pueblos».

La propaganda de Goebbels ha tenido la prudencia de robar a los alemanes esa frase condicionalmente conciliadora y que apunta al futuro. Hace como si el enemigo «se hubiera quitado la careta» —quisiéramos saber qué careta— con un manifiesto que sólo contiene lo claramente necesario, razonable e ineludible y tras ello se presentara «la diabólica jeta del judío»— como si hiciera falta el judío para llegar al convencimiento de que la erradicación del nazismo es una necesidad para hacer soportable la vida sobre la Tierra.

Pues está bien claro: sin importar lo que hubiera dicho el comunicado de Yalta, si incluía la destrucción del dominio nazi sobre Alemania, ellos hablarían de que el comunicado es la «desvergonzada revelación de un infernal plan asesino» y un «ataque a la humanidad y al género humano». Así se lo presentan a los alemanes, para que hagan lo último, lo máximo por un régimen que los condujo a esa perdición, con la creencia de que lo hacen por ustedes.

Nunca pensaron esos bandidos en ustedes, en Alemania. Siempre pensaron solamente en ellos mismos, en el poder al que se aferraban y en cuyo ejercicio —sin el freno de ningún temor a Dios— deshonraron durante 12 años la vida humana. Nunca tuvo un pueblo dictadores más crueles y despiadados que se empeñaran tanto para que el país y el pueblo se hundieran con ellos. Si ellos ya no van a existir, no deberá haber ninguna Alemania. Son ellos los que la destruyen. Sólo ellos.

Si el pueblo alemán hubiera sido capaz, aunque tarde —tal vez tras la invasión de Francia— de hacer saltar la trampa en la cual cayó en 1933 y liberarse de los tiranos que jugaban a la desesperada y de concertar la paz, el Reich se habría conservado aproximadamente en las fronteras de 1918, como Francia se mantuvo después de la caída de Napoleón. Desde luego,

era un tirano y también un advenedizo. Pero tenía interés por su país, por su futuro y su supervivencia. Cuando fue derrotado, definitivamente derrotado, desocupó el trono, renunció, se entregó preso y legó así al diplomático, al odiado Talleyrand, la posibilidad de rescatar en Viena lo que pudiera rescatarse para Francia.

Otra cosa son nuestros «héroes». Al obligar al desdichado pueblo a prolongar la guerra vilmente iniciada, hasta la más extrema perdición, conseguirán que Alemania, agotada y quebrantada, caiga en tantos pedazos que tal vez no vuelva a reunirse nunca. Reos de alta traición a su país no los hubo más villanos que estos nacionalistas. Les resonará una maldición como nunca antes a quienes confundieron los sentidos de un gran pueblo, y sin conciencia hicieron mal uso de sus fuerzas.

4 de marzo de 1945

Acontecimientos bélicos de marzo-abril

El día 6 los alemanes lanzan una ofensiva para defender los campos petroleros de Hungría. El día 7 los Aliados capturan Colonia y tienden un puente sobre el Rhin en Remagen. El día 19 Hitler emite un decreto que ordena la destrucción de toda instalación alemana que pudiera ser útil a las tropas enemigas. El 20, los Aliados capturan Mandalay en Burma (actualmente Myanmar). El día 30 las tropas soviéticas capturan Danzig. El día 1.º de abril las tropas alemanas son rodeadas en el Ruhr ofensiva aliada en Italia; tropas norteamericanas desembarcan en Okinawa. El día 5 el almirante Suzuki se convierte en el nuevo Primer Ministro del Japón. El 10, los aliados capturan Hannover. Al otro día, los Aliados liberan Buchenwald y Belsen. El día 12 el presidente Roosevelt muere y es reemplazado por Harry S. Truman; Hitler piensa, erróneamente por supuesto, que se trata del milagro que esperaba y que, por esto, los Aliados perderán la guerra. Pero no le dura el gusto porque ese mismo día los soviéticos capturan Viena. El 15, Arnhem; ese día liberan Bergen-Belsen. El 16, los soviéticos inician su ofensiva a Berlín; ese día los Aliados capturan Nuremberg. El 18 se rinden las tropas alemanas en el Ruhr. El 23 las tropas soviéticas llegan a Berlín. El 25 las últimas tropas alemanas abandonan Finlandia. Ese día se reúnen tropas soviéticas y norteamericanas en el Elba; Heinrich Himmler empieza a negociar con los Aliados. El 28, Mussolini es capturado y ahorcado por partisanos italianos; los Aliados capturan Venecia. El 29 liberan Dachau; ese mismo día Hitler se casa con Eva Braun; las tropas soviéticas capturan Ravensbrück. El día 30 Hitler se suicida; el gran almirante Karl Dönitz le sucede; se suicida Joseph Goebbels.

¡Radioescuchas alemanes!

En términos que tienen que ver con los seres humanos, las épocas de la historia son bastante breves —por lo menos en Europa—, pues no se ha dado ahí una rígida duración de lo mismo a través de vastos espacios de tiempo (como por ejemplo en el antiguo Egipto o China). Todo el reinado francés, calculado a simple vista, duró 500 años, plazo de insólita longitud,

como no aparece en absoluto en Alemania. Allí ya son demasiados 100 años para un capítulo de la historia.

¿Quién hubiera creído que el Reich del Kaiser de 1871 no duraría más de 47 años? Si se añade el interludio de la República de Weimar —en el que subsistió el anterior Reich prusiano-alemán— se llega a 62 años, y eso es todo. Pero aunque uno se decida por una perspectiva más amplia y revise la historia de Alemania (que gracias a Hitler encuentra hoy su catastrófico final) hasta Federico II de Prusia y sus guerras de conquista, se tienen alrededor de 200 años, y no más, para una muy generosa sinopsis histórica.

Por ello, fue una especial majadería que los historiadores nacionalsocialistas desvariaran acerca de los mil años, ¿qué digo?, de los 30 mil años que su Reich debía durar, con lo cual se hizo evidente que para Alemania sería demasiado tiempo, aunque sólo se mantuviera diez años. Hasta ahora, ha durado 12 años. Y el resultado es tan espantoso que no se concibe cómo siguen existiendo importantes partes del ejército y del pueblo alemán que, con un ánimo combativo tan tenaz como desesperado, dan la cara por esos bancarrotistas y exponen el pellejo por ellos.

Si se oye la respuesta: «No por ellos combate el soldado alemán sino por Alemania, amenazada de hundimiento», sólo cabe contestar: ¡Eso es un disparate! Pues Alemania no se identifica con el sombrío y tenebroso episodio que lleva el nombre de Hitler. Tampoco se identifica siquiera con la era de Bismarck, del Reich prusiano-alemán. Ni siquiera se identifica con el capítulo de la historia alemana, de unos dos siglos de extensión, al que se puede bautizar con el nombre de Federico II.

Alemania no ha muerto. Está a punto de adoptar una nueva configuración y pasar a un nuevo estado, y a eso le teme, a eso se resiste todavía. Hay una tendencia histórica a la inercia, que se presenta como heroísmo, pero que sólo es desconcierto ante lo nuevo, ante una novedad que todavía está en formación y transición, pero que promete más felicidad y auténtica dignidad (que tal vez satisfaga más a las propias instituciones y repare las necesidades de la nación, incluso más que lo viejo, lo de antaño) y de lo cual se está desprendiendo todavía con renuencia.

Ninguna imagen histórica dura para siempre. Del nacionalsocialismo ya no hablo. Pero ¿por qué deberían haber dicho la última palabra de la

historia alemana sólo el antiguo Reich centralista prusiano-alemán y el seudo-democrático Reich de Bismarck? ¿Era tan excluyentemente alemán? ¿Se excluyó en esa figura con tanta felicidad y dignidad de vivir? ¿Redundaba en pura alegría para el mundo y para sí mismo? Se puede impugnar todo eso. Y lo que se debería afirmar es que el fin del Reich bélico agrupado en torno a Prusia no significa el fin de Alemania, la muerte del pueblo alemán.

Es inminente la ocupación del país por las tropas de los vencedores. Ya no habrá gobierno del Reich. Pero, hasta donde sabemos, no se ha pensado en una verdadera disolución del Reich contra la voluntad de los propios alemanes. La construcción de Alemania se inicia. De las más pequeñas unidades de administración propia, que provisionalmente colaboren con las potencias de la ocupación, se podrán formar otras mayores y por último un nuevo sistema de «Länder». Alemania como federación de nueve o diez estados de tamaño aproximadamente igual, con las resucitadas ciudades de Hamburgo, Bremen, Berlín, Colonia, Frankfurt, Weimar, Dresde, Breslau, etcétera, como centros. ¿Es eso tan inimaginable? ¿Sería tan impropio para un pueblo cuya tendencia interior siempre estuvo dirigida a la multiplicidad y libertad de sus miembros?

La desgracia es grande. Pero gritar por eso «¡Alemania se ha acabado!» es una insensata pusilanimidad. Alemania puede vivir y ser feliz sin Estado Mayor general y sin industria armamentista. Sin ellos puede incluso vivir más justamente y con mayor honradez. También puede vivir y ser feliz sin las partes de territorio del este y del oeste que se pierden en la catástrofe del Reich bélico. Aun sin ellas sigue siendo un país extenso, magnífico, capaz de toda cultura, que puede contar con la diligencia de sus hombres a la vez que con la ayuda del mundo, y al que —una vez pasado lo más duro— le puede estar reservada una nueva vida, rica en resultados y prestigio.

20 de marzo de 1945

¡Radioescuchas alemanes!

Se podría decir que Alemania es medida injustamente si se le niega la admiración por su actual lucha desesperada, por su negativa a reconocer la derrota, por su resistencia hasta el último hombre, hasta la última bala, hasta la última gota de sangre, y si no se le reconoce el heroísmo demostrado. Se dice que la historia ha celebrado siempre tal resistencia extrema como memorable y heroica, y ahora de pronto, en el caso de Alemania, debe tenerse por nula o por criminal.

Esa argumentación es falsa. La prolongación de la guerra por parte de Alemania —más allá de su derrota y aniquilamiento— no tiene nada que ver con heroísmo, sino que es un crimen cometido contra el pueblo alemán por sus dirigentes. La suicida lucha que todavía libra el pueblo no es voluntaria. Le es impuesta, como chantaje, por sus dictadores a través de un terror moral y físico que hace que el pueblo crea que se está desangrando por su honor y su propia conservación, cuando en realidad está exponiendo lo último —y más que lo último— por la supervivencia de los bandidos que lo han empujado a esta guerra y que a ningún precio quieren dimitir, ni siquiera al precio de la ruina total de Alemania. Todo lo contrario: encadenan la plena ruina de Alemania, en nada conveniente a los intereses de Europa y del mundo, a su propio hundimiento, y de ese modo quieren obligar a los vencedores a hacer la paz con ellos (una paz que por supuesto sólo sería para ellos un respiro de 10 o 20 años para reiniciar la guerra).

Nunca se ha calificado de heroico el hecho de que una pandilla de ladrones y asesinos, rodeados por la policía, disparen en derredor suyo hasta el último cartucho para vender lo más caro posible el pellejo condenado por la justicia. «¡No capitular nunca!» es también su consigna, pero eso no tiene nada de admirable cuando la capitulación significa la horca. Ahora bien, esos bandidos actúan por su propia voluntad y son comparativamente respetables, si los comparamos, precisamente, con los canallas nazis que envían por ellos al matadero a un país entero, dejan reducir a cenizas las ciudades alemanas y con toda intención entregan el pueblo a una situación que al final será peor que la que quedó después de la Guerra de los Treinta Años. Los nazis actúan con la abyecta esperanza de que los enemigos se arredren ante la idea de dejar nacer en plena Europa un espacio de degradación, miseria y desesperación, un foco patógeno en todos los sentidos, y prefieran concertar la paz con ellos.

Ése es el «dilema» chantajista ante el cual esos depravados ponen a las potencias aliadas. En particular, es a los pueblos occidentales, a los anglosajones, a quienes así intentan impresionar y engatusar. A la infernal situación a la cual amenazan llevar a Alemania la bautizan con el nombre de «antibolchevismo», y así tratan de convertir en guerra sólo contra Rusia la guerra de dos frentes, ya perdida, en que arrendaron a Alemania. En el Rin, dan a entender, depondrán las armas si Occidente se entiende con ellos, y todo lo que les queda de fuerza combativa lo concentrarán en Oriente para resguardar del «bolchevismo» esa Europa para ellos tan querida. En pocas palabras, su esperanza está en inducir a las potencias democráticas a traicionar a su aliado socialista (traición cuya infamia no comprenden y que les parece del todo natural).

Ahora su radiodifusión hace guiños a un armisticio con Occidente. Ahora su Ribbentrop trabaja en Suecia; su asesino de masas, Himmler, en el Vaticano. Ahora llegan hasta a enviar al extranjero a sus esposas, pues, según asegura *L'Humanité* en París, la señora archimariscala Göring y la señora ministra Ribbentrop han honrado a Suiza con su presencia, y la primera de ellas ha visitado a la esposa del enviado inglés en Berna. Nunca se han enterado, y siguen sin enterarse, de que con ellos, canallas y desolladores de la cristiandad, 100 veces violadores de tratados, no habrá

negociación ni paz, que es imposible vivir con ellos en el mundo y que deben desaparecer. Si quieren devastar a Alemania, es asunto de ellos y de Alemania. Los aliados no pueden hacer otra cosa que acabar con ellos. No se van a dejar engatusar ni por Madame Göring ni por Madame Ribbentrop, y si Hitler tuviera la osadía de casarse, tampoco se concertaría ahora la paz con la señora del Führer. La idea de la paz pertenece a un mundo inaccesible para los cerebros nazis.

5 de abril de 1945

¡Radioescuchas alemanes!

¿Cómo fue posible que el nacionalsocialismo se pudiera calificar de «Movimiento alemán de la libertad»? Para el sano sentido común, es imposible que semejante horror tenga nada que ver con la libertad. Fue posible mediante una tergiversación del concepto de libertad, a la que desde siempre tendió el pensamiento alemán y que, como todo lo falso y funesto de ese pensamiento, fue llevado al extremo por los nazis.

La libertad, entendida políticamente, es ante todo un concepto moral de política interna. Un pueblo que no es internamente libre y responsable de sí mismo, no merece la libertad externa, no puede tomar parte en conversaciones sobre la libertad, y si emplea ese sonoro vocablo, lo utiliza de modo falso. El concepto alemán de libertad fue dirigido siempre hacia el exterior. Significaba el derecho a ser alemán, solamente alemán y nada más que alemán. Era un concepto centrado en lo alemán y contra todo lo que quisiera condicionar el egoísmo popular, restringirlo, domesticarlo y someterlo al servicio de la comunidad, al servicio de la humanidad. Un testarudo individualismo hacia afuera, en relación con el mundo, con Europa, con la civilización. En lo interno se llevaba bien con una enajenante medida de falta de libertad, minoría de edad, vaga sumisión. Era un militante sentido de servidumbre, y el nacionalsocialismo llegó a extremar ahora ese malentendido de necesidad externa e interna hasta convertirlo en barbarie de libertad.

Encerrada en una férrea coraza estatal que asfixiaba la libertad y el derecho, la Alemania nazi emprendió el furioso intento de someter el mundo y hacerlo objeto de su explotación. Pisoteó los derechos naturales de los pueblos de Europa, los saqueó, los degradó a la condición de esclavos, les robó los medios de enseñanza, pretendió quitarles la memoria de su historia, sus culturas nacionales. Luego fue rechazada, derrotada, sometida. El país que se dejó corromper hasta cometer crímenes inauditos en los anales de la humanidad es contenido y ocupado por tropas extranjeras, que si bien no se comportan en modo alguno como lo hicieron los ejércitos de Hitler en otros países, naturalmente exigen obediencia.

Y apenas ha fracasado el salvaje atentado de la Alemania nazi contra la libertad de los pueblos, apenas está liberada la propia Alemania de sus corruptores, cuando la propaganda alemana se apodera de la palabra de la cual durante 12 años se burló y a la cual escupió, la palabra *libertad.* Sin la menor vergüenza empieza a tañer el arpa sobre este concepto que es una idea de la humanidad y que esa propaganda utiliza, como ha usado y envilecido las palabras *Europa, socialismo, revolución* y tantas otras. Especula con el *pathos* alemán de la libertad, incompleto e inmaduro, dirigido sólo hacia afuera, el sentido militante de servidumbre. En nombre de la libertad llama al pueblo a hacer lo que los pueblos violados de Europa hicieron con toda justicia: ofrecer resistencia, emprender una guerra subterránea, vengar en actos terroristas la libertad ofendida. Semejante comportamiento es totalmente absurdo en el caso de Alemania y carece de toda chispa de razón y justicia, y eso lo saben desde luego los agitadores, pero quieren que el pueblo no se dé cuenta. El pueblo, poseído por una locura homicida, debe lanzarse en favor de ellos, ser fanático y, como manada de feroces lobos, defender su libertad, o sea las fechorías que, dirigido por canallas, ha cometido por doquier en el extranjero. «Der Werwolf» [el hombre lobo] es como deberá llamarse el movimiento nazi alemán de la libertad. Una diestra psicología de tunantes especula con el nombre, invocando los instintos del alma popular, que desde antiguo ha explotado con desvergüenza y frialdad: el sentido de lo primitivo, de lo preracional y lo precristiano, lo oscuro de leyendas y cuentos. La

propaganda ya se jacta de aislados hechos de sangre, absurdos y sin objeto, supuestamente cometidos por el libre hombre-lobo alemán.

No creo que su carrera de locura homicida sea muy larga, no creo que el pueblo alemán, castigado con suficiente dureza y cruelmente desencantado, vaya a tener muchas ganas de emprender la romántica cursilería de asesinatos que todavía se espera de él. Sabe que nadie habría atentado contra su libertad si hubiera respetado la libertad de otros. Sabe que nadie pensará en hollar su libertad una vez que se haya convertido en un pueblo libre.

19 de abril de 1945

¡Radioescuchas alemanes!

Ha muerto un gran hombre, un político y héroe, filántropo y conductor de hombres que elevó su nación a un nuevo nivel de su formación social, la hizo madurar para poner su poderío al servicio de la sociedad de los pueblos, la organización de la paz a que estuvo consagrada su vida, su lucha: Franklin Delano Roosevelt.

Roosevelt era astuto como la serpiente y sin falsedad como la paloma, fino y fuerte, sumamente desarrollado y sencillo como el genio, ilustrado por un conocimiento intuitivo de las necesidades de la época, de la voluntad del espíritu mundial (incluido el conocimiento de que el más feliz es aquel que sirve a esa voluntad valerosa y obedientemente, y con la mayor tenacidad y flexibilidad). Fue como el hombre de esa «fe» de quien Goethe dice que «se alza cada vez más alto, tan pronto surgiendo audaz como amoldándose con paciencia, para que lo bueno actúe, crezca, sirva». Así lo vi yo, así lo conocí, así lo admiré, lo quise y tuve el orgullo de convertirme bajo la égida de ese César en un *Civis Romanus,* en ciudadano norteamericano.

El mundo había visto en la figura del dictador fascista al hombre de la voluntad y de la acción, al moderno domador de masas, que ponía toda su astucia y energía al servicio del mal. Aquí, en Estados Unidos, estaba el adversario innato y consciente del carácter diabólico y de abismal maldad —pero a la vez de abismal estupidez y ceguera mundial— que Europa había producido. Que la democracia resultara capaz de producir también al

hombre y bienhechor, al fuerte, tenaz y astuto, al manejador de hombres, al gran político del bien…, eso fue su salvación, la salvación del hombre y de su libertad.

Nadie se sustraía a la magia de su personalidad. La tragedia de que hubiera de abandonar su obra antes de que quedara completa nos llega a todos al alma. Mayor pérdida (así lo sienten todos) no podría haber sufrido la humanidad en la hora de su destino. El duelo debido a su muerte envuelve al mundo. No es de sorprender que sus amigos y aliados se muestren consternados; que Churchill, viejo guerrero, no se avergüence de sus lágrimas; que Stalin, sabedor sin duda de la pérdida del insustituible mediador entre él y el británico, entre la revolución y los *tories,* lo conmemore. Pero ¿qué dicen los alemanes de que el primer ministro del Imperio del Japón haya calificado al difunto de gran dirigente y haya expresado al pueblo norteamericano la condolencia de su país por la pérdida?

Es desconcertante, ¿verdad? Lo es hasta para nosotros y para ustedes debe ser inconcebible. Japón está trabado con Estados Unidos en una guerra a vida o muerte a la cual un grupo de ambiciosos señores feudales lo han arrastrado. Pero falta mucho para que el dominio ciertamente funesto de esa capa produzca una descomposición y un embotamiento morales, arruine el país tanto como lo ha logrado el nacionalsocialismo en nuestra pobre Alemania. Allá en el Oriente existe el sentido de la caballerosidad y la decencia humana. Todavía hay respeto a la muerte y la grandeza. Ésa es la diferencia. Lo que pasó arriba en el Japón fue desde luego amenazador y siniestro, pero fue arriba. En Alemania llegó arriba, hace 12 años, lo más bajo, lo humanamente último y más vil, y decide el rostro del país.

Toda la aflicción de Alemania cae sobre uno cuando se ve cómo este pueblo, otrora el más ilustrado del mundo, se comporta ante la muerte del hombre quien, con toda seguridad, no era enemigo de Alemania, sino sólo el más poderoso enemigo de sus depravadores. Estúpidas injurias, eso fue todo lo que la prensa alemana supo ofrecer al respecto. Y luego salió el harapiento espantajo, el propio Hitler, y declaró en un orden del día que con la muerte de Roosevelt, el destino «ha alejado de la Tierra al mayor criminal de guerra de todos los tiempos».

Tú, estúpido asesino, ¡ya es bastante vergüenza que él hubiera de marcharse y tú sigas viviendo! ¿Cómo se te ocurre seguir viviendo? Donde él se convirtió en espíritu, tú ya no eres sino un fantasma. ¡Escóndete un rato más en el agujero montañoso que tus huestes te cavaron! Tus días están contados. Lo estaban cuando te surgió ese adversario, y aun en la muerte será terrible para ti.

10 de mayo de 1945

Acontecimientos bélicos de mayo-noviembre

El 2 de mayo las tropas alemanas en Italia se rinden; tropas soviéticas capturan Berlín. El día 7, se rinden incondicionalmente todas las fuerzas alemanas. El 8 es proclamado Día VE («Victoria en Europa»). El 9, Göring es capturado por el 7.º Ejército Norteamericano; ese día las tropas soviéticas capturan Praga. El 23, se encarcela al Alto Mando alemán. El 5 de junio los Aliados dividen a Alemania y la ciudad de Berlín; se encargan de la administración del país. El 26 se firma la Carta de las Naciones Unidas en San Francisco. El 1.º de julio tropas norteamericanas, británicas y francesas entran en Berlín. El 16 se realiza la primera prueba de la bomba atómica. Ese día se inicia la Conferencia de Potsdam. El 22 los norteamericanos capturan Okinawa. Sobre la ciudad japonesa de Hiroshima cae la primera bomba atómica el día 6 de agosto. La Unión Soviética declara la guerra al Japón el día 8. Al otro día cae la segunda bomba nuclear, esta vez sobre Nagasaki, Japón. El 14, el Japón acepta rendirse incondicionalmente. El 2 de septiembre el Japón signa el acuerdo; se declara este día como Día VJ («Victoria sobre el Japón»). El 24 de octubre nace de manera oficial la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Se inician los procesos de Nuremberg el 20 de noviembre.

¡Radioescuchas alemanes!

¡Qué amargo es presenciar la alegría que al mundo causa la derrota de nuestro propio país! ¡Con qué horror se ve, una vez más, el abismo que se ha abierto entre Alemania, patria de nuestros antepasados y nuestros maestros, y el mundo civilizado!

Resuenan las campanas de la victoria y de la paz, chocan las copas, todos se abrazan y se felicitan en ronda. Mientras tanto el alemán —que fue privado de su nacionalidad, que fue obligado a huir de un país lleno de horrores y a buscarse una vida nueva en comarcas más amistosas— baja la

cabeza, en medio del universo en fiesta. Su corazón se encoge al pensar en lo que esto significa para Alemania, y en los días sombríos, en los años de incapacidad de disponer libremente de ella misma, en los años de humillación expiatoria que habrá que atravesar, después de todo lo que ya ha sufrido.

Y, sin embargo, la hora es grande —no sólo para el mundo de los vencedores, sino también para Alemania—, la hora en que el dragón ha sido aplastado, en que el monstruo repugnante y malsano que se llamaba nacionalsocialismo está en agonía y en que Alemania, al menos, se ha librado de la maldición de ser llamada el país de Hitler. En verdad, habría sido mejor, habría sido lo mejor que hubiese podido desearse en el mundo, si Alemania hubiera podido liberarse ella misma antes, cuando aún era tiempo, o incluso en el último momento, si hubiese podido festejar, ella misma, al son de las campanas y de la música de Beethoven su liberación, su retorno a la humanidad. Habría sido mejor para que el fin del hitlerismo no fuera, al mismo tiempo, el hundimiento total de Alemania. Sin duda, no pudo hacerse. La liberación tenía, necesariamente, que llegar de fuera. Y a mi parecer deberían, alemanes, reconocer la liberación como una hazaña, no explicarla como el resultado matemático de una superioridad en hombres y en material, y no decir: «Diez contra uno, eso no cuenta». Vencer a Alemania, el único país que había preparado la guerra con cuidado extremo, fue una tarea gigantesca. La Wehrmacht estaba a las puertas de Moscú y en las fronteras de Egipto. El continente europeo estaba sometido a la potencia alemana. Al parecer, no había la menor posibilidad, el menor terreno, el menor punto de apoyo que permitiera acabar con esta potencia, atrincherada de manera inatacable. La marcha de los ejércitos rusos de Stalingrado a Berlín, el desembarco de los anglosajones en Francia el 6 de junio de 1944 —hecho absolutamente nuevo en la historia militar, y considerado imposible—, su marcha hacia el Elba, han constituido hazañas heroicas, tanto técnicas como militares, de que el arte militar alemán difícilmente podría ofrecer un equivalente. Aunque al precio de sacrificios inmensos, Alemania, en verdad, fue vencida según todas las reglas del arte de la guerra, y se ha demostrado que su superioridad absoluta en el dominio militar es una leyenda. Para el pensamiento alemán, para las relaciones de

Alemania con el mundo, esto es muy importante. Esto reforzará nuestra modestia, esto ayudará a destruir la ilusión según la cual los alemanes son superhombres. No hablaremos más de los «militares idiotas» que están del otro lado del agua.

Ojalá que el hecho de arriar la repugnante bandera del Partido, esa que a todo el mundo inspiraba horror, signifique también la renuncia interior a la megalomanía, a la pretensión de superioridad sobre los otros pueblos, al envanecimiento provincial y hostil al mundo, todas ellas cosas de que el nacionalsocialismo era la expresión más sórdida y más insoportable. Ojalá que el hecho de tachar la bandera de la cruz svástica pueda significar que todo pensamiento y todo sentimiento alemanes rompen real, radical e inviolablemente con la filosofía nazi de baja estofa, y que abjuran de ella, para siempre. Habrá que esperar que el conde Schwerin-Krosigk, miembro del Comité Alemán de Capitulación, no haya querido sólo darle gusto al vencedor, al declarar necesario que el derecho y la justicia fuesen en adelante la ley suprema de la vida nacional alemana y que el respeto a los tratados fuese el fundamento de las relaciones internacionales. Tal fue una desautorización indirecta y demasiado cautelosa a la barbarie moral en que Alemania ha vivido más de 12 años. Habríamos deseado una desautorización más directa, más expresiva. Sin embargo, la maldición que el pueblo alemán lleva en su corazón hacia quienes lo han arruinado, al menos, se deja oír allí.

Lo declaro: grande es, a pesar de todo, la hora del regreso de Alemania a lo que es humano. Ese retomo es duro y triste, porque Alemania no pudo provocarlo con sus propias fuerzas. Un mal terrible, difícil de borrar, se ha cometido en nombre de Alemania, y la potencia ha perdido. Sin embargo, la potencia no es todo, no es lo principal, y nunca la dignidad de Alemania ha sido exclusivamente cuestión de potencia. Un día fue la honra de Alemania —y puede volver a serlo— conquistar el respeto y la admiración por esta contribución humana: la libertad del espíritu.

8 de noviembre de 1945

¡Radioescuchas alemanes!

La BBC me ha invitado a hablarles una vez más y a repetirles, en versión radiofónica, la «Carta Abierta» en la cual explico por qué que no tengo derecho a pensar en el regreso a Alemania. He titubeado bastante si aceptar la invitación o no. Siento que el objeto sumamente secundario del que tanto se ha hablado no justifica en modo alguno la reanudación de mis emisiones. Tampoco deben hacerme cambiar de parecer los irrazonables ataques dirigidos aquí y allá contra mi respuesta. Están claramente redactados con una tendencia a la autorrecomendación, a la glorificación y al heroísmo propio como para que me pudieran afectar más hondamente. He hablado con probidad y confianza y no puedo impedir que la maldad y la estupidez hagan mal uso de mis palabras, las mutilen y las pongan como documento de egoísmo, de quejumbre, de apostasía y de mezquino beneficio.

Tengo la firme convicción de que sería el mayor disparate de mi vida, y además el último, hacer lo que muchos coterráneos consideran mi obligación: tirar al suelo de Estados Unidos (donde al fin y al cabo he prestado juramento) su certificado de ciudadanía, destrozar la forma de vida de mi vejez, laboriosamente conseguida, abandonar hijos y nietos, renunciar a mi trabajo y volver corriendo a la devastada Alemania. ¿Para qué? ¿Para dejarme devastar yo también? ¿Para saborear el papel desagradable de realizar el solemne reingreso como alguien que tuvo razón? ¿Presentarme luego como abanderado de un movimiento intelectual neo-alemán todavía muy enigmático para mí? ¿Lanzarme, con pasión, al camino de la política

para luego sentirme desmoralizado y ser objeto de sospechas por todas partes y ser calificado de mentecato por haber actuado con «la mejor intención»? ¿Qué insidia, qué secreto placer por causar ruina se esconde tras esta amable propuesta? Es algo que no logro averiguar.

En rechazarla, en eso consiste mi egoísmo. Quiero defenderlo ante Dios, y la posteridad será comprensiva al mencionarlo. Egoísmo, me parece, pudo mostrarse del mismo modo al quedarse en Alemania que al huir. Yo estuve muy alejado de la monumental indiferencia que Richard Strauss exhibió en la plática con periodistas norteamericanos, para hilaridad del mundo. A mí me enseñó el odio esa diabólica porquería que se llama nacionalsocialismo. Por primera vez en mi vida el odio verdadero, profundo, inextinguible, mortal, un odio que místicamente me produce la ilusión de no haber carecido de influencia sobre lo ocurrido. En la destrucción de esa travesura envilecedora de la humanidad he trabajado con toda mi alma, desde el primer día y no sólo por mis emisiones radiofónicas hacia Alemania, que eran una única y ferviente exhortación al pueblo alemán para librarse de ella. ¿Y qué creen que me interesaba entre otras cosas? Por lo menos, lo que se me pide hoy y que se ha hecho demasiado tarde: mi regreso a casa.

¡Cómo esperé y soñé, durante años y en calidad de huésped de Suiza, con cualquier señal de que Alemania estuviera harta de su envilecimiento! Cuán distintas habrían sido las cosas si Alemania se hubiera liberado a sí misma. Si entre ustedes hubiera estallado la revolución salvadora entre 1933 y 1939, ¿creen que yo habría esperado el segundo tren y que no habría tomado el primero para volver a casa? Pero era imposible. Todo alemán lo dice, y así se debe creer. Se debe creer que un pueblo de alto nivel, de 70 millones de almas, en determinadas circunstancias no puede hacer otra cosa que soportar durante seis años un régimen de sangrientos granujas al que detestaba en lo más profundo de su alma, régimen que llevó a cabo una guerra que ese pueblo reconocía como verdadera locura, y durante otros seis años debió aplicar lo máximo, toda su inventiva, valentía, inteligencia, amor a la obediencia, puntualidad militar, en suma toda su fuerza para ayudar a ese régimen al triunfo y con ello a su permanencia eterna.

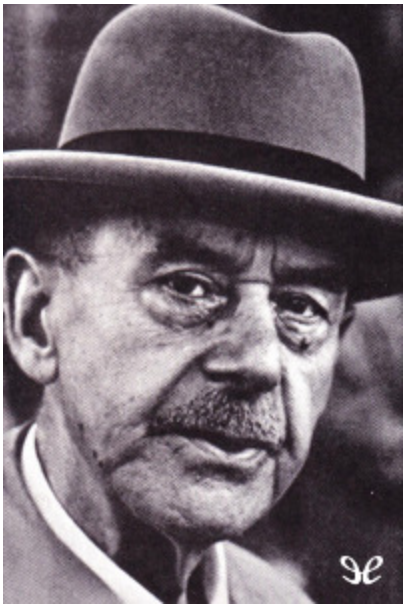
Así tuvo que ser, y súplicas como la mía fueron totalmente superfluas. Los ciegos no escucharon, dice el escritor Frank Thiess, miembro de la

emigración interior, y los sabedores estaban siempre unos cuantos pasos por delante de lo dicho, por lo menos en el tiempo más reciente. Así ocurrió en Alemania, según dice Frank Thiess. En la Europa sojuzgada y en el ancho mundo, más de un atormentado corazón se solazó con la superflua palabrería, y por ello no voy a lamentarlo. Pero por mucho que esas alocuciones fueran trabajos de amor perdidos a Alemania en forma absurda, ahora deberían comprometerme a regresar allí. Tú te has arrogado el papel de conductor espiritual del pueblo… Vive ahora, pues, dentro de ese pueblo y no te limites a compartir sus tribulaciones, sino mitígalas. Levántate contra los extraños que se las imponen. ¿Y dónde está Alemania? ¿Dónde se la puede encontrar, aunque sólo sea en lo geográfico? ¿Cómo vuelve uno a casa, a su patria que no existe como unidad? ¿Desgarrada en zonas de ocupación, que apenas se conocen entre sí? ¿Debo pasarme a los rusos, a los franceses, a los ingleses o a mis nuevos compatriotas, los norteamericanos, y dejarme proteger por sus bayonetas contra el nacionalsocialismo, punto menos que muerto y enterrado, que hace todo lo posible por corromper a nuestros soldados? En vista de tal descaro, ¿debo hallar inconcebiblemente estimulantes las tribulaciones, debo protestar contra las tribulaciones de Alemania, debo reprender a las potencias ocupantes por las faltas que cometan en el manejo o en la administración del país? No, eso es lo que no puedo hacer. Como alemán pude hablar a los alemanes para ponerles sobre aviso ante la némesis que se aproximaba. Pero por eso mismo, como alemán con honda percepción de que todo lo llamado alemán está incluido en la terrible culpa nacional conjunta, no puedo permitirme el ejercicio de una crítica a la política de los vencedores que siempre sería interpretada sólo como patriotismo egocéntrico y como insensibilidad hacia lo que otros pueblos han sufrido durante años por parte de Alemania.

Quien desde tiempo atrás ha sentido pavor ante las montañas de odio que se apilaban alrededor de Alemania, quien desde tiempo atrás, en noches de insomnio, se ha imaginado con qué fiereza habría de ser devuelto a Alemania el golpe del deshumanizado actuar de los nazis, ése —con conmiseración— puede no ver que lo que está ocurriendo a los alemanes por parte de rusos, polacos y checos no es otra cosa que la reacción

mecánica e inevitable ante las fechorías cometidas por un pueblo en conjunto, reacción en la cual por desgracia no se trata de justicia individual, ni de culpa e inocencia de cada uno. Más vale desde acá afuera interceder por la ayuda a Europa, por salvar de la muerte por hambre a niños alemanes, que emprender allá una agitación mitigadora de la cual nunca se sabe si va a servir al nacionalsocialismo alemán. Pueden perdonármelo o no. Pero bajo la miseria de las naciones pisoteadas por Alemania he sufrido tanto como he visto a Alemania y a los alemanes padecer desventuras, y por lo que se refiere a mi permanencia fuera, el tiempo que mi país me concedió para ello no sólo produjo un resignado hábito sino que además me enseñó a dar por bueno lo dispuesto por el destino.

He esperado el regreso al hogar, pero precisamente ahora me apareció impresa ante los ojos una carta que ya dirigí a principios de 1941 a un amigo húngaro y en la cual dice: «El exilio ha llegado a ser algo muy distinto de lo que era en épocas anteriores. No es un compás de espera que fijamos en el regreso a casa sino que ya aspira a una disolución de las naciones y a la unificación del mundo. Todo lo nacional ya se ha vuelto provincia. *Atmósfera carcelaria*, me gritan aquellos que, por no haber abierto nunca la boca contra el amenazante desastre, quisieron quedarse en casa en 1933. Pero es un error. A mí la tierra extraña me ha hecho bien. Mi herencia alemana me la llevé conmigo. Pero de la miseria alemana de estos años en verdad no he perdido nada, aun sin estar presente cuando mi casa de Munich quedó destruida. Permítanme mi germanismo mundial, que ya estaba en mi alma con naturalidad cuando yo estaba todavía en casa, y el puesto de avanzada de la cultura alemana que intentaré defender con decoro unos años más de mi vida».



THOMAS MANN, novelista y ensayista, nació en Lübeck, Alemania, el 6 de junio de 1875. Sus primeras novelas —*Buddenbrooks* (1900), *Muerte en Venecia* (1912) y *La montaña mágica* (1924)— le valieron el Premio Nobel de Literatura en 1929.

Sus obras posteriores, *Mario y el mago* (1930), *José y sus hermanos* (1933-1943), *Doctor Faustus* (1947) y *Las confesiones del estafador Félix Krull* (1954) lo consolidaron como el novelista alemán más importante de la primera mitad del siglo XX. También fue ensayista de gran relevancia. Se opuso al fascismo desde que apareció en Alemania, y por ello tuvo que exiliarse en Suiza en 1933. Tres años después, los nazis le quitaron la ciudadanía alemana, y después de 1938 radicó en Estados Unidos. En 1944, en plena Segunda Guerra Mundial, adoptó la ciudadanía norteamericana. En 1952, a los 77 años de edad, volvió a Suiza, donde terminó *Las confesiones del estafador Félix Krull.* Tres años después, en 1955, murió en Zurich.

Notas

[1] Leo Schlageter cometió actos de sabotaje en el Ruhr, y fue ejecutado por los franceses, convirtiéndose en mártir para los nazis [T.]. <<

[2] Friedrich Gundolf (1880-1931), fanático escritor alemán [T.]. <<

[3] En 1920, Wolfgang Kapp, mediocre político de la extrema derecha, se proclamó Canciller, pero su dictadura no duró más que cien horas [T.]. <<